BT
202
.C678
1961

LIBRARY OF PRINCETON
MAR 5 1999
THEOLOGICAL SEMINARY

BT 202 .C678 1961
Coronado Aguilar, Manuel.
La conviccion de un seglar

Manuel Coronado Aguilar

La Convicción de un Seglar

JESUS HOSTIA ES CARNE Y DIVINIDAD

ENSAYO RELIGIOSO - FILOSOFICO - HISTORICO

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/laconvicciondeun00coro

LA CONVICCION DE UN SEGLAR

LA CONVICCION DE UN SEGLAR

JESUS-HOSTIA, ES CARNE Y DIVINIDAD

ENSAYO RELIGIOSO-FILOSOFICO-HISTORICO

POR

MANUEL CORONADO AGUILAR

ABOGADO GUATEMALTECO

EX-PROFESOR DE LA FACULTAD DE DERECHO
(UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS) DE LA
REPUBLICA DE GUATEMALA, AMERICA CENTRAL.

LIBRARY OF PRINCETON
JAN 11 1999
THEOLOGICAL SEMINARY

Imprenta IBERIA
Talleres GUTENBERG
Guatemala, C. A.
1961.

ES PROPIEDAD,

tanto del MONASTERY OF PERPETUAL ADORATION de San Francisco, California, USA, 771 Ashbury Street, como del autor.

Humildemente someto mi pensamiento,
al juicio infalible de la Iglesia
Católica, Apostólica, Romana.

MANUEL CORONADO AGUILAR.

DEDICATORIA

A mi compatriota, SOR MARIA DILECTA, monja profesa del Monastery of Perpetual Adoration, con sede en San Francisco California, USA, quien en el mundo fuera la bella, distinguida e ilustrada señorita Margarita Machado.

Con profundo respeto.

EL AUTOR.

San Francisco, Cal., Diciembre 24, 1946.

Guatemala, C. A., Octubre 30, 1960.

[illegible]

[illegible] han dado [illegible]
presente.

Distinguido señor y compr:

Ud. tiene á bien, [illegible]
[illegible] en estudio filosófico sobre [illegible]
[illegible] á, [illegible]
[illegible] Santa Cuaresma, de que
es autor el señor Carmel [illegible] de Aguilar.
Tuve un especial agrado al leerlo, al compro-
bar en qué forma, tan ajustada á la [illegible]
de ética filosófica, se [illegible]
idea sobre un asunto [illegible] y [illegible]
al mismo [illegible]
[illegible]
La agradecida, sin [illegible]
[illegible]
es especialmente digno de alabanza [illegible]
hacer de su sesgo, de acuerdo que [illegible]
se publique y [illegible] que [illegible]
[illegible]

LA CONVICCION DE UN SEGLAR

Jesús Hostia, es carne y divinidad

INTRODUCCION

Ninguna de las características fundamentales sobre las que descansa la fe de los evangelios, tiene mayor trascendencia y ofrece mejores halagos para el espíritu del creyente, que la relativa a la mística Institución de la Eucaristía, llamada con tanta propiedad *El Sacramento del Amor,* en donde, de un modo real, positivo y ponderable a la inteligencia de los hombres de buena voluntad, se encuentra verdaderamente presente con toda Su alma, todo Su cuerpo y toda Su divinidad, Jesús el Redentor del mundo.

No obstante, que hace dos mil años casi, fue hecha por el Divino Ungido, la solemne promesa de permanecer cautivo en el Tabernáculo en forma real y omnipresente, escondido bajo las especies del pan y del vino consagrados; y casi dos mil años, también, en que tal promesa, objetivándose ante la razón realiza su contenido; todavía existen seres "racionales" que abatidos por el hálito de una duda sin explicación o presionados por la incomprensión intolerable de su propia soberbia, pretenden rebajar a la categoría de *materia discutible* la transubstanciación de Nuestro Señor Jesucristo, realizada en el Sacramento del Altar, cuando, en realidad de verdad, semejante hecho, que es en sí el sacrificio incruento de la Divinidad Encarnada, debería de servirles de árbitro supremo a sus argumentaciones morales y de la más enfática prelusión a sus preocupaciones de hombres.

La presente exposición no ha de tomarse jamás, por el lector, a un vacío deseo, de mi parte, de querer propugnar sin deliberación y sin sentirla, una fe; y menos, tomarla al malicioso o arbitrario anhelo de pretender halagar a tantos que creen con firmeza en una verdad por cuántos títulos seductora y por múltiples razones incontrovertible. La presente exposición, no es, para mí, sino la consecuencia moral de mis convicciones íntimas al respecto.

Por mi palabra, por la propia inflexibilidad de mi carácter y por la posesión de mis más caros afectos, y por sobre todo eso, porque me considero en la presencia de Dios al hablar de esta manera, juro solemnemente: que si mi conciencia me dictara un sentimiento contrario al que voy a esbozar en estas páginas, así lo haría escribir, y sin vacilación lo autorizaría con mi firma, atándolo en seguida a la responsabilidad de mi nombre, aun cuando con ello lastimara la espiritualidad de incontable número de personas cultas, sin importunarme entonces, el monto de desagrado que pudiera acarrearles mi propósito, ni la privación que sufriera mi fama de los beneficios a que concita la comunidad de la Iglesia Universal. Mis intenciones, mis análisis y mi finalidad al presente, descansan, pues, y así habrán de tomarse sin reticencias por aquellos que me lean, afirmándoselos con la simplicidad de una frase: en los dictados de la mejor fe.

—— O ——

Con el objeto de guiar la mente de los que me lean o escuchen, por la vía que conduce a la verdad y nada más que a la verdad: la relativa a considerar, que, como objetivación de una positiva y maravillosa realidad, al dulce imperio de las místicas palabras de la consagración ministerial, pronunciadas por el sacerdote católico sobre el altar en el insubstituible instante de la misa, Jesús-Cristo baja a la Hostia inmolada y permanece en ella con toda Su alma, todo Su cuerpo y toda Su divinidad hasta en el momento de recibirse por el oferente el Sacramento de la Eucaristía, consumándose acaso, con ello, el más trascendental de los milagros, y realizándose en sí el más estupendo de los hechos, tan grande como el de la propia resurrección de El Nazareno; con ese objeto voy a ofrecerles un plan concreto para mi estudio, asegurándoles, que no voy a aludir tan solo a un caso dogmático que ha de creerse y aceptarse sin discusión porque así lo propone la Iglesia, sino, que, me aprovecharé de los recursos de la razón humana, a efecto de que substantivación tan sublime, traiga, como secuela, una conclusión irrebatible: la de la verdad que sustento.

Y creo, lector, que al final de este ensayo histórico-filosófico-religioso que te ofrezco, tú que me asistes con el tesoro de tu buena voluntad y yo que consciente de mi responbalididad de relator de una doctrina te inicio en el dictamen, habremos de traspasar, unidos en la fe, logrado ésto con una amplitud perfecta de criterio, los dinteles donde sin reticencias que empequeñecen ni vaciedades que

confunden, confirmemos nuestro pensamiento y consagremos nuestra vida con la posesión de esta verdad, eterna por lo indestructible de su origen, y sin prescripción posible por la magnitud de sus proporciones trascendentales: *la de la existencia de Jesús-Hostia.*

HE AQUI MI PLAN

1o.—*Dios y sus atributos.*

2o.—*Cristo-Jesús, consubstancial con El Padre.*

3o.—*Historicidad de los Evangelios.*

4o.—*La Institución Eucarística:*

a) *El Hecho y el Misterio.*

b) *Capacidad moral de Jesús-Cristo para imponer su pensamiento y hacer perpetuar su voluntad.*

5o.—*La transubstanciación de El Señor, como hecho y como oblación sacramental.*

6o.—*Conclusiones.*

DIOS Y SUS ATRIBUTOS

En el ya avanzado Siglo XX, cuando la inteligencia humana propugna por encontrarse en el camino que conduce a la felicidad, y sus ansias, arribado, casi, los límites de lo imposible: la existencia de Dios no debiera de constituir más, un problema por resolverse. Si alguna vez, en el comienzo de la especie humana, y ésto por su propia infantilidad, pudiera haberse ofrecido como tal problema la definición de esa Causalidad primera, la Unica creadora y la Unica reguladora del ritmo universal; dicha cuestión, refutada y discutida tántas veces y tántas veces resuelta en el mismo sentido, no precisamente como un caso de gabinete que satisface a unos cuántos por un tiempo perentorio, sino, como una razón fundamental que sostiene el equilibrio del universo, no debiera ser ya, repetimos, como tema, un asunto de duda para ningún ser inteligente, y menos, una incidencia o punto de vacilación para el espíritu comprensivo que afianza su criterio ante la evidencia de los hechos y que es consecuente con las conclusiones que obtiene. *Dios existe: esta es la verdad que debiera ser aceptada sin reservas.*

No obstante tal apotegma, aún conviven con la sociedad moderna, dos categorías de sujetos que se obstinan en negar la existencia de Dios, aun cuando, su número, tan ínfimo, si lo comparamos con el número de los otros seres racionales pensantes, que amparados por la lógica más pura, sin tambaleos de ninguna especie, aceptan, y de plano comprenden en su positiva extensión, tal existencia.

Y al hablar de estos hombres, aludimos a los *ateos* o seres sin Dios, que al ser calados con el escalpelo de una filosofía elemental, apenas si ofrecen una naturaleza simple y arcillosa, incapaz de resistir la disección más sencilla, desde el instante en que su único argumento para discutir, es la negación.

En medio del grito universal, de alabanza al Creador, cuyo grito hace eco en los mundos y que, sin extinguirse jamás, repercute como un hossanna desde el principio de los siglos en señal de gratitud por los beneficios que dispensa a lo que es obra de sus manos, nos hacemos encuentro con la triste figura de los *ateos,* que a pesar de tener talento para comprender que "el que todo lo niega todo lo confiesa", y saber que entran al campo de la discusión con la bandera de sus proposiciones ya rasgadas y en derrota, se empecinan soberbios, en no darle su puesto a la realidad y ceder ante la lógica. ¿A quiénes hemos de calificar de ateos?

Ateos, son los sujetos, que ya por especulación científico-materialista o ya por simple costumbre, niegan, o pretenden negar, la existencia de un Ser Supremo que sea la Causa, la Razón, el Fundamento y el Origen de todas las cosas y seres vivientes que ornamentan los mundos, incluso la de ellos mismos; definición que nos convida a considerar, que existen dos clases de impugnadores de la realidad de Dios, esto es, que hay dos categorías de sujetos que propugnan hallarse en posesión de una "verdad positiva", aun cuando su diferenciación no sea sino formal, ya que ambas tienden hacia el mismo temerario fin: negar la existencia de un Ser creador; sin poder, en seguida, explicar siquiera, su propio origen animal, o señalar la fuente por donde vienen las cosas que los rodean; y menos, substituir, con un sofisma ingenioso que dé cuerpo a su proposición y que tenga la apariencia de verdad, lo que lo inmensurable de su soberbia aparta: esa *causa* de la que ellos mismos constituyen uno de los tantos efectos que contempla la sociedad.

Para encauzar sus proposiciones, los ateos atribuyen *a la naturaleza,* a la que no se atreven negar porque al fin y al cabo inunda con sus sombras y su luz sus sentidos corporales, el oficio de fabricante de todo cuanto existe, denominándola de un modo específico: de *"laboratorio inmenso".* Vaya un laboratorio, —su tamaño no nos preocupa— sin que exista un laboratorista que gobierne su planta.

Aludamos ahora, concretamente, a esas dos categorías de impugnadores de la verdad, que tenemos señaladas.

Pertenecen a la primera categoría, esto es, a la de los científico-materialistas, *los ateos por especulación,* o sean aquellos que ante la imposibilidad de alzar un palmo, su pensamiento, del bajo nivel donde explanan su ideas y abren sus discusiones, y que si un tanto experimentados en gracia a los autores que han leído o han escuchado: por supuesto, todos de filiación atea, pero que un poco fortalecidos por la dosis de objetividad con que discurren, alimentan la potencialidad de la esencia motora que los anima con la fibra áspera de los elementos naturales que los circundan, y no con otra cosa; o dicho con otras palabras, que deducen su principio e inducen su fin, y con ellos, objetivándolos grotescamente, el de todas las cosas en torno a su sinrazón, del principio y del fin de cuanto circunda su cuerpo, y que, porque, un día cualquiera nacieron físicamente y otro que no les preocupa tendrán que morir, no se dan a la tarea, siquiera por curiosidad, de auscultar el infinito.

Los ateos por especulación, esclavos de las ideas del espacio y del tiempo dentro de los que someten sin reservas lo íntegro de sus pensamientos, son seres que encuentran en lo finito, en lo deleznable y en lo quebradizo, la explicación de sus inquietudes, fundamentando su acomodaticia filosofía a la que consideran su fin, o dicho con más exactitud, al fin que se proponen demostrar: que todo concluye con la vida que se escapa, y que, por consiguiente, si en el insensible discurrir del tiempo fue creada *por sí y ante sí* la naturaleza que ha auto-elevado su categoría a la de un laboratorio sin medidas, donde todo se transforma y todo se analiza, caducan con ésta los accidentes que hoy conforman al hombre, para darle paso a los que se asomarán a la vida a continuación, y así sucesi-

vamente; y que un Dios *infinito y creador* no deja de ser una invención imaginativa subyugada a cada instante por la ignorancia o estimulada a cada momento por lo pernicioso del fanatismo que la engendra.

Mas, esta clase de ateos no cae en la cuenta, como lo dijéramos anteriormente, que al negarlo todo, todo lo afirman —principio de lógica pura— y que, precisamente, porque creen en *la nada* como origen *y en la nada* como fin, por sí mismos sientan la base de su propia creencia y el ansia de su fe: la de la nada misma, sólo que a falta de alas para ascender sin vértigo a la cumbre de la realidad tangible, no aciertan a considerar lo que es imposible contradecir: que para que *el algo que* palpan con sus manos y admiran en su proporción con la vista y compara su entendimiento, *algo* que *no* es la nada porque tiene dimensiones precisas y que existe de presente aun cuando sus accidentes se mezclen constantemente en obediencia a la ley universal del cambio, ofrezca sus perfiles propios y sus aristas sensibles, hubo urgencia, indiscutiblemente, de la voluntad de un ser superior a él: superior a ese *algo*, a esa cosa, a ese animal y a esa persona; que lo organizara, que le diera figura, que lo conservara y que lo sucediera. Si por la clase de positivismo rudo que guía a este género de filósofos, vemos que es la observación la que los atrae, en cambio, advertimos con pesadumbre, que no es la experiencia la que rige su entendimiento.

Corresponden a la segunda categoría, la de *los ateos prácticos;* mayores en número que los anteriores pero menos filósofos en sí mismos. Estos, no son sino unos seres que hablan sin reparo y discurren sin tón ni són, acerca de muchas cosas caducas, y que insuflados de insuficiencia, con poses estudiadas y con gestos copiados de algún personaje que les sirvió de patrón, no se dan a la tarea, por la costumbre que tienen de negarlo todo, de pensar en Dios, y que por lo mismo que nunca han arrancado su pensamiento de la superficialidad donde descansan las cosas que circundan su pequeño universo, discuten primero, para concluir por negar a continuación, todo aquello que no han querido que sea objeto de su análisis.

Si los ateos por especulación niegan la existencia de Dios, porque sus escrutaciones morales y sus empeños de científicos no alcanzan a comprender, sino, lo que les muestra lo objetivo de la naturaleza, la que en sí se ha convertido en culto y en Dios dentro de sus extravíos; los prácticos, no son sino los perennes prisioneros de la medianía mental en que viven, a la vez que los usufructuarios directos de la mediocridad intelectual con que disciernen.

Quiéranlo o no los ateos, *Dios existe,* y existe real y positivamente, al grado que constituye para el hombre una necesidad y una filosofía, una verdad que se palpa y una realidad con la que nos hacemos encuentro a cada instante, sea cual fuere el plano espiritual donde nos hayamos de colocar sobre la tierra. Y es tanto el peso moral de la existencia de Dios, que al discurrir de Berthelot, "el universo es cosa pensada" por alguien superior a él; y al sentir de Balmes, "si en la creación hay un orden constante, menester es que haya también un ordenador inteligente", desde el momento en que "la nada no crea nada" según lo manifestara el Angel de las

escuelas. ¿Podrá producirse la armonía sin que haya un armonizador? ¿No lo dijo Pascal, acaso, que "el orden es la primera ley del universo" cuya admirable combinación de fuerzas contemplamos por doquiera? ¿Podrá producirse una ley sin la voluntad deliberada de un poder legislador?

—— O ——

Pero, ¿existirán acaso, con figura corporal tan solo, los ateos u hombres sin Dios, o constituirán en verdad una categoría de seres pensantes y de sujetos inteligentes y normales que de buena fe, crean, que un día de tantos surgió, de manera espontánea, dentro del espacio, el núcleo sensible que les sirve de principio; o que por encantamiento nada más, han venido a acondicionarse sobre el trípode de una fantasía pueril, los Reinos de la Naturaleza? ¿No habrá, por ventura, en esos hombres que así resuelven su problema, negando y solo negando, un extravío mental manifiesto, una deformidad cerebral y un raquitismo intelectual que rehusan fortificar?

Empeñamos en ésto nuestra palabra: nosotros no creemos en la existencia real de los ateos, esto es, que haya ateos de buena fe u hombres con inteligencia, que, porque así lo sienten, nieguen sin fingimiento, que exista un Dios creador de todas las cosas. Y es tan sólido nuestro pensamiento a este respecto, que si hojeamos un poco la historia, nos damos de frente con sujetos y con épocas; con pueblos y con agrupaciones; con familias y con individuos que si para calmar la necesidad del momento que ha roído su interior, negaron la existencia de un Ser Omnipotente; acto seguido, casi a continuación, tuvieron que reclinar su pensamiento inconciso y rebelde, *en algo* que luego han edificado, con el objeto de llenar con otra creencia, el vacío que les dejara en su pensamiento y en su corazón el Espíritu de su repudio.

Y no se crea que en nuestras investigaciones tengamos que echar mano de épocas remotas en que Grecia la heroica y Roma la soberbia, Egipto el misterioso y la India impenetrable de Pamir y de los vedas, o los bravos persas, los heterogéneos eslavos, los indomables latinos y los bárbaros celtas que por no haber llegado su cultura a un grado de razón perfecto, se vieron en el caso de estructurar al por mayor, divinidades de ambos sexos, no solamente para exaltar sus virtudes sino para relevar sus deformidades, a las que dotaron de atributos específicos que pronto hubieron de servir de base a un credo o de alzarse como una fe. No; recurrir a los pueblos y a los hombres de aquellas horas indecisas y de aquellas edades sepultadas, muchas, en el olvido, nos parecería excéntrico y anticuado, sería como buscar dentro de un montón de cosas viejas, el traje que hubiéramos de lucir en una parada aristocrática contemporánea. Vamos a examinar algo de ayer y algo de hoy; vamos a recordar unos cuantos párrafos de esa maestra incomparable que se llama Historia y que tanto nos atrae, de esa historia que le sirve de base a los neolibres pensadores, y de principal argumento a los ateos de nuevo cuño para afianzar sus proposiciones.

Ya para espirar el Siglo XVII, vino a la vida un hombre de cerebro privilegiado que se llamó Voltaire, —Francisco María Arruet de Voltaire—, y que como un grande entre los grandes, fue poeta excelso y prosista de mérito; fue científico y fue filósofo que ha legado a nuestros días la influencia de su pensamiento, impuesto magistralmente al mundo. Voltaire escribió muchas obras filosófico-literarias, entre ellas un *Diccionario* calificado también de *filosófico,* con el cual hubo de hacer mucho daño a la porción de humanidad que ha aceptado con manifiesto fanatismo sus enseñanzas. Y a pretexto de propugnar por la libertad "absoluta" de la conciencia, que en esta clase de asuntos del espíritu no fue sino un excéptico y un mofador de las cosas divinas y humanas, trayendo, cuántas veces, escándalo a la sociedad en que vivía, como que en su citado *diccionario* ridiculiza arbitrariamente a los Apóstoles; o se lanza con amargo ensañamiento contra el sacerdocio católico y usa de crueldad desapiada contra la Religión —y contra todas las religiones— a la que tuvo la osadía de calificar de "una cosa que infama"; no sin dejar de constituir con eso, a la par de sus blasfemias, un argumento rotundo relativo a la existencia de Dios. Y de este Voltaire, a cuya sombra cobijan su pensamiento acomplejado los que a imitación suya hacen alarde de infidelidad a la fe de sus mayores, ya porque no tienen el valor moral de rechazar lo que les lastima o ya porque... en su arrogancia, se consideran ser otros Voltaires. De este Voltaire, que ante el peso abrumador de los hechos, en torno a sus excentricidades se vió precisado a compartir las ideas de John Henry Newman que aseguró, que "sin la existencia de Dios no podríamos —los humanos— explicar nuestra propia existencia", son estas expresiones, tan concisas como aquéllas definitivas, dichas con ocasión en que fuera preguntado si creía en Dios: "Hay un Dios, debe de haber un Dios, —dijo Voltaire—, y si Dios no existiera deberíamos nosotros inventar uno". Indudablemente, este hombre había perdido la fe y por eso insultaba las instituciones divinas; mas, no había perdido la razón y por eso afirmaba, que "sin Dios, la razón no existe"; o lo que es lo mismo, que hubo de colocar en el mismo nivel al en que se hallan los irracionales, a los que no creen en El. Pobres locos, es tan virulenta y tan mortal la enfermedad del escepticismo que sufren, la cual provoca una suspensión a su espíritu, tan amarga, que a la hora de la tremenda, cuando más necesitados están de un consuelo, se ven forzados a musitar como Voltaire, en su lecho de agonía: "Dios mío, Dios mío *si* existes, salva mi alma *si* la tengo".

En medio del mundo en que viven los ateos, se descubre una cosa muy curiosa que a la manera de carta de identificación de su hipocresía, los exalta tal cual son. Cada vez que por especulación o por práctica, aislados o constituidos en grupo, los aetos niegan la existencia de un Dios creador del Cielo y de la Tierra; acto seguido o casi simultáneamente se ven precisados a crear otro Dios, a inventar un Dios ad-hoc, ésto es, a personalizar uno que encaje mejor sus pensamientos y que refleje más sus ansias.

La Revolución Francesa de 1789 que inauguró en Europa la "era de las sociedades nuevas"; que decapitó la realeza y que enarboló la bandera de una democracia sui géneris con el fin de amparar dentro de sus pliegues, tal su proclama, la igualdad, la libertad y la

fraternidad *de los* franceses; representa para nosotros un ejemplo típico de su manera torpe de resolver *el problema* de la existencia de Dios. Aquel núcleo de hombres, enfermos de la ebriedad a que los concitó su triunfo, ensoberbecidos por la posesión de la vara de mando que alzaban entre sus manos: después de rechazar con insolencia el Decálogo de Moisés y declarar fuera de moda al Padre de las Luces y Dios Creador; como no podían permanecer ateos, es decir, sin un Dios aunque fuera de factura revolucionaria, inventaron su propia divinidad o... mejor dicho, exhumaron los restos de una divinidad pagana, muerta hacía milenios, y que si figuraba voluptuosa antes del cristianismo, fuera sepultada en los sotos de Daphné y de Ephesus o, si nó, en los jardines de Nerón; la vistieron con el tricolor de una doctrina atrevida y laica y le pusieron sobre las sienes el gorro frigio, y de esa manera ataviada, se la presentaron al pueblo francés. *La Diosa Razón* era entonces elevada a los altares y se le rendía un culto obceno según nos lo refiere Guizot.

Pero, como esta diosa no satisfaciera las ansias revolucionarias del momento, se le buscó substituto, y tocó en turno hacerlo a todo un Robespierre que, si antes gritara como un desaforado ante el peligro de que la República perdiera su dignidad: "sálvense los principios y piérdanse las colonias", como un inconsciente se ufanó después por colocar sobre pedestal de oro, a una divinidad distinta: al *Dios Naturaleza,* ante el cual inclinó su fe a la vez que se erigió en su sumo sacerdote.

A los legisladores franceses de 1791, constituidos entonces en poder, tampoco les pareció atinado el nuevo culto, pero, como sentían el ansia de algo más circunscrito, alzaron en sus manos teñidas en sangre todavía, su propio sacramento: *El libro de la Constitución,* donde se hallaban escritos los derechos del hombre.

Pero, ¿qué podía ser una constitución político-positiva para un régimen que no había aún consolidado sus fueros, dentro de un pueblo revolucionario que ignoraba a dónde iría a parar con sus innovaciones pues no había colmado todavía sus exigencias? Entonces.. uno de los diputados de la plebe, Mons. Marie-Joseph Chenier, después de recordar que nada capaz de ser modificado por el hombre puede tener el carácter de divino, dió un paso hacia adelante, ésto es, hacia la restauración moral de los fueros conculcados, y propuso... fuera *La Patria,* el centro de la nueva fe y el motivo de la nueva religión. Y fue Francia, pero una Francia en fermento, la que se erigiera en culto, la que quedara idealizada y la que viniera a ocupar el sitio preferente en los altares de Dios.

Mas, cursaron algunos años, y tocó a Napoleón Bonaparte regir los destinos de aquel pueblo, por cierto ya en la decadencia; de aquel pueblo que estaba harto de teorías escépticas y de ensayos novedosos y que recordaba al ídolo de su pensamiento, a Voltaire, que un día le hablara de la necesidad de creer en un Dios, si invisible, creador del universo, que a la vez que protector de la criatura, determinara ser el sostén de los estados. Y este Napoleón, protegido antes de Robespierre, como regulador ya de los destinos de una Francia que propugnaba por la restauración de sus valores morales efectivos, a su manera de *hombre fuerza* bajo cuyo atributo ha-

llaron desarrollo los recursos de su genio, se propuso edificar sobre las ruinas que se esparcían a su derredor, la grandeza de un imperio personal. Y fue de ese modo, cómo el gran corzo y pequeño caporal, después de repetir con énfasis de dictador a los que encaraban su conducta de querer destruir los ideales de una revolución popular y de pretender levantar sobre la cabeza de un rey débil, ya muerto, la peana de una autocracia grosera: "no me siento suficientemente fuerte para gobernar un estado que está repleto de Voltaire y de Rouseau", y de recordar a Platón cuando aseguraba en su *República* ideal, que "si Dios no preside sobre los estados desde su fundamento, y si éste descansa su base, únicamente sobre principios humanos, pronto se harán sentir las calamidades" públicas; palabras, que constituían un remedo de las pronunciadas por el rey David, milenios antes, que, "a menos que el Todo Poderoso edifique nuestra casa, —refiriéndose a su reino—, su labor será vana y sus muros permanecerán débiles"; Napoleón Bonaparte, erigido entonces en amo y señor de una Francia que comenzaba a desperezar su espíritu y que había leído a Aristóteles y que como éste comprendía que "Dios es el padre de todo aquél que piensa"; aun cuando con su política falta de fe religiosa golpeara enseguida la cabeza de la Iglesia presidida por Pío VII que los convencionales habían tratado de destrozar, humillándola, porque habían perdido la razón; reestableció la esperanza de su pueblo, dió lugar preferente al Creador y... cuando en Santa Elena se hundían en la eternidad los fulgores de su gloria; con las pupilas moribundas pero con su pensamiento todavía potente, fijo en la Francia que fuera "la más amante esposa" para él, si rotos sus afanes por el choque que le impusieran otros afanes, hubo de contemplar cómo surgían de nuevo sus tradiciones morales y que... "el Dios de otros tiempos vivía aún".

——— O ———

Pero, hagamos a un lado la figura sensible de los ateos que al discurrir de Platón "son unos enfermos del alma", y después de interrogarlos con San Pablo: "¿Qué tiene el hombre, qué teneis vosotros y qué tengo yo, que no haya sido dado por el que es Padre y es Dueño de todo cuanto existe?" guiemos nuestro pensamiento sobre el carril que obliga a escribir estos párrafos, ésto es, al sitio preciso donde habremos de encontrar la prueba relativa a la existencia de Dios, que, no porque el hombre en el correr de los siglos y en el devenir de las edades, de acuerdo con su fervor y los recursos de su inteligencia, le llame con nombres distintos para así adorarle y así comprenderle, dejará de ser el *Dios verdadero* y no una teoría falsa; *el Todo*, y no un algo relativo; *el Omnipotente*, y no una figura ornamental; *el Edificador* de cuanto existe; *el Distribuidor* magnífico de todas las gracias; *la Roca* macisa sobre la que descansa el infinito; *la Substancia* que aviva todas las cosas, *y la Esencia* que las anima; *la Razón* por la Cual y para la Cual vive el hombre, *y lo Unico* sin principio y sin fin. Y dediquémonos a analizar, siquiera sea brevemente, los personales e inalienables atributos que tan solo a El, a Dios, le corresponden por su misma calidad de ser un Espíritu Puro, todo Omnipotencia.

Para aceptar y comprender la existencia de Dios, no ha sino de adentrarse, el hombre, sin sofismas que confunden ni arrogancias que empequeñecen, en el campo de la razón: allí donde existe la facultad de discernir, que es tanto como saber distinguir una cosa de la otra por las diferencias que sustentan, y analizar lo infinito y lo absoluto sobre su basamento verdadero, sin tratar de confundir la historiedad de las cosas, con la facultad de los sentidos, los que para cualquier estudio, si no constituyen un fin, son valiosos elementos para lograr atinadas conclusiones por el auxilio incondicional que ofrecen.

Dios existe: en primer término, porque existimos nosotros que somos incapaces de crearnos, antes bien, porque estamos urgidos de que se nos proteja y conserve al través del tiempo y al través del espacio. Si los elementos que conforman la naturaleza universal de la que —en lo físico— somos parte integrante, estuvieran en la posibilidad de destrozarnos si se soltaran los amarres que los contienen, precipitándose el desorden en torno a nosotros mismos; es innegable que existe un Ser más poderoso que ella, que nosotros, que refrena sus ímpetus y que vela por sus criaturas y las guarda. Dios, es, pues, para la conservación del hombre, Un Todo necesario.

En segundo término, la existencia de Dios es evidente, porque la razón se rebela contra toda idea opuesta, desde el momento en que si no somos capaces de crearnos; de auto-hacernos mediante el recurso de accidentes que podamos imaginar nosotros mismos; de mantenernos indefinidamente sobre la plataforma de la vida y de sucedernos por sí, ésto es, por nuestra propia facultad o por la resolución de fórmulas que sean la consecuencia de nuestro propio discernimiento: es menester y es indispensable que se mantenga en vigencia perpétua, un Ser superior a todo lo que nos rodea, incluso a nosotros mismos que somos la porción más completa de lo creado; que nos conserve, y que como Supremo Artífice de lo que hay, de lo que es y de lo que habrá, sea, a la vez que Causa de la luz que alumbra nuestra inteligencia de la que El es su vivo mantenedor, quien nos suministre la manera de vigorizar nuestro cuerpo en tanto su voluntad de Dueño de todo lo creado, dispone de nuestra existencia.

En tercer término: Dios es necesario, no sólo para la existencia de nuestra materia finita y el mantenimiento de nuestra razón, sino, para ajustar a un ritmo determinado y sujetar a un orden permanente, aquello, que si no fuera creación Suya, podría ser objeto de confusión, si *el acaso* lo abordase o si las reglas que sujetan, así al universo en general como a nosotros, —sus criaturas predilectas—, en particular y que somos los sujetos sensibles de Su poder, no se ataran a Su voluntad de dador y ordenador de cuanto existe.

Y finalmente, Dios existe, porque todos los pueblos, todos los hombres, todas las naciones, todas las conciencias y todos los seres pensantes que discurren y juzgan, así lo reconocen y lo han reconocido, desde que el primer albor de luz iluminó el espacio y el primero de esos hombres supo que posaba sus plantas sobre el suelo. Y no sería posible entrar a considerar, que después de los milenios transcurridos y de las épocas y civilizaciones sucedidas, una afirma-

ción como esa, si en verdad hubiese tenido la calidad de circunstancial, en vez de proscribirse como error pues... para algo debería de servirnos la instrucción positiva, la ilustración de la mente y toda esa serie de adelantos sublimes de que hace alarde la Edad contemporánea, hubiese sido elevada a la categoría de creencia y de necesidad, de fe y de esperanza, donde el entendimiento, la sabiduría, la ciencia y todas las cosas creadas se inclinan reverentes, para ensalzar sin descanso a lo que es Causa, Principio y Razón de su propia existencia.

Dios existe, sin que *el acaso* que es toda cuestión fortuita; sin que *la casualidad* que es todo extremo incierto; y sin que *el ateísmo* que no es sino el sacrificio de lo esencial por lo accidental, de lo perdurable por lo finito y de lo absoluto por lo acomodaticio, puedan combatir con ventaja, aquello que no es sino el Principio sin principio y la Causa sin otra anterior que la revalide, puesto que si la nada no crea nada, y lo fortuito, lo incierto y la finito han de tener, para poder pesar y medir, una *causalidad* que los haya puesto en juego y dado movimiento, esa causalidad otra anterior y, ésta, otra y otra hasta llegar sin discusión al puesto donde está colocado el motor primero o el hacedor que siempre ha operado por fuerza y voluntad únicamente suyas, sin que otro motor ni otra voluntad lo hayan impulsado a moverse ni concitado a verificarse, porque, si así hubiese acontecido, eso equivaldría a continuar las argumentaciones para llegar alguna vez a lo que es centro y guía de cuanto existe. Por la fuerza de la lógica, tenemos que aceptar, que así como las líneas de luz que desprende el sol, proceden del centro vivo que las engendra: que es el sol mismo; y que los rayos de una rueda que se apartan en su extremo libre, proceden de un centro común que es el eje; llámese como se quiera a esa *Causa* sin otra anterior: esa causa es Dios, el Hacedor de cuanto existe, ha existido y existirá.

Cuando afirmamos que Dios es substancia, motor, fuerza, causa, principio y centro del universo, hacemos uso de metáforas solamente, por no disponer nuestra lengua, que es humana y por tal, limitada, de elementos propios para comprender y hacer comprender nuestro pensamiento sin el uso de esas licencias. Y al afirmar que el Todo Poderoso es esencia increada que está por encima de todas las cosas a la vez que en las cosas en sí, no se nos juzgue a la ligera: no pretendemos identificar a este Dios infinito que tratamos de comprender, con lo que a su vez determina el universo. Esto constituiría una forma de idolatría que estamos muy lejos de imaginar, o un Panteísmo que por tal lo repudia la razón. Ya Spencer, y antes que él Santo Tomás, San Agustín y San Pablo, declararon que Dios no podría ser definido por el hombre, desde el momento en que como Espíritu puro que es El, no puede ser visto ni palpado por la materia que se pudre, sino, apenas imaginarlo para tratar de comprenderlo, puesto que, no disponiendo la razón humana sino de recursos humanos: con lo limitado de esos recursos, solamente le es permitido resolver su pensamiento dentro del campo de la lógica y mediante el uso de los símiles que le proporciona la materia.

——— O ———

Si Dios existe, y si como tal es un Ser superior a todo lo creado; ese Dios ha de tener, por derecho propio, atributos que le son propios también, surgidos de su base de perfección a la vez que de su esencia divina; no como *accidentes* circunstanciales como lo pensarían los escolásticos; y tampoco como un *fenómeno*, como tratan de definirlo los positivistas, con Kant a la cabeza, que, partiendo de la duda ante su incapacidad para comprenderlo y explicarlo, le regatean cualidades y propiedades que son esencialmente Suyas.

¿Cuáles son esos atributos? Lo confesamos con humildad: no podríamos puntualizarlos porque es infinita su procedencia y ellos infinitos en número. Mas, tratemos de examinar frente a lo que nos apunta la razón, esos pocos que tenemos la facultad de enjuiciar.

Delante la Metafísica que analiza la razón y los principios universales que asisten al ser humano y a todas las cosas en sí, en el plano del espíritu, consideradas en un orden abstracto y universal; y ante la Moral que abre a la razón el camino de lo verdadero y de lo justo: Dios tiene, por Sí y ante Sí, peculiaridades implícitas, inmensurables e indescriptibles, que no pueden ser objeto de exaltación ajena, ni pertenencia o porción sensible de los seres que, a lo animal, nacen, crecen, se reproducen y mueren.

En efecto, la naturaleza de Dios está plena de *simplicidad*, porque no admite composiciones, pues es sola en Sí y perfecta en Sí. Goza de la más alta jerarquía en cuanto a Su *unidad*, porque, si hubiera otra tan potente como la Suya, en esta divisibilidad tendría que existir un ser siempre superior o por lo menos igual a El, y de esta manera estar repartida su autonomía. Y es *inmutable*, precisamente, porque Su substancia que es verdadera y está libre de composiciones y es única en Sí, es esencial, es eterna y es absoluta.

Con relación a estos atributos del Omnipotente, quisiéramos recordar a los que pugnan contra la Trinidad de Dios, que, Este, como Creador y Amo de todo el universo, es *Uno* en substancia pero *Trino* en la manifestación de su individualidad, como en lo físico acontece con la llama de fuego que.. da luz; es *materia* que arde, y despide *calor*, cuyos accidentes personales —acéptenos la palabra— no podrían separarse jamás, ni aun por medio de la más sutil substantivación del pensamiento, porque, si tal pudiera acontecer, la gaseosidad ígnea que da cuerpo a la llama en sus tres atributos, dejaría de existir en el acto.

Frente a los atributos que hemos señalado en Dios, le co-existen otros, también fundamentales, y como aquellos, propios de su autonomía inabordable y de su esencia divina e increada: Su *eternidad* y Su *inmensurabilidad*.

Como Eterno, ésto es, como Ser que no ha tenido principio ni tendrá fin pues El es el Unico y el Primero sin segundo, no podría ni pudo existir otro anterior, porque, de haber existido ese otro ser, éste y no El tendría las calidades de Eternidad. Y como Inmenso, sin basarnos naturalmente en las ideas de la proporción sensible, Dios llena todas las cosas y las rebasa, a la vez que colma las nociones del tiempo y del espacio que por ser creación de sus manos,

le están supeditados. La inmensidad de Dios podría ser juzgada por nosotros, trayendo a la imaginación, aunque como imperfecto y diminuto símil, aquel pensamiento de Timeo de Locros que lo aplicara al universo: es un círculo inmenso cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna, porque va más allá de todas las cosas.

Delante la razón que fundamenta en la lógica sus dictados, un Dios de la magnitud precedente, tendrá que ser: *poderoso,* sin limitaciones; *libre,* sin obstáculos; *divino,* sin que pueda tener el hombre capacidad para ponderarlo; *inteligente, sabio, justo* y *bondadoso,* sin que el más sutil entendimiento, la santidad más sólida y la más vasta y comprensiva potencia espiritual, física o moral que convierte al hombre en un ser capaz de juzgar y de obrar, puedan aprisionarlo dentro de lo que tales definiciones envuelven, por mayor amplitud y vigencia que quisiera dársele al análisis, porque, toda perfección al respecto, sería, por tal, finita, porque estaría supeditada a la razón humana; y la existencia de Dios y Dios en Sí, subyuga todo entendimiento y abate toda ponderación, desde el instante en que vive en Sí mismo y no ha menester de calificativos para llegar a ser o acrecer en Su ser.

Los atributos de Dios son infinitos en número, dijimos en párrafos anteriores; y con eso no hemos hecho sino repetir unas cuantas palabras que nos trae el libro santo que trata de la "Ciencia de la religión y de las cosas divinas", de cuyos atributos, apenas dos, y no de modo exacto, puede entrar a considerar el hombre, a pesar de la sabiduría de que dispone, de la comprensión intelectual que le ha sido otorgada, y de su altezanía de criatura hecha a imagen y semejanza del Creador: *Su pensamiento*: el que al ser moldeado dentro los lindes de nuestra imaginación y nuestra mente, nos da la facultad de poder compararlo, mediante el análisis y la combinación de ideas que hacemos, en gracia al aliento que nos presta vida; y *Su extensión*: por virtud de lo que dentro de sus posibilidades, captan nuestros sentidos, y que nuestro intelecto amplía por la misma combinación a que sujetamos nuestras ideas a las que tenemos la facultad de aplicar un nombre determinado. De ahí, que el tratar de figurarnos mentalmente a Dios nos sea permitido, y el definirlo nos convierta en herejes.

CRISTO-JESUS, CONSUBSTANCIAL CON EL PADRE

Ningún ser humano, cuerdo y civilizado, tiene duda alguna acerca de la existencia de Jesús-Cristo; y de esta manera y de consuno y en perfecto acuerdo de criterios: tanto los libre pensadores y los ateos, los naturalistas y los indiferentes, como los paganos y los racionalistas, los judíos y los sabio-racionalistas ,reconocen, que durante el reynado de Herodes el Grande, nació en Betlehem de Judá, un hombre extraordinario: filósofo para unos: genotipo de pureza, para otros; predestinado, para algunos; profeta, para no pocos; sabio para todos; santo, para los que le conocieron o se han acercado a El para analizar su vida particular; e iluminado, para los demás. Tal es la explicación que pretende darse y que se da al ser físico del Hombre-Dios, Jesús por los que se hallan fuera de Su fe; sin que un valor digno de tomarse en cuenta por la fortaleza de sus postulados, haga ceder a semejantes estilistas, en su dictado, y los concite a ver en aquello que comprenden pero lo niegan y discuten por cálculos o por costumbre, por inercia mental o por malicia, por herencia o por una simple conducta tendenciosa, la manifestación de una suprema verdad, tal y como la consideran y hacen suya sin reservas, los que profesamos la Fe Católica, Apostólica y Romana que tiene su fundamento en ese divino Jesús.

Veamos, ¿quién fue Cristo? o dicho con más propiedad, ¿quién *es* Cristo? porque el Cristo de Belén y el de Nazaret; el de Bethania y el del Tiberiades; el de la Samaritana y el de Lázaro; el de El Jordán y el de la Ultima Cena; el de El Tabor y el del Calvario; es el mismo Jesucristo del Altar que adoran todos los hombres humildes y que ama con entrañable afecto el corazón sencillo y puro, aun el de aquél que pareciera estar desamparado.

Como es perfectamente conocido, *Cristo* o el ungido, con el nombre de *Jesús* o *Emmanuel* que quiere decir *salvador* y Emmanuel, *Dios con nosotros,* nació en Belén, —Betlehem—, durante los días del primer empadronamiento de Cirino, siendo César Augusto el emperador de Roma; nacimiento que dió comienzo a lo que el mundo civilizado, en su totalidad, y aun aquellos pueblos que todavía viven aferrados a un materialismo pagano anacrónico, llaman *La Era Cristiana* que en una forma inusitada vino a partir en dos la carrera del tiempo.

Si tal cosa nunca más repetida ni antes verificada, hubo de suceder entonces, hemos de entrar a considerar, que en Jesús-Cristo existe *un algo,* más que de profeta, de iluminado, de hombre casto, de sabio, de filósofo, de predestinado y de santo, que ha obligado al mundo y lo obligará siempre, como imperativo de una ley sin prescripción, a celebrar su encarnación y su nacimiento; a meditar en sus sufrimientos como hombre, y en su muerte; a reflexionar sobre su vida para tenerla como centro luminoso de todas las exaltaciones morales; y para atraerlo hacia sí como la mejor de las consolaciones en todos los tiempos, precisamente, en instantes de aflicción suprema cuando pareciera dislocarse el universo; sin que entonces, la exaltación de todos los profetas, el clamor de los héroes y la invocación de los santos, el consuelo de las filosofías y la coalición de los conductores de pueblos, sea capaz de ponerle dique a la destrucción para servirle a la esperanza o para contener la ola de amarguras que arrolla a la Humanidad. En Cristo-Jesús ha de haber habido y hay, sin duda alguna, mucho de profundidad, insondable para nuestra pequeñez: su propia divinidad, su inegoismo absoluto sin que nada imaginado pueda estar en la posibilidad de empañarlo o de reducirlo.

Narra la historia, que Dios creó al mundo y que colocó sobre él, como peana de su grandeza espiritual y objeto sublime de sus complascencias de padre, a un hombre y a una mujer, a los que hizo libres y les otorgó la facultad de obrar de la manera que mejor pluguiera a su deseo, siempre que no comieran del fruto que pendía del árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, —el Señor los quería dóciles a Su voluntad—, cuyo precepto violaron a continuación; y que apenas hubo cuatro seres humanos sobre la tierra, uno cae bañado en su propia sangre, al golpe que descargó sobre su frente, la ira de su hermano. Tal principio hizo entonces, de la tierra, un campo adecuado para todos los delitos y la abrió como espacio donde se albergaran pronto, todas las recriminaciones. Indudablemente, el hombre había iniciado su permanencia en el Paraíso el que a su caída selló sus puertas, de modo malicioso, pues no supo aplicar su albedrío al acto de dignidad que le daba prestancia; y dió comienzo a su peregrinación sobre el planeta, a base de crimen.

Y a partir de aquel entonces, la faz del globo sufrió una conmoción inenarrable. La semi-destrucción de los continentes y el hundimiento de las islas; la Babel humillada y envilecida; la confusión de las lenguas; la elevación de Nemrod, a la cima del culto pagano; el aniquilamiento de las familias, para dar paso al señorío y la servidumbre; la imposición de la esclavitud; la peregrinación a lugares inciertos, de pueblos enteros, antes de diluir su historia en el olvido; la ascensión de Moisés al Sinaí, y el dictado del Decálogo sublime dieron la sensación de que ante una fatalidad irresistible que se acercaba, todo habría de perecer, porque "la masa toda había sido manchada"; y fue entonces, cuando, unos pocos, muy pocos, libres de la contaminación del daño, apenas si pudieron ser exhibidos como ejemplo de sumisión consciente y de subordinación deliberada hacia el Dios Creador.

Abraham abandona, entristecido, su tierra natal, y Moisés, airado, rompe contra el suelo las tablas de la ley. No es posible la

redención del hombre mediante el uso de paliativos humanos. Es menester que la deífica promesa, prenuncio de inmortalidad, descienda como lluvia fresca desde lo alto del monte bíblico, "la de la simiente infinita", en forma de mujer, sobre la redondez del planeta; mujer que un día habría de quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, y concebir al Verbo mediante la magnífica exaltación de sus tres atributos: Poder, Sabiduría y Amor, para dar a luz mediante el engendro de la Divinidad, al Mesías o Ser *único* capaz de redimir al linaje humano.

Moisés, el primero de los legisladores y el primero también en explicar a los pueblos su propia genealogía, había visto violada su ley, por sacrosanta, inmortal; Licurgo, rota por el medio la hegemonía de su Esparta amada; los faraones y Numa, convertidos en pedazos y dispersos por el suelo para ser pisados por la rebelión, sus más orgullosos mandatos; Dracón, no obstante escribir sus constituciones con sangre de héroes y de caudillos, envilecida a la Atenas que le sirviera de cuna a su estirpe; Ciro, abatida la soberbia de los hombres de acero de su querida Irania; Confucio, adulteradas las doctrinas que virtieran sus labios sobre la vastedad del Oriente. Solamente una promesa, una realidad y una sabiduría se alzan en el levante de la creación, y reflejan sobre el orbe los rayos de un iris de esperanza la más segura, sin otro fin que el de restaurar al hombre para devolverlo a su causa primera que es Dios.

¿Podría ese Dios que es bondad y es misericordia, como prelusión de su poder, de su sabiduría y de su amor, anticipar al hombre un Mesías que no fuera su propio hijo, poseedor de su misma esencia y naturaleza que es increada, indivisible, eterna e insaciable? ¿No es en lo biológico, el hijo, por los elementos que se aunan en él, un gajo de naturaleza igual a la naturaleza del padre que lo engendra? ¿Y habría de estar exceptuado de las reglas de una biología divina, Aquél que es el autor de la naturaleza?

Después de la confusión de los elementos que dura milenios, necesaria era la restauración de la familia de Adán, y preciso el cumplimiento de aquella promesa asentada en los libros santos y que ansiosamente la aguardaban los pueblos: la venida del Mesías; porque, no de otra manera habría de quedar purificada la conciencia humana. Y por eso, esas profecías que abrían paso a su anunciación y que como determinaciones que no procedían de la voluntad humana sino estaban dictadas por la Altura, rasgaron el velo de las auroras para hacer más radiante la Aurora Suprema: la encarnación de Jesús, el Cristo.

Unos tras otros, hoy como señores y mañana como esclavos, todos los pueblos sucumbían , y así habían pasado los asirios, los babilonios, los persas, los egipcios, los medas y los caldeos, solo uno, el Hebreo, que, si elegido de Dios, un día habría de perder su amistad y con ello su preponderancia por haber llevado al sacrificio al mejor de sus hombres y al único divino, viéndose humillado desde entonces, conserva la tradición y la certeza de perpetuar en el mundo los medios de salvación prometidos a la humanidad.

¿Estaba por ventura, predestinado, *ab aeterno,* desde la eternidad, el pueblo judío, para servir la causa de Dios? Indudablemente que sí; y prueba de ello es que de su seno nació Jesús "el enviado", el hombre Dios y Dios y Hombre verdadero que había de redimir al mundo, de sus iniquidades.

Mas, para no dejar un vacío tan hondo entre los pensamientos que acabamos de exponer y los que habremos de manifestar cuando aludamos a la Institución Eucarística que por sí determina la consolidación de la gracia divina, acoplemos a dichos pensamientos unos cuantos recuerdos históricos.

La tradición, de manera general, que tanto enlaza lo pasado con lo porvenir como vigoriza el presente, y las Sagradas Escrituras cuyo texto histórico es indiscutible, nos refieren, que Noé, llamado "el padre de las nuevas razas humanas", por virtud de haber sido, por predilección de Dios, entre los otros de su época, el único que con su familia sobrevivió a la catástrofe del Diluvio Universal y por quien hubo de continuarse, en consecuencia, la propagación de la raza de Nuestros Primeros Padres, tuvo tres hijos: *Sem, Cam* y *Jafet,* procediendo de *Sem* que es el que por el instante nos interesa rememorar, una "familia etnográfica y lingüística que comprende diversos pueblos que hablan o hablaron el arameo, el siriaco, el caldeo, el asirio, el hebreo, el árabe y himiarita", que al extenderse sobre el globo, tomó posesión de tierras asiáticas, constituyéndose en grupos, uno de los cuales, el que se había internado en la región de Caldea después de subdividirse en otros tantos, subió por las márgenes del Río Eufrates, para fundar su hogar: una parte, en Mesopotamia; otra, en la parte baja de dicho río, el que atravesó bajo la guía moral de Abraham; y la otra, más allá de El Jordán, en Egipto, gobernado entonces por los hilsos o pastores, que al ser vencidos por los calificados de "nacionales" a cuyo frente se encontraron los reyes indígenas o faraones, fueron sometidos a la servidumbre, y con ellos, los hebreos que convivían su tierra, cuya dominación duró centurias, hasta el año 525 antes de Jesucristo, en que su poder fue subyugado por el de los persas. De aquel Egipto que los oprimía, fueron sacados los hebreos, por Moisés, dándose a vagar, primero por el desierto, en tanto se establecían en la Palestina que hicieron suya después de prolongadas y sangrientas luchas tenidas con los idólatras.

La definición que les damos a los descendientes de Sem, "de constituir una familia etnográfica" dentro de la cual el *pueblo hebreo,* llamado así en recuerdo de Heber, uno de sus patriarcas y antepasado de Abraham; o *pueblo judío,* por haber sido la Judea lugar ubicada entre el Mar Rojo y el Mar Mediterráneo, en la Palestina la que tomaron como patria; y también *pueblo de Israel* por ser éste —Israel: Dios te lo manda—, el sobrenombre que adoptara Jacob más tarde el padre de las Doce Tribus que aceptaron humildes el mandato moral que les viniera de Moisés; al recordar la calificación que les damos con los enciclopedistas, de constituir una familia etnográfica, ratificamos nuestras convicciones relativas a que los hijos de Abraham, llámense israelistas, judíos o hebreos, todos son semitas, y que no todos los semitas son hebreos ni son judíos, aunque sean primos suyos por descender también de Sem.

Desde el primer instante de su existencia como pueblo, el hebreo, veintidós siglos antes de Nuestra Era, no fue significado sino por una misión histórica que lo enaltece, y no fue compelido a desempeñar sino una función sublime: ambas —acto y ministerio—, vaciadas en el más trascendental de los preceptos: guardar la verdad relativa a la existencia de Dios pero, no sólo de Dios, *sino de Un Solo Dios verdadero*: Jeovah, que al quedar constituida su fe como una creencia absoluta, vino a determinar también una religión. Y no tanto para destruirles esa fe ni apartarlos de esa religión espiritual que los ataba a la existencia de un solo Dios, sí invisible, verdadero, sino para imponerles como credo moral, otra fe de la que demandaban para sí los soberanos de la tierra que exigían ser adorados como a un dios y adorar también lo que era creación suya: sus deidades paganas, que tanto los judíos como los cristianos calificaron inmediatamente, —cada cual en su época—, de blasfemia, contra la que hubieron de rebelarse sin meditar en sus consecuencias; pues, ya como pueblos y ya como individuos, durante la antigüedad idólatra con los reyes de Asiria y de Babilonia al principio, y en los primeros años de la Roma de los emperadores, después, así los que vinculaban su creencia a las enseñanzas del Viejo Testamento como los que se amparaban en la fe que les imponía el Nuevo, fueron perseguidos, fueron esclavizados y fueron sacrificados. Salmanazar lleva la guerra, una guerra injusta, a los campos de Palestina, y Sargón destruye Jerusalem; Senacherib esclaviza familias enteras; y Nabucodonosor, no contento aún con ese botín, holla con desahogos de fiera la tierra santa y roba hasta los vasos sagrados que guardaba el templo de Dios. Baltazar profana esos símbolos que jamás debieran ser tocados por manos impías, a la hora de un festín, en donde el mismo Dios rubrica su sentencia de perdición; consumando su obra Darío y Antioco, la que haciendo eco siglos después bajo Vespaciano que no se daba cuenta que con ello iba a cumplir el pronóstico de Jesús de Nazaret, arma la mano de su hijo, la de Tito, que no deja piedra sobre piedra en aquella patria santa; reservándose Adriano, por último, la tarea de imponer su ruina, al que fuera un pueblo elegido para servir de depositario a la verdad que descansa en la fe de un solo Dios. ¿Cuál fue el crimen de los judíos frente a los reyes paganos? El mismo que cometieran ante ellos, los seguidores de la fe de El Nazareno: ser leales a sus monarcas como monarcas, pero no aceptarlos un solo instante como personeros de Dios y menos tenerlos como a dioses.

Y del seno de ese pueblo: del Pueblo Hebreo, que si no hubo de perder del todo la fe en Dios porque antes que la blasfemia aceptó su sacrificio, pero que más tarde perdiera íntegra la razón al consumar el crimen de El Calvario a sabiendas que traicionaba su propia convicción: su tecracia, que les vedaba aceptar el César romano como a su verdadero señor; del seno de ese pueblo nació Jesús. Y cuando, Pilatos, después de escuchar los cargos que le hacían al manso Rabí, se los mostró como a su rey del que a su vez se constituyó en el mejor de los testigos y en el más elocuente de los defensores, al manifestarles públicamente: "en verdad, en verdad os digo que no encuentro culpa en este hombre", pero que a los gritos de los judíos que estaban faltos de razón: "nosotros no tenemos un rey sino un césar", fue cobarde y se portó como un malvado; con esos

gritos, los judíos fueron apóstatas a sus tradiciones y apóstatas a su raza, pues fue un grito de blasfemia y un grito de idolatría el suyo, ya que aquel emperador, si era césar de los romanos, era un césar intruso y un usurpador para la Palestina a la que injustamente le imponía de tetrarca de Galilea a un Antipas, y de gobernador de Judea, a un venal.

——— O ———

Durante los milenios transcurridos, arrancando su principio de los instantes en que Dios maldijo a la serpiente en el Paraíso, hasta el año 749 de la Fundación de aquella Roma que se había erigido en señora del mundo y estaba gobernada por Tiberio; una sola ansiedad preocupaba al hombre: *la venida de El Mesías* prometida por Dios, y que con sumisión a esa palabra la predijeran los profetas judios. Y... en Jesús, el hijo de David, que nunca negó por su genealogía familiar su ascendencia semita, y que como tal dijo un día, "dad a Dios lo que es de Dios y al césar lo que es del césar", deslindando con ello el campo del espíritu del campo de la materia, y cuyas palabras enalteció aún más cuando advirtió: "mi reino no procede de este mundo"; en ese Jesús, el Cristo o el Ungido, fueron cumplidas, una a una, todas las profecías contenidas en el Antiguo Testamento, entendiéndose como tales, "la predicción de acontecimientos futuros, independientes en sí, que pueden suceder o dejar de llegar, sin que califiquemos así a los hechos esperados dentro de la periodicidad de las leyes naturales". Y cuyas predicciones se cumplieron, porque su fuente radicaba en Aquél que había dicho: "A mí está reservado el porvenir".

La venida de Jesús-Cristo no ha de tomarse como un hecho circunstancial y aislado. Ha de considerarse de modo absoluto, como el objeto sublime de las profecías; y al pueblo de donde procedía: al judío, como al misionero encargado de su guarda y de su transmisión.

En efecto: profecías fueron las palabras de Dios cuando en lo alto del Paraíso, dijo a Satanás: "Yo haré nacer la enemistad entre tí y la mujer, entre tu raza y la Suya, y vendrá un día en que Ella te romperá la cabeza con Su talón". Las que dijo a nuestro padre Abraham: "sal de tu país y ve a la tierra que yo te mostraré; yo te bendeciré, haré nacer en tí un gran pueblo y bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan; y todos los parientes de la tierra, todas las familias de la tierra serán benditas *en el que nacerá de tí*". Las que refirió a Jacob, cuando le afirmó: "Tú serás grande entre tus hermanos; de tu raza saldrán los jueces y los capitanes; y la autoridad no saldrá de Judá *hasta la venida* del que debe ser enviado y que será la espectación de los pueblos". Y profecías fueron: las voces de Samuel y de Ezcequiel, cuando afirmaron que El Mesías habría de nacer de la casa de David; así como las palabras de anticipación de éste, cuando, refiriéndose a Jesús, diez siglos antes de su venida, aludió a su sacrificio, diciendo: "traspasaron mis pies y mis manos y se pudieron contar todos mis huesos". Las palabras de Isaías, el evangelista del Antiguo Testamento, que

predijeron esa venida del seno de una virgen, e íntegra, la pasión y muerte del Salvador, al que llamó "Varón de Dolores", diciendo de él, 800 años antes de que se verificara su sacrificio: "Oh, Mesías, brazo o virtud del Señor, al que vímosle despreciado y el desecho de los hombres, que sabe lo que es padecer, su rosto como cubierto de venganza y de afrenta por lo que no hicimos ningún caso de él; oh Mesías, que se ofreció El mismo en sacrificio porque El así lo quiso, y no abrió la boca para quejarse; y que después de sufrir la opresión e inícua condena", "fue levantado en alto"; aludiendo así al madero de la Cruz. Las de Nahum, que sería Judá su cuna gloriosa. Las de Niqueas, que vaticinó a Betlehem como el lugar de nacimiento del enviado Jesús. Las de Amós, que muchos siglos antes de que sucedieran, refirió las circunstancias que rodearían la vida y la muerte de El Nazareno. Las de Jeremías, que hablaban de la matanza de los niños primogénitos. Y, finalmente, profecías fueron las exaltaciones de Daniel, cuando pronosticó: "de aquí a cuatro cientos noventa años, llegará el entero cumplimiento de las profecías; la elevación del santo entre los santos; la muerte de El Cristo y la destrucción del Templo de la Ciudad Santa". Y al efecto, recordemos que también Daniel era un gran señor: el primer ministro del Rey de Babilonia y en cierto sentido el dictador de los reyes de Asiria.

Y en la persona de Jesús-Cristo fueron cumplidas, en verdad, todas las profecías, como que Su nacimiento, Su vida, Su pasión y Su muerte constituyeron la primordial razón de toda esa serie de predicciones y anticipos, sobre los que cabe agregar uno más tan trascendental como ellos: el de la constante confianza de la humanidad, en que algún día habría de ser redimida.

Si Aquél que ha reservado para Sí el porvenir, hizo gala de magnificencia al cumplir en Jesús todos sus anuncios y todas sus anticipaciones; la humanidad no ha de ver en él: en el hijo de María, sino al Mesías prometido; al Redentor de todas las causas; al Mediador entre el Padre y la criatura; al Reconciliador de todos los hombres, y al que fue, es y será el motivo de la más grande espectación entre los pueblos.

Que callen, si quieren, los espíritus apocados y asustadizos, pero que no ahoguen la voz de la verdad ni intercepten la historia: que guarden silencio, si eso les conviene, los que viven de los respetos humanos, pero que no traten de negar, tan solo porque sí, esto es, sin una razón fundamental, los hechos que precedieron a la venida de El Salvador; que lo analicen, si así les place, en todas y en cada una de sus manifestaciones diarias, en sus propias peculiaridades y en las excelencias de su origen, de su credo y de su fe los científicos, pero que también lo estudien en el amor inagotable que determinó su sacrificio personal en la cruz.

Si en Cristo-Jesús fueron cumplidas las profecías; si El es Aquél que en un principio era ya el Verbo y que como Verbo era y estaba en Dios, porque su Verbo era Dios y Dios estaba en el Verbo; porque en El radica todo principio pues por El fueron hechas todas las cosas y sin El ninguna cosa habría sido hecha, porque El es la luz y es la vida; es indiscutible, que como enviado, El es el Mesías que

esperaba la humanidad y, como tal, el Hijo de Dios, igual en naturaleza con El y la Divinidad misma, por ser partícipe de la propia Divinidad y poseedor personal de los atributos de Dios, ya que no podría dejar de ser Dios el que es de El el hijo muy amado en quien tiene todas sus complacencias celestiales.

La divinidad de Jesucristo no debe ni puede ser discutida, porque El es el Verbo Eterno, consubstancial con el Padre de cuya naturaleza es parte y es todo, y porque, además de haberse cumplido en El todas las profecías, El hubo de decirlo y de comprobarlo en el decurso de su vida de milagros sobre la tierra.

Muchos hombres, miopes o cegados completamente por una arrogancia enferma que inmobiliza su espíritu y anquilosa su entendimiento, pretenden rebajar las palabras y los hechos de El Salvador, al plano de la duda, sin poder afirmar, o proponer siquiera, pero con honradez para su discusión, cómo podría resolverse la verdad; situación que no los exalta, no precisamente porque no tenga el carácter de motivo, su proposición, sino, porque le da cuerpo lo diminuto de un pretexto, el de su propia soberbia, para sentar con ella la base de su negación. En cambio, a esos mismos hombres les parece dogmática y no se atreven a pensar en discutirla, in mente siquiera, la palabra de un dictador humano o de un usurpador de la autoridad popular que no será mañana sino un tomín más de polvo dentro de la transformación constante que opera la naturaleza. Y eso les sucede, porque, teniendo ojos, no quieren ver en los atributos personales de Jesucristo, la inmensidad moral de sus proporciones; y en su origen, la Causa Primera de donde procede.

HISTORICIDAD DE LOS EVANGELIOS

Los evangelios, no constituyen, como de ordinario se cree, una relación completa acerca de la vida de Jesús, sino, pasajes de ella, atestiguados por algunos de sus contemporáneos, —los más caracterizados para hacerlo—, y una adecuada e histórica articulación escrita a base de conciencia y de verdad, de sus actos más trascendentes, sin otro fin, al exponerlos, que comprobar su mesianidad; su origen divino; lo santo de su mensaje, y la pureza de su doctrina.

En su sentido lato, la palabra *evangelio,* tomada del Griego, *euahgelion,* que era el idioma común de los primeros cristianos, es sinónima de "buena nueva", y como las demás voces gramaticales, su incorporación a las lenguas modernas tiene su razón de ser, su propia filosofía y —podemos decir— su historia particular.

Por su valor etimológico, el término *euahgelion* comprende *cualquier* buena nueva; pero, en el decurso de los tiempos, dentro de aquellas épocas ya idas, ya no fue aplicada esta palabra de un modo tan extenso, sino restringido su objeto, al calificar, de *buena nueva tan solo,* el hecho aquél que ofreciera al mundo de aquellos hombres, el comienzo de una edad o la entrada de una época que se singularizara de una manera excepcional por sus beneficios; como el advenimiento de un emperador, por ejemplo, o el aumento de prestigios para el país. Y esto nos lo confirma, según nos lo dice más de algún relator de historia, una piedra conmemorativa encontrada hace algunas centurias, en las excavaciones que se hicieron en Samsum, Asia menor, que señala el Año sesentitrés antes de Cristo, como la objetivación de una *buena nueva,* por haber nacido entonces el emperador Augusto que hizo variar de ruta a los pueblos y marcó a la humanidad de entonces, de manera maravillosa; calificativo, que tomaron para sí, naturalmente, los primeros cristianos, al tener como "buena nueva", no solamente el nacimiento de El Redentor, sino el provecho incalculable que trajeron al mundo, su vida, su pasión y su muerte; su resurrección y su entrega a la humanidad hasta la consumación de los siglos por la transubstanciación eucarística. Y ya que señalamos la lengua griega, como la *oficial,* —permítasenos decir—, de los primeros cristianos al rededor del Santo Sepulcro nos toca recordar que el Latín no fue usado formalmente por la Iglesia, como tal, sino, hasta en la época de San Victor, el catorce de los papas, al final de la segunda centuria; y que, según nos refiere el filósofo San Justino en sus escritos, el año 130, y San Ireneo obispo

de Lyon en los suyos, el año 202, la palabra *evangelio* era ya usada entonces, para significar con ella que la buena nueva: Jesús, había descendido de los cielos al seno de la humanidad.

Exegéticamente considerada, la propia palabra "euahgelion" quiere decir *la verdad presente,* porque en ella se contiene íntegra, sin prescripción y sin que exista o haya existido alguna vez, en algún tiempo, lengua, pueblo u hombre, fuera de Jesús: noticia relativa a la existencia de otra narración evangélica.

Cuatro, son los autores de tan sublime relación de hechos, escrita en diferentes idiomas, en sitios apartados y dentro de circunstancias distintas; la que no por ser plural su versión sinóptica, por lo mismo que refiere los sucesos que abarca sin alternación en su fondo ni variedad en su esencia y casi bajo el mismo plan, deja de elevarse a la categoría de verdad única, indiscutible y comprobada.

San Juan, San Mateo, San Marcos y *San Lucas* son los autores formales, los redactores materiales, para usar una palabra adecuada a nuestro objeto, de tan portentosos escritos, inspirados en la verdad más elocuente con el objeto de llevar al corazón del hombre sobre la redondez íntegra del planeta, la exposición clara y definitiva, relativa confirmar esta realidad: la Divinidad del Maestro y su Mesianidad.

El valor moral del libro de los evangelios puede ser considerado bajo dos puntos de vista: como motivo de inspiración divina, y como trozo vivo de la historia universal. Vamos a ocuparnos únicamente de ésto último, ésto es, a referirnos a los hechos que señalan y que se sucedieron en la tierra, al través del tiempo, no obstante que comprendemos, que, en esa redacción, si es verdad que cada uno de los evangelistas, como hombre conservó su estilo personal e impuso en la parte que le correspondió escribir, el sello de su propia individualidad, existió indudablemente la inspiración de Dios. La sinópsis de los evangelios, ésto es, que a pesar de la heterogeneidad y carácter de sus autores y el tiempo en que fueran escritos, constituyen una perfecta unidad en su espíritu, es una razón contundente que demuestra que su labor no fue tan solo un accidente humano.

¿Cuándo fueron escritos los evangelios? El día preciso no lo podrá señalar persona alguna, pero, baste recordar que en el correr de la segunda centuria eran perfectamente conocidos y tenidos: Mateo, Lucas, Juan y Marcos, como los evangelistas, —los euahgelistes, en griego— llamados también los explicadores y traedores de la buena nueva.

En su libro intitulado *Contra las herejías,* San Ireneo nos dice textualmente: que, "Mateo publicó su evangelio entre los hebreos, en su propio idioma, cuando Pedro y Pablo se hallaban predicando la buena nueva en Roma y fundaron la Iglesia allí"; y que, "después de la muerte de aquéllos, —de Pedro y de Pablo—, Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, acabó de escribir lo que éste había predicado; y Lucas, también, un compañero de Pablo recordó en un libro, cuanto éste había predicado. Más tarde, Juan, el dis-

cípulo amado de El Señor, el que tuvo la dicha de reclinar su cabeza sobre su pecho, publicó su evangelio, cuando vivía en Efeso, en Asia".

Las palabras vertidas por San Ireneo tienen un valor incalculable, no sólo para la fe sino para la historia, porque tuvo de maestro a San Policarpo, quien a su vez fue discípulo de San Juan, el autor del Cuarto de los evangelios. Y a la par de este santo historiador, hay otros: San Ignacio, del año 107, y el propio San Policarpo, del año 118, que atribuyen a los mismos evangelistas la tarea de haber escrito los evangelios; fuera de que el año ciento, de nuestra era, Titiano compuso su diatesarón especial para señalar los evangelios, es decir, que armonizó sus títulos mediante la imposición de un prefijo común: "... según San Juan", "... según San Lucas", "...según San Mateo", "... según San Marcos", con el fin de que los que los escuchaban, pudieran advertir al instante, la fuente de donde procedía lo que se les explicaba, ya que San Pedro, al dar su aprobación a la parte que conoció de lo escrito por su secretario Marcos, ordenó fuese leído, su texto, en las iglesias. Tal nos lo refiere en su libro "Bosquejos", —parte sexta— San Clemente, muerto el año 220.

Como consecuencia de lo que tenemos explicado, hemos de recordar: que San Juan y San Mateo, apóstoles del Divino Maestro, que tuvieron la felicidad de estar a su lado durante la época de su predicación; asistir como comensales a la *Ultima Cena,* en la que el Dulce Rabí fuera el anfitrión; presenciar la traición de Judas; estar cerca del Calvario y formar parte del Colegio Apostólico a la venida del Espíritu Santo: son los narradores de aquello que vieron y oyeron con sus propios sentidos, del Nazareno; y San Lucas y San Marcos, el primero como amanuense de San Pablo que después de su conversión portentosa visitó a los apóstoles con el fin de enterarse, de su boca, de lo que éstos sabían, para conocer sin error alguno cuanto había enseñado Jesús; y el segundo, como secretario de San Pedro, dignificado como la roca sobre la que El Salvador fundó su iglesia.

La propia heterogeneidad de los narradores eleva su dicho y sus escritos a la categoría de plena prueba, jurídica y lógicamente considerado su contenido, por lo mismo que dos de ellos, como testigos de espectación, y los otros dos, de referencia pero que bebieron la verdad en la fuente idónea de sus expositores coinciden admirablemente en cuanto al modo, tiempo, lugar y personas como se sucedieron los hechos que explanan.

Si los evangelistas, fuesen o hubiesen sido espectadores tan solo o se distinguiesen como miembros de una escuela específica, interesada en sostener, afirmar y perpetuar la excelencia o las ventajas de la institución que trataban de defender, la que a su vez rehuía las polémicas y rechazaba las discusiones no obstante la seriedad de su dictado y el alcance moral de su doctrina; podrían muy bien, los que pretenden encontrar duda en aquello que no les satisface porque no lo comprenden o porque les desagrada: afirmar, que tales narradores, de común acuerdo, se habían propuesto exponer un hecho concreto o una serie de hechos, ideados tal vez por la

mente robusta o fantástica de uno de tantos, para el logro de un fin preconcebido y el triunfo de un convenio pactado. Pero no; dos testigos espectadores dan fe de lo que vieron y oyeron y viera y oyera también incontable número de personas; y dos de referencia, de lo que sus maestros y jefes de despacho, de la talla moral de San Pedro y de la enormidad ministerial de San Pablo, les comunicaran exprofeso y enseñaran públicamente, ya porque ellos lo vieran u oyeran a su vez, del propio Jesús, o porque los recibieran como depósito de tradición inmediata, de tantos otros testigos espectadores, idóneos. Unos y otros, los evangelistas, en diferente lengua y en circunstancias distintas de su vida en cuanto al Maestro, sucedieron a los pueblos y entregaron a las generaciones por venir, una relación suscinta de algunos de los pasajes de la vida de Jesús; de algunos de sus actos milagrosos y de la completa referencia relativa a su decisión de quedarse entre los hombres, cautivo, bajo las species del pan y del vino consagrados; de su muerte ignominiosa y de su resurrección admirable, dando con ello, testimonio fiel, de fiel cumplimiento de todas las profecías. En el caso que analizamos, el testimonio o dicho de los testigos de referencia tiene su filosofía particular; la de informar al hombre, cómo se inicia la tradición, su fuerza moral y cómo hubieron de verificarse los sucesos que contemplan, para que de la misma manera, unos hombres a otros, la narren y la sucedan para conocimiento íntegro de las generaciones por venir.

Mateo, llamado también Leví, escribió su evangelio entre los años del 42 al 60, en Jerusalem, haciendo uso del aramaico, —ciriaco—, mezcla del hebreo y del caldeo usado como lengua por los judíos de entonces en aquella región de Asia, y en cuya lengua predicó Jesús. *Marcos,* discípulo y secretario de San Pedro, redactó su trabajo por los años del 50 al 68, en griego. *Lucas,* médico de profesión y pintor, como que a él se le atribuye el primer dibujo que copiara el rostro de la Virgen María, refirió los hechos que predicara San Pablo, entre los años 62 y 70, en hebreo. Y finalmente *Juan,* para combatir las herejías que anticipaban ya su labor disociadora, después de su liberación de la isla de Patmos escribió en Efeso, su evangelio, entre los años 85 y 97, en griego.

La circunstancia de haber sido escritos los evangelios, años después de la muerte, resurrección y ascensión del Salvador del mundo a los cielos, es también prenda segura de la formalidad de su contenido. La historia, para elevarse y mantenerse en su propia categoría: de cosa cierta, no ha de ser escrita sino, cuando, el tiempo ha transcurrido y el historiador depurado los hechos, y también, cuando la pasión natural a que concitan los sucesos que se narran en aquellos que los presenciaron, no constituyen ya, para ellos, una vehemencia que se desborda ni una atracción incontrastable que los cohibe. La historia ha de ser escrita cuando es la razón la que se impone y no la pasión humana la que subyuga al escritor, y cuando el entusiasmo primero, la atracción a que convidan los hechos o su repulsión por el criterio del hombre, han tomado su mejor cauce: el de la serenidad de la conciencia, para no perseguir sino un solo fin: el de la verdad. Y no olvidemos que los evangelistas, si santos, eran hombres también.

Los más conspícuos críticos e historiadores que con rectitud e imparcialidad han estudiado el hecho evangélico, están conformes en atribuir a los cuatro evangelistas, la capacidad y la autoridad necesarias para darse a la tarea de escribir lo que escribieron; y otorgan a sus narraciones la calidad de *historia verdadera*, por venir su dictado, —sagrado para los que tenemos fe—, de una fuente que no ha podido ser contradicha jamás, ni jamás tachada de falsedad.

——— O ———

¿Cuál fue el propósito de los evangelistas, al referir en sus escritos la *Buena Nueva* que representaba Jesús? ¿Engañar al pueblo? ¿Perpetuar su memoria? ¿Obtener algún beneficio personal o exaltarse a sí mismos como co-partícipes con El Ungido en la fundación de una religión y la propagación de un credo? Indudablemente, el objeto perseguido por los evangelistas no descansa en ninguno de los motivos anotados, sino, en el de extender entre los hombres, de acuerdo con el mandato del maestro, de "id por el mundo y predicad la verdad", la verdad que El había enseñado. Basta juzgar los hechos ocurridos entonces, pero sin exaltaciones soberbias, para obtener esta conclusión: la de la divinidad del mensaje traído por Jesús a la tierra.

Por virtud de sus enseñanzas evangélicas, ellos mismos, los evangelistas, como redactores de documentos tan sublimes e imperecederos, sabían, que al predicar la verdad de que ellos estaban convencidos, no habrían de esperar sino la persecución, el tormento, la deshonra y la muerte. Si Jesús había sido sacrificado y su atracción personal había desaparecido; lógico es comprender que como partidarios suyos, los evangelistas en particular y los apóstoles en conjunto, para escapar del martirio y de una muerte ignominiosa, en vez de propagar una doctrina que les causaba daño y extender una religión que contradecía la fe de los que gobernaban el estado, con solo olvidarla, con no mencionarla en público y con haberse abstenido de provocar la ira y los celos de los tiranos, habrían estado salvos y solucionado sus conflictos. Pero no; evangelistas y apóstoles tenían interés en propagar la verdad, en darle a saber al mundo la Buena Nueva que representaba El Salvador, y en atraer hacia sí a los hombres de buena voluntad. Eso era todo cuanto deseaban aquellos predicadores, importándoles muy poco su sacrificio, la persecución y los peligros a que se exponían. De los doce apóstoles, a excepción de San Juan, todos acabaron sus días en el patíbulo por predicar el evangelio. Y en este sentido cabe recordar, que el hombre es capaz de desafiar a los tiranos y de aceptar la muerte con resignación, cuando descansa en la verdad la razón de su sacrificio; más nunca desafían los hombres libres la ira de los que mandan, ni aceptan gustosos ser crucificados, ser azotados y servir de carne para las fieras, los mártires, para sostener una mentira.

Pero, hubo algo más de fondo en los evangelistas cuando dispusieron escribir los evangelios. San Mateo, lo hizo *para los judíos* especialmente, para probarles que Jesús era el Mesías y que en El fueron cumplidas todas las profecías referidas en los textos sagrados,

los que a su vez constituian una inspiración de los escritores judíos, y para recordarles que el Reyno de Jesucristo era puramente espiritual como que procedía del Eterno Padre. San Marcos, escribió *para los cristianos* que vivían en Roma donde San Pedro había predicado y fundado su Sede, con el objeto de mantenerles presente su doctrina y recordarles, a la vez, que Jesús era el verdadero Hijo de Dios, comprobado por El mismo por virtud de sus milagros. San Lucas, *escribió, como primer objeto,* para robustecer la fe de su amigo Teófilo, más tarde Obispo de Antioquía, a quien la Providencia le tenía reservado para hacer cosas grandes; *y como segundo,* para señalarles el camino de la esperanza a los que se habían convertido en la nueva fe. San Juan, *escribió* su evangelio con el *fin primordial de probar la Divinidad* de Jesús-Cristo; propósito, que si singular en su principio, converge hacia otra finalidad: demostrar que la Encarnación del Verbo en el seno inmaculado de María, tenía su procedencia en Dios, ésto es, que no era humana.

——— O ———

En la relación evangélica encuentra el historiador, lee el acucioso y ausculta el incrédulo, un solo sentir: la divinidad del Maestro; y advierte el científico una estupenda verdad: el fiel cumplimiento de todas las profecías, sin que su interpretación como "buena nueva" o como "verdad presente" modifiquen su particular excelencia.

Una relación suscinta, magistral y única, es la que envuelven las páginas de esta historia santa, como que enseña la genealogía de El Salvador; la muerte que le predijera Jeremías; la precursión del Bautista, que relatara Malachías; las circunstancias sobre su vida, pasión y muerte que anticiparan Amós e Isaías; su misión entre los hombres predicha por Daniel; y la institución de la Eucaristía y su ascensión a los cielos anticipada por David y proclamadas por Moisés y Elías en el Tabor.

Esta y no otra, es la referencia que encierran los evangelistas en una forma sinóptica, acerca de la vida de Jesús-Cristo, cuyos evangelios, a modo de biografía pura y de historia sin retoques líricos, se elevan a la categoría de constitución sublime para la circunscripción y empadronamiento de la espiritualidad, al igual como los textos políticos rigen la opinión ciudadana mediante normas específicas para reglamentar los actos libres de un pueblo.

Si los evangelios narran hechos consumados que fueran profetizados siglos atrás; si esa narración fue operada por historiadores conscientes de su labor, que, al referirla, los mantuvo en el más perfecto acuerdo no obstante la diferencia de tiempo, lengua, lugar y erudición; oficio, sistema expositivo y método que los obligó a ello; y si esa narración, después de una heterodoxa discusión de siglos, jamás vencida y siempre exaltada, es tenida como centro de inspiración y venero de verdad; indudablemente, su forma y su alcance, descansan en una historicidad real; y su finalidad, en un propósito lealmente conseguido: proponer la verdad.

No pocas veces hemos escuchado de personas que aparentan ser serias, esta barbaridad, la que también hemos leído en autores autocalificados de imparciales; el español Ibarreta es uno de ellos: que como institución propiamente dicha, la Iglesia Católica, Apostólica y Romana no tuvo su principio sino durante el Siglo Tercero de Nuestra Era; y que no habiendo sido católicos los apóstoles y los evangelistas, mal pudo ser San Pedro el fundador de una religión que estaba en pugna con las ideas de su grupo, y menos propagar una fe que tendía a destruir la suya; y que no habiendo tenido su origen, el Papado, en Roma, la preeminencia que se le concede es absurda. Indudablemente, estas teorías son presentadas por los enemigos de la Iglesia de Jesús-Cristo, que obran así por desconocimiento de los hechos que impugnan, —seamos indulgentes con ellos—, y de la historicidad de la fundación espiritual que atacan.

Sin más ansia que la de dejar a nuestros lectores la tarea de resolver a qué lado se inclina la verdad, vamos a definir elementalmente, lo que es la Iglesia Católica Apostólica y Romana en la actualidad; y a inquirir cuál fue la conducta de los apóstoles de Jesús y la de sus evangelistas, en aquellos tiempos. Y después de comparar ambos resultados, si hubiere disparidad en ellos, con el mayor agrado confesaremos el error en que nos hemos mantenido, para dar la razón a los que dicen con tanto énfasis, que nuestra iglesia no tuvo su nacimiento con Jesús, teniendo a San Pedro como primer Papa, y... lo que para nosotros es casi sin importancia y cincunstancial: que haya sido *Roma* su sede única en el correr de su vida. Y a este respecto, si San Pedro, en vez de establecer su sede en la Ciudad Eterna para levantar allí su templo moral, de haberlas conocido entonces y serle de su agrado Guatemala, Madrid o San Francisco California, —ejemplaricemos— escoge a cualquiera de estas capitales para aquel fin, dicha Iglesia, sin perder su origen divino ni dejar de ser católica y apostólica por excelencia, tendría el carácter de única y verdadera, y aunque su adjetivación fuera de guatemalense, madrileña o sanfranciscana. Esto de su asiento geográfico es meramente circunstancial.

¿Qué es la Iglesia Católica, Apostólica y Romana? Recordemos al Padre Ripalda, que a nuestro entender es el autor más conciso y aceptable para esta clase de análisis, por cuanto, con su discurso, no trata de convencer a los sabios sino enseñar a los que no saben. *Es la Congregación de fieles regida por Cristo y el Papa su vicario,* nos dice aquel sesudo autor, tocándonos a nosotros, comentar lo siguiente. Es "congregación", por lo mismo que su palabra, *Iglesia,* tomada del griego *ekklesia,* quiere decir tanto como *asamblea.* De ahí que no pueda constituirse una iglesia si ha de ser para un individuo tan solo o para una sola familia. Una iglesia, pues, supone la reunión, la asamblea y la congregación *de hombres* que se mantengan sujetos a una misma disciplina moral, religiosa, pues sería torpe pensar que los irracionales que no saben distinguir lo que es bien de lo que es mal, tuvieran la facultad de someterse con deliberación a una norma concreta. La palabra "congregación" sinónima de *iglesia* en cuanto que le da cuerpo físico, y las dos le siguen: "de fieles" de que nos habla el padre Ripalda, no necesitan de más análisis, desde el instante que los que pertenecen a ella están sujetos a

las disciplinas que les impone la propia institución, la que es *religiosa* por antonomasia. No podría concebirse jamás que una asamblea *de fieles* cuyo propósito en este caso es adorar a Dios, fuera irreligiosa, y por tal, sin sumisión al fin que los une, que los liga y que los ata espiritualmente: su fe en un Dios. Tenemos pues, comprendido que nuestra iglesia es, en sí, un cuerpo físico formado por la congregación de hombres.

Veamos ahora el significado de la palabra *católica*. Tampoco nos tomará mucho tiempo la definición de este término. *Católico*, venido del griego también, *katholicos*, es sinónimo de universal. Y ninguna otra religión, fuera de la que irradia su luz desde la cumbre del Vaticano, puede darse el lujo de estar tan difundida entre la humanidad; de hacer acto de presencia en los más apartados rincones del mundo; de hacer sentir su influencia de modo tan objetivo en la sociedad de todos los tiempos; de ser tan amada y tan odiada, señal pura de su propia enormidad; de haber sido tan discutida sin ser derrotada jamás, demostración de su importancia; de ser la única guardadora de todas las culturas y la creadora y mantenedora de la Civilización Occidental, que en sí representa el ansia mejor del hombre, y... en cuyos dominios, como efímeramente lo aplicara para sí un rey castellano, en verdad no se pone el sol. Tenemos, en consecuencia, resuelto, que la catolicidad de la iglesia está basada en la congregación universal de fieles, que son lo que categorizan sus dimensiones sensibles. Para comprender el significado de la palabra "regida", apenas si necesitamos de dos o tres conceptos. Toda asamblea o congregación de hombres, si no quiere caer en la anarquía, necesita de alguien que la dirija, que le sirva de cabeza y que guíe sus discusiones; y no había de quedarse una organización social tan perfecta, como es la iglesia, sin quién la rigiera y sin quién la representara. La Iglesia Católica, es pues, una congregación de fieles regidos... por alguien.

¿Y quién es el más calificado para regir una asamblea y servir de cabeza a una institución o de constituirse en su guía moral, si no, su propio fundador, que mejor que nadie conoce sus designios? Y como la Iglesia Católica o Iglesia por excelencia fue fundada por Jesús-Cristo, pues su origen está en El porque antes de dictar El sus normas esa Iglesia no existía en el mundo; no cabe duda que es El Cristo-Jesús el que la rige y gobierna con toda su potestad de Señor, pues es obra de su voluntad: su propia Iglesia, y máxime que El lo prometió de una manera solemne: "estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos".

Se me dirá, en todo caso, que la Iglesia fundada por Cristo es una congregación de cristianos y no otra cosa. No regateamos el término el cual no cambia en el grueso de una línea lo que nos proponemos demostrar, desde el momento que como tal, la Iglesia Católica dejaría de existir si no fuera cristiana. Y Cristo-Jesús fundó la Iglesia, *Su* Iglesia, pues según nos refiere el Evangelista San Lucas: "cuando el día hubo de llegar, Jesús llamó *sus apóstoles*". Y más tarde, San Mateo, que fue testigo presencial del acto, puesto que formaba parte de aquellos doce elegidos, —él era uno de ellos—, nos refiere: "una vez concluida por Simón, —Pedro—, su profesión

de fe por medio de la cual y en representación de los apóstoles dijo a Jesús", "... Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo"; Jesús, volviéndose una vez más hacia él, ésto es, manifestándole su preferencia, le respondió: "Bienaventurado seas, Simón, porque tu carne y tu sangre no se han revelado en tí sino Mi padre que está en los cielos, y por eso Yo te digo, que tú eres —Petrus— la piedra sobre la cual *edificaré* mi Iglesia y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ellá".

Ahora viene la palabra, *Romana*, que, en la definición que analizamos, es precisamente la que más escozor provoca en el entendimiento de muchos hombres. Mas, después de escuchársenos, sin pensar por esto que procedemos enfáticamente o que tenemos en mira sentar una cátedra de Teología Dogmática, vamos a ser simplemente lógicos en nuestras observaciones.

Jesús fundó una Iglesia, la Iglesia Cristiana, la que por envolver el globo con su doctrina tiene el carácter de universal, luego es católica: iglesia, que por su misma calidad de asamblea o congregación *de hombres* fieles a Sus designios, estaba urgida de alguien, *de un hombre*, que crecido en jerarquía moral, la dirigiera dentro del tiempo, la encabezara y que a la vez que fuera intérprete de la voluntad del fundador, sirviera de depositario delante de los fieles, de su propia autoridad. Y no habría de proceder en otra forma Jesús, desde el momento en que su Iglesia tenía un doble carácter: el de divino, por la categoría de su fundación, y el de humana, por el medio dentro del cual iba a desarrollarse.

Si la Iglesia hubiese sido fundada para congregar ángeles; sin la menor de las dudas, Jesús-Cristo habría escogido a un ángel, de primera piedra, para su edificación; y si para santos, un santo precisamente. Pero, como fue para que bajo el ala moral del templo que era Su voluntad edificar encima de la roca, —Petrus—, que había elegido para tal, se congregaran hombres, es lógico comprender, repetimos, que tuviera que ser *un hombre* esa cabeza; y, al pensar de Chesterton, "un hombre sujeto a las miserias de la tierra y que si alguna vez fuera vulgar, cobarde y embustero; al reconocer en Jesús al Hijo de Dios vivo, se restaurara en la gracia; hombre, que a la vez que tuviera todas las peculiaridades de los demás hombres, mereciera la confianza de Jesús y pudiera hacer sus veces en lo espiritual". De aquí nace la palabra *vicario*, del latín "vicarius", el que hace las veces de otro. Y dicho hombre, Pedro, al proceder en sus actos humanos, humanamente también, tenía que escoger un lugar determinado sobre el planeta, en dónde fijar su residencia y establecer su sede; y ese lugar fue Roma, para proclamar desde allí las leyes de Cristo.

Mas, no nos falta sino comprobar si San Pedro, investido ya las facultades divinas que le otorgara Jesús y constituido en la piedra angular de su templo, estuvo efectivamente o no, en Roma; si vivió en Roma la actual ciudad metropolitana de Italia, y si allá dió comienzo al ejercicio de su ministerio apostólico.

¿Vivió San Pedro en la Roma de los césares y fundó allí la Iglesia? Para responder a esta cuestión, recurramos a autores no católicos. Basada en la opinión de Tertuliano, que si doctor de la

Iglesia fue heresiarca contagiado de las ideas de los montanistas, allá por el Año 160 de nuestra Era; y de Eusebio que escribió su preciosa Historia Eclesiástica el año 300: la Enciclopedia Británica nos dice categóricamente, que San Pedro llegó a Roma el año 43, donde vivió los últimos veinticinco de su vida, y que allá sufrió el martirio el año 68, bajo Nerón, habiendo sido crucificado de cabeza, según Origenes, pues se consideró indigno de morir en la misma posición que lo hiciera su Maestro. La propia Enciclopedia nos relata, que antes de fijar su sede *en Roma,* San Pedro visitó la Samaria, en Palestina; Cesárea, en la Capadocia; y Antioquia, en Siria, en donde predicó el evangelio y convirtió en la nueva fe a muchos judíos y a muchos idólatras.

De conformidad con el testimonio de incontables expositores no católicos, entre ellos Crotio, Renán y Mangold, este último como traductor del historiador judío Flavio Jofeso que fue contemporáneo de los apóstoles y por consiguiente testigo presencial de muchos de los hechos de la Iglesia a la hora de su fundación; San Pedro vivió en Roma, y he aquí sus propias palabras: "hechos que no puede ser contradicho pues está de acuerdo con el de los primeros escritores griegos, latinos y sirios".

Indudablemente, entre los años del 41 al 54, San Pedro fundó en Roma la Sede Suprema de la Iglesia de Jesús-Cristo, siendo Claudio el emperador; y su primacía como obispo fue aceptada sin reparos, por las iglesias de Oriente, cuya separación después, del seno de la Romana, lo mismo que la rebelión de los protestantes en el Siglo XVI, no se debió a cuestiones de índole religiosa sino a asuntos puramente políticos. "Nom possumus", —no podemos—, fue la respuesta de San Pedro y de San Juan, al Príncipe de los sacerdotes que pretendía prohibirles la predicación del evangelio; y, "non prossumus", las que repitieron, Nicolás I, a Bardas, regente de Constantinopla, en 857, que pretendía aceptara Roma, su incesto, con su hija política, Eudicia; y "non posumus" las de Clemente VII a Enrique VIII de Inglaterra, en 1534, que deseaba la anuencia pontificia para sus concubinatos, cuyos hechos provocaron el cisma de Oriente y la precipitación de La Gran Bretaña dentro del anglicalismo.

El episcopado de San Pedro, —obispo, del griego, opiskopos, predicador—, no es un asunto de fe solamente: lo es de evidencia histórica. El año 160, San Hegesipo compila la sucesión de los obispos de Roma, de la fuente que le ofrece San Aniceto Papa que sufrió el martirio bajo el poder del emperador Marco Aurelio, y coloca a San Pedro como al primero. El año 178, San Ireneo, alude a San Higinio como el noveno de los obispos de Roma, tomando a San Pedro como el primero también; y Tertuliano nos refiere que San Clemente, el cuarto de los papas, —del año 88 al 97—, fue ordenado sacerdote por el propio San Pedro, veinticinco años antes. Existe un texto intitulado *Adverso Marcionem,* escrito en la antigüedad y cuyo autor es desconocido, que refriere, que San Lino fue requerido por San Pedro para que, al faltar él, le sucediera en el obispado y se sentase en su propia silla en medio de la poderosísima Roma; advirtiéndonos la cronología de los pontífices, que fue el propio San Lino

el que sucedió a San Pedro al ser sacrificado éste, siguiéndole, Cleto, Clemente, y Evaristo, y por su orden, a continuación, Alejandro I, Sixto I, Telésforo, Higinio, Pío I, Aniceto, Sotero, Eleuterio y Victor I, hasta llegar, en el correr de los tiempos y por virtud de una sucesión ininterrumpida, a su Santidad Pío XII, y a Juan XXIII Sumo Pontífice gloriosamente reinante. Intencionalmente suspendimos la cronología de los papas en el nombre de San Victor, tomada de una enciclopedia protestante, "El libro de los hechos", la que de acuerdo con el historiador Cayo que vivió el año 214, el citado San Víctor fue el décimo tercero de los papas, a partir de la muerte de San Pedro, o el catorce con inclusión suya. El año 257, un historiador hostil a la iglesia, Fermiliano, que bien pudo haber negado la verdad en sus escritos, confirma, que *"Esteban Primero ocupa la silla de San Pedro"*. En pleno Siglo III, no sólo los romanos sino los orientales y los africanos, tuvieron al obispo de Roma como *Primado* dentro de la jerarquía católica, y de esta manera, reconocido como Vicario de Jesús-Cristo sobre la tierra.

Antes de continuar con nuestros análisis; con el fin de establecer lo antes posible el monto de significación filológica que tiene la palabra "Papa" y su derivada, el "Papado", que en sí motivan particulares consideraciones, vamos a recordar dos definiciones suyas, la que nos da la Enciclopedia Británica que tiene alcances laicos, y la que nos refiere la Enciclopedia Católica a que se sujetan los creyentes. Dice la primera: "Papado, papa, es el nombre más comunmente aplicado al oficio y posición del Obispo de Roma con respecto, no sólo a su autoridad eclasiástica y temporal demandada por él mismo, *sino, como sucesor de San Pedro*, y Vicario de Cristo que rige los destinos *de la* Iglesia Católica y soberano de los antiguos estados pontificios"; y agrega la segunda, "Este término, papado, papa, tiene un sentido en lo eclesiástico y otro de significación histórica. En lo eclesiástico comprende un sistema dentro del cual, el Papa, como sucesor de San Pedro y Vicario de Cristo en la tierra, gobierna la Iglesia Católica como un jefe supremo; y delante la historia. determina su influencia política y social en la humanidad al través de los tiempos". Tenemos, pues, que "papa" y "Obispo de Roma", o como también se le llama: "Sucesor de San Pedro", "Arzobispo y Metropolitano de los romanos", "Primado de Italia", "Patriarca del Occidente", "Su Santidad" y "Soberano Pontífice", son sinónimos y aluden a la misma persona: al jerarca supremo de la Iglesia universal.

La supremacía de San Pedro sobre los demás apóstoles, o dicho más exactamente, la predilección que tuvo por él Nuestro Señor Jesús, está superabundantemente explicada en los evangelios, de los que recordamos estos pocos hechos: San Marcos nos dice, que internándose en la montaña, llamó hacia Sí a los que El quiso que fueran con El; y dispuso que aquellos doce estuvieran con El, y a Simón le dió el nombre de Petrus, Pedro; agregándonos San Lucas: y cuando llegó el día llamó junto a sí a sus discípulos y de entre ellos escogió a doce a quienes El mismo llamó apóstoles, entre éstos a Simón a quien llamó Pedro, y a Andrés su hermano. Cuando Cristo Nuestro Señor, —leemos en San Marcos—, arrebató de la muerte a la hija de Jairo, no permitió que lo siguieran sino a Pedro, Santiago y Juan. Por otro lado, San Mateo nos recuerda: cuando fue trans-

figurado en el Tabor, Pedro estaba con El y le dijo: Señor, permite que edifiquemos tres tabernáculos, uno para Tí, otro para Moisés y otro para Elías; y también, durante Su pasión, al entrar a orar al Huerto de Getsemaní, a Pedro fue a quien le ordenó seguirlo. San Juan nos dice, que cuando Jesús hablaba en parábolas y los apóstoles no comprendían su significado, Pedro con la representación del grupo, repreguntaba al Maestro.

En beneficio de Pedro hizo especiales milagros Jesús. Curó a su suegra; aplacó las olas del mar; y cuando al cobrador de impuestos demandaba su pago y no teniendo San Pedro dinero para pagar, Jesús le ordenó levantar su anzuelo del agua, encontrando que un pescado traía en la boca una moneda *de doble valor* a la que debía de pagársele al cobrador de impuesto, a lo que Jesús le dijó: págala por los dos, *por tí y por mí.* Hay más todavía: de propiedad de San Pedro era la barca en la cual Jesús se internó en el mar de Galilea y... al mismo San Pedro, después de pedirle ratificara su amor por El, le dió este encargo: apacienta mis ovejas.

A lo anterior cabe agregar, que después de la Resurrección del Señor, los apóstoles vieron siempre, en San Pedro, al hermano mayor, al conductor de su fe y a su representante legítimo, como que el Colegio Apostólico fue reunido en su propia casa, y fue él quien guió sus deliberaciones y ordenó a San Lucas, escribir, a continuación del de los Evangelios, "El libro de Actas', —Hechos de los apóstoles— o certificación de cuanto se había dicho y tratado durante el período de sesiones apostólicas.

——— O ———

¿Cuál es el fundamento religioso-moral de la Iglesia que tiene al Romano Pontífice como vicario de Jesucristo en la tierra, en la plenitud del Siglo XX, es decir, en estos días que nos ha tocado vivir? indudablemente: el mismo que lo fuera para los primeros cristianos, es decir, para los apóstoles, para los evangelistas y para los gentiles y judíos que fueran convertidos a la nueva fe por virtud de sus predicaciones. He aquí tal fundamento: los Diez Mandamientos de Moisés; los Sacramentos; los Evangelios y la Oración a Dios o Padre Nuestro... Y en cuanto a lo que ha de creerse como dogma, lo contenido en El Credo o símbolo de los Apóstoles.

¿Nada más? A esta nueva interrogación respondemos: en lo esencial, *nada más.* Ahora, existe una serie de prácticas robustecedoras de la fe, y por tales eminentemente edificantes, al grado que la misma Iglesia les otorga su aprobación cuando no ha sido Ella la que les ha dado vida, entre otras, el rezo de las novenas, la reverencia a los santos, la recitación del Rosario, etc., etc., todo lo cual, por su propio mérito y para su propia exaltación, si es cierto que ha de verse con respeto; por haber venido a la vida con posterioridad a la fundación de la Iglesia, comparado con lo otro tiene un carácter secundario, como que su omisión por el católico, no le trae censura alguna.

Y ahora que aludimos al rezo de las novenas, aun cuando el autor de este ensayo, en su carácter personal no haya sido práctico observante de ellas, no por eso las adversa, antes por el contrario, exalta su significado y su finalidad, pues, sin duda alguna, su práctica constituye una fácil manera de no caer en la tentación. No obstante lo anotado, cabe establecer y aceptar que el rezo de las novenas tiene su propia historia; y por su calidad de práctica que exalta la fe, su propia filosofía.

Sabemos, que la Sublime "Oración por todos" o "Padre Nuestro que estás en los cielos..." fue compuesto por Jesús a petición de los apóstoles, con el fin exclusivo de *enseñarnos* a orar, con cuya enseñanza se nos dió la base del método por el cual habríamos de unir nuestra alma con el Creador. Y al aconsejarnos la forma de orar, El Salvador no nos prohibió agregar a lo que El nos diera como base, aquello que tendiera a robustecer nuestro fervor, de conformidad con el grado de cultura social en que nos mantenemos, lo recio o lo simple de nuestro pensamiento, y el medio que habitamos; y tampoco nos vedó dirigirnos a El con más entusiasmo que de ordinario, por un período de tiempo más o menos extenso. De aquí el rezo de la primera novena. Y corresponde a la Dulce Madre María, ya como auxilio de los cristianos y ya como consoladora de los afligidos, que... rodeada de los doce apóstoles, —Matías repuso a Judas—, y acompañada de unos cuantos seguidores, —sin duda, Arimatea y Nicodemus y Salomé y Magdalena—, el derecho en la Historia, de ser la fundadora de las novenas, o dicho con más exactitud, el de haber rezado la primera novena. Y esto sucedió en la casa de Pedro, donde fue reunido al Colegio Apostólico a raíz de la Ascensión de Jesús a los cielos. En efecto, a partir de aquel memorable Jueves, en que El Redentor, en Bethania, cerca de la casa que habitara Lázaro, en presencia de sus discípulos amados, en Cuerpo y Alma gloriosa volvió al Seno del Padre que lo había enviado, hasta el sábado, —víspera—, de la Venida del Espíritu Santo, la historia nos lo recuerda, María y los apóstoles se mantuvieron en oración. Y es de lógica suponer que no han de haber permanecido todo ese tiempo recitando un Padre Nuestro tras otro. Con seguridad, de palabra y en pensamiento y en formas distintas, han de haber deprecado al Todo Poderoso con quien estaba consubstanciado Jesús.

La exaltación de los santos y su veneración, como que ellos fueran templos vivos de Dios, no es una invención de los papas ni una novedad para los hombres. El Antiguo Testamento nos habla con frecuencia de la nominación hecha por el Omnipotente, de hijos predilectos suyos; allí están los Salmos de David: maldice, Señor, a los que exponen las reliquias de tus santos a la voracidad de los cuervos o a la de las fieras del campo; y el Nuevo, del primer santo canonizado por el propio Jesús en la cima del Calvario, Dimas a quien le dijo: hoy estarás conmigo en el Paraíso, con cuyo acto puso una división entre el Buen Ladrón y el Malo; entre aquél que ya no necesitaba de más para ser bienaventurado y los que todavía estaban urgidos de cosas nuevas para su propia exaltación.

Finalmente, la erección de estatuas y la imposición de las imágenes, tampoco arranca del comienzo de nuestra Era. El lector re-

cuerda, que fue Josué, el sucesor de Moisés entre los judíos, el que estableció en Siloé, en Jerusalem, el culto del Tabernáculo, dentro del cual, y por no poseer como nosotros un Sacramento Eucarístico qué guardar en él, lo constituyeron en arca, —El Arca de la alianza—, donde hubieron de ser depositados: el maná, las tablas de la ley y la vara de Aarón, el primero de los sumos sacerdotes. También sabe el lector que sobre los cuatro ángulos de dicha arca, la que después fuera profanada por los filisteos y devuelta al culto por la Reyna de Judá, Alejandra, que el Año 78 antes de Jesucristo reorganizó al Sanedrín y le dió autoridad de parlamento por disposición directa de Dios, sobre el arca fueron esculpidas cuatro figuras de ángeles. Figuras, que en aquel entonces, lo mismo que en tiempo de los apóstoles y en la época actual, no invitan a la adoración, sino a la reverencia, pues el mandamiento que impone la adoración sólo a Dios, ha mantenido vigencia.

De ahí, pues, que lo señalado hoy como verdad e impuesto como fe por parte de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana bajo la soberanía moral del Papa Juan XXIII, gloriosamente reinante, tenga la misma extensión de principio que lo que fuera enseñado por los apóstoles, en su carácter de intérpretes directos de la doctrina de Jesús y quedara recopilado en los Evangelios.

LA INSTITUCION DE LA EUCARISTIA

En los capítulos anteriores hubimos de colmar el fin que nos propusimos, al considerar los siguientes temas: a) La existencia de un Dios, creador de los cielos y la tierra; b) Su promesa, de enviarle a la humanidad un Mesías que la condonara de sus culpas; c) El cumplimiento de las profecías en la persona de Jesús Nazareno, el Cristo; d) Doble carácter de los evangelios: de dogma o punto fundamental sobre el que descansa la institucionalidad de la iglesia; y de historia o relato de sucesos acaecidos dentro del tiempo, que merecen ser recordados; e) La categoría moral de la Iglesia, relativa a que es la depositaria de la fe de los evangelios y la única intérprete de la doctrina que enseñan.

Como consecuencia, de conformidad con el plan que nos trazáramos al principio de este ensayo, nos toca analizar ahora el acontecimiento trascendental por la enormidad de su ministerio, alusivo a la vida de Nuestro Señor, Jesús: la Institución de la Eucaristía, no solo en su plano categórico de dogma y de misterio que encierra una verdad que ha de aceptarse sin vacilaciones y de creerse sin discutirla, aun cuando no alcance la inteligencia a comprenderla, sino, en el de imposición positiva de Su voluntad, cuyo acto no contradice a la razón. Frente a un asunto tan augusto, preste Su luz a nuestra pequeñez, el que es Padre y Creador de la sabiduría.

¿Qué sistema habremos de emplear para estos estudios? ¿El que va de lo sencillo a lo compuesto, o el que se dirige de la causa a los efectos y del principio a las consecuencias que nos señalan los filósofos? Sin la menor de las dudas, por uno y otro camino tendremos que llegar al conocimiento de la verdad. Más, por la facilidad que nos ofrece el primero, entremos a describir los efectos que ofrece a la razón del hombre tan sublime milagro, para dejarle al lector la tarea de combinar después, de modo ordenado, los elementos que le habremos de señalar.

Empero, antes de entrar en materia y con el fin de solidificar la base donde descansan nuestros propósitos, procuremos definir previamente y aunque ésto sea en forma elemental, lo que constituye *el milagro*, y lo que por sí determina *un sacramento;* lo que es *un hecho* y lo que representa *un misterio*. Recurramos a las enciclopedias.

Milagro, es todo hecho positivo, impresionable a los sentidos, que necesitó para su verificación, de la concurrencia de causas mantenidas fuera de las leyes de la naturaleza; o dicho con palabras más simples, todo hecho sobrenatural debido al poder divino. *Sacramento*, es todo acto externo prescrito taxativamente por Dios, que tiende a la santificación del hombre. *Hecho*, es todo acontecimiento o todo suceso capaz de ser relatado por alguien. Y *misterio*, aquello que es inaccesible a la razón.

Refiriéndonos a los milagros y a los sacramentos, como hechos sensibles: ¿o data su historia del comienzo de la Era Cristiana o eran ya tenidos como tales, —ciertas imposiciones y ciertos acontecimientos—, antes de la venida del Mesías? A ambas proposiciones contestamos de esta manera: su existencia es anterior a la venida del Mesías, aun cuando, con respecto a los segundos, —los sacramentos—, su alcance fuera distinto al que diera a los suyos El Salvador. En efecto, el poder sobrenatural de Dios en favor de sus criaturas, a las que en diversas épocas de la historia humana hubo de mostrarles cosas maravillosas, ha debido de ser comprobado por esa humanidad en el correr de los siglos y en infinidad de circunstancias, desde el preciso instante de la creación del universo; y son tantos los ejemplos que podríamos ofrecerle al lector acerca de ello, que si lo intentáramos, no nos alcanzaría lo que nos resta de vida, por muy extensa que fuera su prórroga, para señalárselos. Y con respecto a los sacramentos, *la circuncisión* era uno de tantos, la cual tenía por objeto limpiar de pecado al varón descendiente de Abraham, para incorporarlo en seguida, de hecho, a la comunidad del pueblo escogido; fuera de que también tenía el mismo carácter sacramental, toda esa serie de purificaciones impuestas por Moisés, a los judíos, en el Libro de los Levitas. Mas, como signos meramente formales y externos, tales imposiciones, si loables en sí y de índole también higiénico-corporal, no conferían gracia espiritual a los que los recibían, sino les inspiraba solamente una disposición especial tendiente a la moralidad que debían de observar durante su vida, a la vez que los señalaba como unidades pertenecientes a una comunidad religiosa: la comunidad hebrea. Y no fue, sino, por disposición de Jesús en su categoría de Hijo de Dios vivo y Dios y Hombre verdadero consubstancial con El Padre y con El Espíritu Santo, que los sacramentos señalados como tales por Su Iglesia: traigamos a la imaginación, como ejemplos, el *Bautismo* que abre al cristiano las puertas del Paraíso y *La Eucaristía* que nutre vigorosamente al espíritu, sacramentos que no sólo disponen a la gracia al ser que los recibe, sino le otorgan tal favor, que, como sucediera en innumerables casos concretos relatados por la historia de la vida, confieren la santificación también. Justino, Imelda, Luis Gonzaga y Pío Décimo, son, entre millares que citan los libros sagrados, vivos ejemplos de ello.

Para mantener el calificativo de tales, los *sacramentos de la iglesia* han de ajustarse en su forma y en el modo de ser conferidos, al modo y forma como quedaran estipulados desde su principio por aquél que tuvo poder para establecerlos. De aquí se sugiere, que, como signo sensible para un fin determinado, cada cual exija, para su verificación, de extremos *sine qua non* de su valimento: de un acto, que como cosa o *materia* propiamente suya, se ofrezca con

toda individualidad a los sentidos corporales; y de las palabras de ritual usadas por el ministro que los aplica, que es tanto como recordar, al pie de la letra, *la forma* como hayan de aplicarse para llevar al espíritu la finalidad que anhela.

En el *Bautismo*, es el agua la materia o cosa propia del sacramento; y las palabras ministeriales: "Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo", la forma exacta de llevarlo a cabo. Lo demás de la ceremonia, es cuerpo de su solemnidad y agregado formal para su exaltación. En el de la *Penitencia*, la confesión que hace de sus culpas, el pecador, —por supuesto, con las intenciones necesarias—, entraña la materia del sacramento; y las palabras del sacerdote: "Yo te absuelvo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo", su forma intrínseca. Y de esta manera, en los demás sacramentos, a excepción del *matrimonio* en que el párroco o el que haga sus veces no es sino el testigo principal del acto, autorizado específicamente para ello, pues el consentimiento categórico de los contrayentes, determina, simultáneamente, la forma y la materia sacramentales; en los demás sacramentos existe la cosa sensible que circunscribe la materia, a la vez que se demandan palabras rituales que son las que les dan forma, sin cuyos extremos, de conformidad con el mandato de su Creador, esos actos serían nulos de hecho y por derecho. De aquí, que a la hora del bautismo, o de la penitencia, o del orden sacerdotal, tomemos estos tres casos para fundar nuestros análisis, si el oficiante recitara *con el pensamiento tan solo*, las palabras que le impone el rito, o si en vez de ellas, arrebatado por su propio celo o obstraído por su propia devoción, en vez de aquellas palabras dijera con el mayor de los énfasis: *yo te bautizo... yo te absuelvo...* o *yo te confiero...* —tales o cuales facultades— *en nombre de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana*, por más que ésta sea la Iglesia fundada por Cristo; u omitiera uno o dos de los nombres de la Augusta Trinidad; fuera de que tales actos serían vanos, determinarían una pérdida de tiempo y sin la menor duda una usurpación de funciones que dejaría al infante sin bautismo, al penitente sin absolución y al aspirante al sacerdocio, de aspirante tan sólo. Hay urgencia pues y hay necesidad, de expresar concretamente, con palabras de presente, los textos sacramentales para que los actos sean definitivos e impriman el carácter que se anhela.

Y es tan significativa la conjunción de la materia y de la forma en los sacramentos, a la vez que indispensable de conformidad con las enseñanzas evangélicas, que San Pablo, en una de sus epístolas, dice a los Gálatas: que si un ángel del cielo viniese a predicar los evangelios de una manera distinta como yo os la predico, anatematizado sea; y de esta manera, todo aquel que predicare el Evangelio en forma diferente a como debe de ser predicado, anatematizado sea también; que es lo mismo que decir: apartado sea de la comunidad del reyno de Dios.

En renglones precedentes dijimos que los sacramentos tienen por *objeto*, santificar al que los recibe. Si tal es su finalidad, ese que los recibe tendrá, a su vez, la categoría *de sujeto* de ellos, y el que los aplica, el de *ministro* del Altísimo, en cuyo nombre procede.

Con el presente exordio acerca del tema que nos tenemos propuesto, vamos a entrar a considerar la Constitución Eucarística, bajo estos dos aspectos: *como hecho y como misterio;* y a tratar de su *materia viva sacramental* y de la *capacidad moral de Jesucristo* para otorgarle forma, con lo cual impuso Su pensamiento en ella y perpetuó Su voluntad, dándole al acto una vigencia que perdurará más allá de la consumación de los siglos.

EL HECHO Y EL MISTERIO

La Institución de la Eucaristía, no es sino la exaltación de un sacramento por medio del cual y en holocausto santo, se verifica un milagro sobre el altar del sacrificio, al ofrecerse la Hostia Consagrada, no sólo como homenaje de adoración a Dios, sino, para conmemorar la tragedia del Gólgota por la cual, Jesús, hizo la entrega de Su humanidad y renunció de sus beneficios para la redención del mundo.

Como Sacramento, el Eucarístico descansa la enormidad de su Institución en una materia física, simple y de fácil posesión para el hombre, a la vez que adquiere una forma determinada con las palabras que lo definen, con cuya inseparabilidad, ambos extremos dan cuerpo a su propia magnificencia.

La materia sacramental a que hemos aludido, está moldeada en las especies del pan y del vino: pan de trigo y vino de uvas; y *la forma* que le corresponde y que no puede ser otra por haber sido ésa la que impuso su Divino Fundador, surge a la vida en el preciso momento en que el oficiante, investido con todos los poderes que proceden de su ministerio que es sacramental también, pronuncia sobre dichas especies las palabras de la consagración; ésto es mi cuerpo... y ésto es mi sangre... Ya vamos a referirnos al texto completo evangélico.

Y como todo sacrificio, para ser perfecto, demanda la presentación de una víctima, la que ha de ser destruida; el orden eucarístico establecido por Jesús, el que posee todas las características de tal, se inicia con la bendición del pan y el vino en el altar; culmina con el hecho de la consagración; y finaliza, al comulgar el oferente, con lo cual esa víctima desaparece.

Como *sacramento,* que es tanto como afirmar que es cosa *santa,* la Eucaristía de Jesús posee las particularidades propias de todos los signos sensibles o señales específicas de estas imposiciones, cuyo objeto esencial es la santificación del hombre, tal lo hemos expuesto con amplitud; haciendo descansar su causa, desde luego, en la mente y la voluntad del que lo creó; y sus efectos naturales, en el alma y en el cuerpo del que se beneficia con él: su criatura. Por el concepto que tenemos de la Eucaristía, los sentidos corporales son tocados en lo íntimo de su sensibilidad, a la vez que el alma se con-

forma con ella para alivio de sus aflicciones. O lo que es lo mismo, encauza sus efectos el Sacramento, en la doble naturaleza del que lo recibe: en su soma y en su espíritu.

Como institución formal o parte esencial de la liturgia de la Iglesia, *La Eucaristía de Jesús* o *Jesús-Hostia,* no es el resultado de una ansia humana, significada para tratar de explicar lo inexplicable, obligando con ello, al que cree en su dación, a descansar sus inquietudes o calmar las tormentas de su alma, en una fe vacía de realidades y huérfana de consecuencias. Tampoco es una simple proposición de fe, presentada por la Iglesia para su deliberación; y menos, una concitación de mayor o menor apasionamiento, tendiente a atraerse adeptos una fundación. Además de *dogma,* que tanto equivale a afirmar, que es una verdad definitiva impuesta por el Hombre-Dios en el preciso instante en que plugo a Su Voluntad declararla porque entonces era cuando la necesitaba la criatura, y que por tal es un asunto de fe que no admite discusiones; la Eucaristía es el resultado lógico, —Oh, Lógica Divina—, de la promesa hecha por Jesús en Cafarnaún y realizada en la noche de la Ultima Cena en el momento conmovedor de Su despedida para poderse quedar con nosotros. Podrá afirmarse que no es fácil de explicación la Eucaristía; mas, nunca, que contradice a la razón.

La Institución Eucarística tiene su historia particular, si así hemos de calificar para mejor acierto de nuestras proposiciones, toda esa suseción de hechos anunciados con anticipación de milenios, y que verificados sin alteración en su principio, tuvo su culminación, repetimos, en la *Ultima Cena* que celebró Jesús, en Jerusalem, y cuyo acto, por dulce imperio de su voluntad, se repite sin cesar sobre el ara santa, al suave mandato sacerdotal que así la impone en Su memoria.

Tal institución, es sin duda alguna el punto culminante de la vida de Jesús, verificada de modo solemne, con ocasión en que celebrada Su Fiesta Pascual, la víspera de aquel Viernes Santo tristísimo en que debía de ser sacrificado; como que veinticuatro horas después, todo se había consumado en la cima del Gólgota.

Como fundación, la más augusta de nuestra fe; la de la Eucaristía es la consecuencia lógica de los anhelos de Jesús: habitar entre los hombres después de su muerte; y ésta, el resultado de su Encarnación en el seno inmaculado de María, misterio que constituye el centro vital si no el comienzo efectivo de donde parte el cristianismo.

Hemos hablado de la Fiesta pascual. ¿Qué es la Pascua? Una celebración religiosa de carácter universal, —la de mayor trascendencia entre los judíos— cuyo fondo histórico se mantiene vivo en el alma de las naciones; y tiene por objeto, especialmente entre los descendientes de Abraham, comer en familia, una vez al año, después del equinoccio de primavera, el cordero inmolado por el rabino o por el jefe de la casa, en recuerdo, no solo, del tránsito del ángel del Señor por sobre los hogares egipcios, cuando, para significarles su predilección por la raza de Moisés, hizo perecer a los primogénitos de los paganos; sino, para conmemorar su salida de Egipto en

donde vivían en la esclavitud. La explicación exegética de la Pascua, es *manducar a prisa, a ser posible de pie,* el cordero sacrificado, para que a su paso el mensajero del Señor, —de ahí la etimología de la palabra, "pascua", del griego, *pascha,* pasar—, encuentre el cuerpo satisfecho y fortalecido, listo para iniciar la marcha; y las casas señaladas con la sangre de la víctima elegida, como sello de una inconfundible excepción.

Suspendamos por breves momentos la presente exégesis, y traigamos a la memoria el recuerdo de aquel primer Jueves Santo en que Jesús Nazareno estableció Su Sacramento, ésto es, conmemoremos ese hecho.

——— O ———

Jesús, ha arribado a Cafarnaún, ciudad situada cerca del Lago de Genezaret, en la Palestina, y ha dado principio a su predicación; acto que ejecuta, unas veces, bajo el sombrío alero de una casa; en sitios abiertos de la población, otras; y no pocas, a lo largo de la ribera del lago, reclinado tal vez o sirviéndole de ratablo el costado de uno de tantos botes arrastrados orilla adentro. ¿Qué poder magnético posee este hombre en su voz, para atraerse de esa manera tumultuosa a las multitudes y para que éstas lo sigan fervorosas, si sus palabras no constituyen del todo una novedad entre los pobladores del lugar, pues... es el texto del Antiguo Testamento el que explica de ordinario? ¿Será acaso por su talla majestuosa, que un día maravillará a Pilatos? ¿Por qué será, si se presenta sencillamente vestido, con los pies descalzos y su cabellera agitada por el viento, a lo nazareno? ¿Será, porque es un hombre nuevo entre aquellos descendientes de Neftalí, en las riberas del Tiberíades; por el fuego en que arden sus palabras; por la belleza incomparable de su rostro, o por la mística serenidad de su mirada? ¿Será por todo eso? San Lucas se encarga de darnos la respuesta: porque sus palabras eran dichas con autoridad.

Y no podía suceder de otra manera si con su verbo no ofrecía nada material; nada que halagara los sentidos humanos; nada que concitara la ambición, porque se presentaba pobre, muy pobre de bienes terrenales, pues su misión era ir de ciudad en ciudad para predicar la buena nueva: la palabra de Dios que estaba en El, sin tener una piedra en dónde reclinar su cabeza, cama en qué descansar, ni pedazo de tierra que pudiera calificar de suyo, pues su lecho lo improvisaba en un sitio cualquiera, en una hondonada o bajo la sombra de un árbol de olivo; y cuando lo amparaba un techo, era el de un amigo, era el de uno de sus discípulos, el que pronto abandonaba para continuar su predicación de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, sin otra ambición que enseñar la verdad y manifestar su poder con los actos milagrosos que verificaba. Cafarnaún fue la primera Ciudad que escuchó sus palabras y fue la última también. Por eso la llama San Mateo: Su Ciudad.

Y seguido de las multitudes, nuestro Amo y Señor va... de Cafarnaún a Caná, a Magdala, a Samaria, a Gadara, a Cesárea, a Gerasa, a Bethania, a Sidón, a Siria y a cuantas partes más, en obe-

diencia a su propio ministerio: anunciar el Reyno de Dios. Y de esta manera, en sus peregrinaciones: tal y como un magistrado se sirve de sus ministriles para encauzar su opinión y desenvolver sus planes, Jesús se aprovecha de los amigos íntimos que ha escogido, los que de discípulos predilectos, eleva a la categoría de apóstoles: hoy son cuatro, mañana ocho, después doce, para que sean ellos los intérpretes de su pensamiento, los personeros de su autoridad y los inmediatos cumplidores de sus mandatos.

Y sucedió, una vez que eran tantos los seguidores, "se contaban por miles", dice el Evangelio, después de una caminata de tres días, que compadecido de ellos el Maestro, ordenó a sus apóstoles darles de comer. Pero... ¿con qué, Maestro, si apenas hay unos cuantos panes y unos cuantos pescados secos en las árguenas de uno de tántos, y los que tienen hambre se cuentan por miles? Dadles de comer, repuso Jesús con imperio; y mandando que aquellas multitudes se sentasen sobre la grama en círculos de cincuenta a ciento, elevó sus ojos al cielo, bendijo la ínfima porción de comida con que se había abastecido su improvisada despensa, y ordenó que fuese repartida, colmando todos, su apetito, con largueza.

Jesús ha vuelto a Cafarnaún y ha entrado a su Sinagoga, y con ese derecho que le da su categoría de judío, de poder leer en voz alta las escrituras y explicar su texto a continuación; quizás como conocedor de la calidad moral del público allí congregado, ha cumplido su cometido de modo portentoso; dulce en su expresión; conciso en sus argumentaciones; fundamental en lo que resuelve; elocuente en sus modales y en su voz; y severo en lo que conmina; al grado que los que le escuchan, sufren de inmediato de una confusión espiritual tan atormentadora, que sin previo acuerdo se constituyen en partidos: *los fariseos*, lo excecran calladamente porque ha señalado sus hipocresías; *los saduceos* que se habían acercado a aquel templo por curiosidad, palidecen, ante el recuerdo que les hace de sus injusticias y la advertencia de que también tienen un alma inmortal; *los doctores de la ley*, convencidos de su ignorancia y de su malicia, quedan perplejos ante la lógica con que rebate sus proposiciones el Maestro; y el poco *pueblo humilde de corazón* que se había congregado a aquella hora bajo aquella nave santa, lo aclama con entusiasmo. Había sucedido entonces, que al leer Jesús un capítulo de las escrituras y explicar su sentido; un texto, confuso antes, cobra transparencia y excelsitud como si se tratase de una verdad nueva. "¡Ah, si es el que multiplicó los panes y los peces; con cuánta razón se magnifica así...!"

Y Jesús, adentrándose a la íntimo del pensamiento de cada uno de sus oyentes de la manera como cada cual lo necesita y que los portentos que observan los moldean con la materia; volviéndose por última vez a ellos, pero, pleno de amor y en desborde de misericordia, les habla de calmarles el hambre otra vez, pero no esa hambre animal que embota los sentidos, sino el hambre del espíritu con cuya hartura habrá de dignificarlos; y con los profetas les dice estas palabras solemnes: "Yo soy el pan y la vida; Yo soy el pan que bajé del cielo. El pan que Yo os daré, es mi carne para la vida del mundo. Y en verdad os digo: que si no comiéreis la carne

del Hijo del hombre y bebiéreis Su sangre, no tendreis vida en vosotros. Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida".

Hay una reacción inexplicable entre los judíos. Las palabras del Maestro, que repercutían todavía en eco en los ámbitos de aquel recinto hebreo, palabras que eran de promesa, que eran de salvación y que eran de esperanza, han sido valoradas en forma material y han sido pesadas por la letra muerta que encierran. "¿Cómo va a darnos de comer su carne y a beber su sangre el hijo del carpintero?" se preguntaban espantados aquellos hombres; y se apresuran a volverle las espaldas al que sólo les mostrara las delicias de su corazón.

Y entre tanto, Jesús, que iba quedando solo, hubo de comprender cómo los sumos sacerdotes, los ancianos y los escribas que formaban el Sanhedrin o tribunal judío encargado de juzgar los asuntos de religión, comenzaban a deliberar la forma de terminar con él, de reducirle a prisión y de matarle a pretexto que mantenía en agitación al pueblo. Ese era el pretexto; el motivo era otro...

—— O ——

Ha transcurrido un año más. El gran día de fiesta pascual va a caer en sábado y estamos a jueves. El pueblo de Jerusalem hace los preparativos convenientes para conmemorar con dignidad la fecha de su liberación de los dominios egipcios. Es verdad que las profecías se habían cumplido en Jesús de Nazaret, pero, los judíos no creían o se negaban a creer que fuera él: el hijo del carpintero, el objeto de su cumplimiento. Aquellos ambiciosos esperaban un enviado poderoso, un mesías conquistador y guerrero que los convirtiera en soberanos de la tierra y que, a la vez que los hiciera poseedores de las riquezas del mundo, vengara con crueldad la esclavitud de que habían sido víctimas; y por eso, en aquel hombre que daba vista a los ciegos, que curaba a los baldados y concedía el habla a los mudos; que resucitaba a los muertos y hacía andar a los paralíticos; y que calmaba las tempestades del mar y limpiaba el cuerpo de los leprosos solamente por su propia virtud, por la fortaleza de su palabra y por el imperio de su voluntad; como ese hombre les señalaba el camino del cielo por ruta diferente a la donde se repletan de oro las arcas y de bienestar material los corazones; a ese hombre había que suprimirlo y había que infamarlo, porque de continuar sus predicaciones, sus prosélitos aumentarían, todos creerían en él y los hebreos perderían para siempre su hegemonía, y lo que más le angustiaba, la esperanza de reivindicarse alguna vez como nación. Esto sucedía en Jerusalem, entre los sumos sacerdotes. En cambio...

Jesús el Cristo, que sabía que El era el objeto de las profecías y que éstas habían de ser cumplidas hasta su final, hasta quedar traspasados sus pies y sus manos y poderse contar todos sus huesos; deseaba darle cumplimiento a su promesa, a aquella promesa hecha en la Sinagoga de Cafarnaún, de dar a los que creyeran en El, su carne como comida y su sangre como bebida, en señal de bienaven-

turanza eterna. ¿Y qué oportunidad mejor para hacer ésto, que la festividad de la Pascua que estaba próxima?

Pero Jesús era pobre. Su albergue de Belén, aquél donde le diera a luz su Madre Purísima, había cumplido su misión: continuaba con la figura de portal y no era adecuado para recibir en él a sus amigos íntimos, a sus seguidores fieles, al grupo de sus predilectos y apóstoles. Su casa de Egipto, aquélla en donde hubiera de refugiarse con sus padres cuando fuera infante, estaba muy lejos y había sido provisional. Su hogar de Nazaret, aquél en que viviera en compañía de José y de María durante los años de su niñez y parte de su juventud; con toda seguridad carecía de las comodidades materiales de que estaba urgido, para celebrar allí su pascua, su última pascua judía y su primera pascua cristiana. Ir a la Sinagoga, a la Ciudad Santa, y sentarse allí entre los de su misma raza, para comer la carne del cordero inmolado por un sumo sacerdote; ah, no le era posible, su misión no estaba allí; fuera de que aquellos comensales, compuestos de sacerdotes, ancianos y escribas, eran sus enemigos, lo tenían condenado a muerte porque con sus predicaciones les había enrostrado sus crímenes, porque los había lanzado del templo por corrompidos de corazón y porque estaba escrito: que no había de ser entre los aferrados a la antigua ley sino entre los hombres de buena voluntad, donde habría de cumplirse la voluntad de El Padre.

"Amigos míos", dice Jesús a sus apóstoles, "antes que yo sufra mi pasión, hemos de celebrar esta pascua, juntos". El sabía que tenía que anticipar su celebración, porque ya no le quedaba sino un solo día de vida y no le era posible esperar hasta el sábado. Para el hombre Dios, se comprimían los momentos: había que aprovecharlos todos; entre tanto, para el Dios-hombre, se agigantaba en su corazón el deseo de compartir con sus mejores amigos, con sus apóstoles, el Pan de vida que era El, darles a comer su carne y a beber su sangre, para el cumplimiento de su promesa; y al erigirse en sacramento, testimoniarles una vez más su amor y dárseles sin reservas.

"Amigos míos: la hora se acerca. Antes que yo sufra, hemos de celebrar esta pascua, juntos, pues será la última vez que beba con vosotros el vino de la tierra". "Pero, ¿en dónde, Maestro, le responden sus apóstoles; en dónde habremos de celebrar nuestra fiesta y con qué habremos de sufragar los gastos si nuestra tesorería está exigua?" Esta escena sucedía en las afueras de Jerusalem, no faltando entre los apóstoles, quien le hiciera recordar que el volver a la ciudad constituiría un peligro, máxime que el único amigo que tuviera allí el Salvador: José Nicodemus, para hablar con El la noche anterior y comunicarle la decisión tomada por el Sanhedrín, había buscado la oscuridad de una cueva donde las alimañas celebraban su festín.

Como es de caridad concederla al condenado a muerte el favor que solicita la víspera de su ejecución; Jesús, comprendiendo su situación de tal, estaba seguro de que Su Padre no habría de negarle la gracia que iba a suplicarle. De ahí, que, con un in-promptu admirable, dijera a dos de sus apóstoles: a Pedro y a Juan: "Id a la

Ciudad y allí encontrareis a un hombre que va cargado con un cántaro de agua; seguidle, y entrad en la casa donde entre, hasta dar con el amo de ella, al que le hablareis de esta manera: el Maestro os manda a decir que ha llegado su hora. ¿En dónde está la sala en que habreis de hospedarle con sus amigos para que pueda celebrar la Pascua allí? Y aquel hombre os señalará en el piso alto de su casa, una amplia sala, amueblada adecuadamente y preparada para que celebremos *nuestra Pascua* en ese lugar".

¡Un hombre que va cargado con un cántaro...! ¡Vaya! hubieron de susurrar los encargados de cumplir el mandato de Jesús. Por ventura, ¿no estamos en vísperas de una fiesta, en la que la necesidad de abastecerse de agua se acrece? ¿Cuántos hombres no habrán de venir a Siloé para llenar sus cántaros? ¿Por qué no nos habrá dado su nombre el Maestro? Y en torno a aquellas conjeturas, los discípulos obedecieron la orden de su Señor y se adentraron a la Ciudad, y al primer hombre que encontraron y que subía de la piscina de Jerusalem, cargado con un cántaro de agua, le siguieron, y con él entraron a una amplia casa, y una vez en presencia del amo al que explicaron el objeto de su entrada allí, por disposición del mismo tomaron posesión de la sala que les señaló, en la cual estaba iisto para ser servido, aquéllo que habría de necesitarse para la cena: un cordero azado; pan sin levadura; hierbas amargas; salsa roja; el vino para la celebración y acción de gracias, y unos picheles con agua tibia.

Los discípulos colocaron los canapés de que estaban urgidos, —para trece personas—, al rededor de la mesa, la cual fue cubierta con un mantel blanco sobre el que dispusieron convenientemente los platos, colocaron un cántaro colmado de vino frente al lugar que correspondería al anfitrión: a Jesús, y cerca de él una copa grande, una sola copa a la usanza de entonces, de la cual habrían de beber todos los invitados. Nada hacía falta en aquel ámbito, donde, ahora, los apóstoles, al lado de su maestro como otras veces en la casa de Pedro, aunque entonces sin la pompa de hoy irían a celebrar la pascua; sin comprender que estos preparativos extraordinarios eran obligados por virtud de la enormidad del acto al que iban a asistir: *a la última cena* de Jesús; y a la vez que, sí a la última celebración pascual válida dentro de la religión judía, también a la primera pascua cristiana, desde el instante en que una nueva fiesta, un nuevo convenio y un motivo distinto, habría de ser recordado en lo futuro por todos los hombres de buena voluntad sobre la redondez del planeta: una conmemoración de vida y admonición de muerte, no ya para recordar la liberación material de una esclavitud, sino la liberación espiritual de otra esclavitud más abyecta.

A la caída del sol, irrumpieron en aquella sala, once hombres: Jesús les servía de guía, el que esta vez se manifestaba con mayor majestad, y si silencioso y reservado por la tristeza que embargaba su alma, lleno de amor y de confianza para con los suyos. Pedro y Juan lo esperaban. Qué tropel de pensamientos lúgubres no pasaría por la mente de Nuestro Señor, y... cuántos de recuerdo de otras pascuas, por la imaginación de sus discípulos. Tal vez recordara el Maestro aquella Pascua pasada en su ciudad santa: en

la Jerusalem que pronto iba a presenciar el deicidio que obligaría a estremecerse la tierra y a rasgar en dos el velo del templo, allá cuando fuera niño y a la que asistiera con José y María, sus padres, que acongojados por creerlo perdido, le hallaron después entre los doctores de la ley. Tal vez consideraran todos, aquel convite habido en la casa del fariseo Simón, cuando, la pecadora de Magdala rociaba con bálsamo los pies del Maestro, los empapaba con sus lágrimas y los enjugaba con sus cabellos; o las veces que fuera huéspedes del otro Simón, ahora Petrus, y en cuya sala hicieran eco que conservará los siglos, estas palabras de consolación: ¿A dónde habremos de ir, sin Vos, oh Señor, si Vos teneis palabras de vida Eterna? o traían a su memoria aquellas quejas de celo divino, salidas del corazón de Marta, cuando fuera un convidado de Lázaro; o las de súplica de su santísima Madre, en las Bodas de Caná, cuando obrara su primer milagro. ¡Qué tropel de pensamientos no invadiría el recuerdo de aquellos hombres...!

Jesús ha invitado a sus discípulos predilectos, a sus apóstoles, a comer el cordero pascual, pero, antes va a cumplir con ellos un deber que si en otras ocasiones correspondiera llevarlo a cabo a la servidumbre o al amo de la casa, hoy quiere practicarlo El mismo, con el fin de darles una prueba mayor de su querer, incluso a Judas que lleva amarrado al cinto el precio de su infamia: purificarlos del todo, lavarles los pies y las manos y darles el ósculo de buen deseo. Y ante las manifestaciones de encogimiento y de asombro de Pedro, que en representación de sus compañeros rehusa aquel beneficio; Jesús hubo de hablarle de esta manera: "Ved lo que hago con vosotros. Haceis bien en tomar cuenta de ello. Me habeis llamado Maestro y habeis dicho bien, porque lo soy, y me llamais Señor, y deciís bien también, porque soy vuestro Señor. Ved... cómo os lavo los pies ahora; hacedlo vosotros con otros y otros, pues yo no os he dado ejemplo sino de los que debeis de hacer. En verdad os digo: el siervo no es más grande que su Señor, ni el enviado mayor que aquél que lo ha enviado. Si vosotros conociéreis mejor estas cosas, os sentirías muy felices de practicarlas. Y como no existe un amor más grande que el del amigo que da la vida por sus amigos: vosotros que sois mis amigos; como a tales os ordeno que hagais con otros lo que habeis visto que yo he hecho con vosotros; y os conmino como Maestro, a que cumplais este mandamiento: que os ameis los unos a los otros, tan grandemente, como Yo os he amado".

La cena está lista y todo cuanto se halla dispuesto sobre la mesa tiene su propio significado. Y por eso, de acuerdo con lo establecido por el Libro del Exodo o Segundo del Pentateuco que es fundamental para los judíos, en aquella Pascua, al igual a como, cuando los seguidores de Moisés hubieron de abandonar Egipto, allí está el cordero asado; el pan ázimo, que no hubo tiempo de esperar su crecimiento; las simbólicas yerbas amargas que hubieron de embotar el hambre de los fugitivos durante sus largas caminatas; la salsa roja, en recuerdo de lo quemado de los ladrillos que los judíos, esclavos de los faraones, fueron precisados a cocer para las edificaciones paganas; y el vino, el que a la par que sintetiza la esperanza y da gozo en la tierra, entraña una ofrenda de acción de gracias para El Eterno.

Nada hubo de ser cambiado al comienzo de aquella cena, acerca de lo que mandara la ley que se iba a derogar. Jesús ha dado a sus apóstoles el manojo de hierbas amargas para que saboreen unas cuantas; les ha dado a beber de su propia copa, el vino de la alegría que convida al placer lícito; y rociado con salsa roja, ha comido con ellos de aquel cordero pascual.

Se sucede un intervalo. Por segunda vez, Jesús colma de vino su copa, en cuyo borde, una vez más, los apóstoles acercan sus labios y beben unos cuantos sorbos. Qué sabor acre, distinto al de la uva, no dejaría en el paladar de Judas aquel jugo de la tierra; y qué eco confuso no formaría en sus oídos, la voz de Nuestro Señor: bebed de este vino, repartidlo entre vosotros a mi presencia, ahora que aún me encuentro en vuestra compañía, pues se halla escrito que ésta será la última vez que os acompañe en una comida, ya que no habré de estar a vuestro lado como ahora, sino en el Reyno de los cielos, cerca de Mi Padre.

A Jesús lo embarga una tristeza infinita y ha pronunciado unas cuantas palabras de desconsuelo. A su sabiduría de Omnipotente no se le oculta la trascendencia moral de los instantes que discurren, en que, para El, plenos sus sentidos y las potencias de su alma con los atributos de Dios, están contadas sus horas de vida; como estaban contadas también para uno de sus doce discípulos predilectos, para Judas, a quien ha amado con todo su corazón, al extremo de elevarlo en jerarquía y llamarlo su apóstol. En cambio, en el discípulo ingrato, su corazón se abarrota de pecado y su alma se rrellena del demonio. Qué contrastes, tan cerca el uno del otro. Hay dos condenados a muerte en el cenáculo, dos, en que antes que caiga el sol del día siguiente, habrán resuelto su destino y hecho la entrega de su vida: uno, por amor, Jesús, que con los brazos abiertos hacia el infinito hubiera querido estrechar el universo con su corazón, y cuya muerte no rehusa, antes bien la desea, porque con ella va a dejar solvente a la humanidad de su deuda de pecado para con el Todo Poderoso; el otro, por desesperación, Judas, el suicida vulgar y el "ladrón", como lo llamara San Juan en su Evangelio, y "a quien Lucifer hizo su presa", como lo advirtiera de él San Lucas, y que por único reproche a su infamia y a su obstinación, oyó decir a Aquél que todavía quería dar la vida por él: "más te valiera no haber nacido".

Jesús está infinitamente triste. De su divina boca brotan palabras de amargura y desconsuelo, en anticipo de su calvario. A excepción de Judas, que con su acto de ingratitud va a cometer un pecado tan grave como el de Luzbel y un crimen tan cobarde como el de Caín; a excepción de Judas, los apóstoles de Jesús llenan su espíritu, también de pesadumbre. Y como el Maestro les tiene advertido que uno de todos habrá de traicionarlo, habrá de venderlo y habrá de verificar la infamia más grande que pueda hacer memoria la humanidad en el devenir de los siglos; unos a otros se preguntan, quizás porque la debilidad de su carne los punzara: ¿Soy yo acaso, soy yo acaso...? Y ante la premonición de Jesús, la respuesta no tarda: Judas ha acercado con marcada osadía, su mano, al plato de su víctima y recibido un trozo de pan mojado en vino.

Y entre tanto, la amargura se desborda aún más del corazón de Jesús y se asoma en su mirada; al imperio de su deseo y por ser esa una costumbre entre los hebreos a cuya acción le secundan sus comensales; aquella sala bendecida inunda su espacio con un canto de alabanza hacia El Eterno, la contenida en uno de los Salmos de David: Tiemble la tierra a Tu presencia, Oh, Dios de Jacob, que hicísteis manar agua de las rocas y al pedernal lo convertísteis en el seno de la fuente; Oh Dios de Misericordia, que habeis alzado al pobre de la miseria del polvo y librado sus talones de la suciedad del estiércol para que pudiera sentarse como un príncipe dentro de los príncipes del pueblo...

Qué significativas esas palabras, dichas por el propio Redentor a sus discípulos predilectos, a quienes, El mismo, por su infinita bondad, había lavado los pies de los que eran humildes y eran pobres, y a quienes desde la eternidad les tenía preparado, como príncipes, un asiento entre los príncipes del cielo. Infeliz de Judas: aun él, pudo aprovecharse íntegramente de aquellos beneficios, aun después de su traición si... hubiera querido aprovecharlos. Pero no; Judas habría de quedar excluido de la comunidad de los apóstoles, porque había abierto su corazón para que sirviera de morada a Satanás.

Se acerca el momento sublime, el esperado desde el principio de los siglos y que repercutirá en eco por toda la eternidad. El Divino Maestro va a clausurar la Pascua de los judíos, para darle comienzo a la Fiesta Pascual de los cristianos. Jesús va a instituir el más sublime de los Sacramentos, tan grande como el de Su resurrección y que por su propia categoría de Dios estaba en la capacidad de ejecutar: va a instituir la Sagrada Eucaristía y a fundar el misterio de Jesús-Hostia.

Y... elevando sus ojos al cielo que en aquel momento ha de haber abierto a toda luz sus puertas, para mostrarle íntegra la Majestad del Eterno Padre, toma el pan entre sus manos, lo bendice, lo parte y lo dá a sus apóstoles, diciéndoles estas palabras: *"Tomad y comed, Este es mi cuerpo el cual es dado por vosotros. Haced esto en memoria mía"*. Y todos comieron, no ya el pan simple que recordara una historia humana, si nó trivial, de todos conocida, sino el cuerpo de Jesús, escondido bajo el velo de aquella especie. Y llenando de vino hasta sus brodes la copa de la celebración, que desde entonces se jerarquizó en el cáliz del sacrificio; elevando otra vez los ojos al cielo, la bendijo y la entregó a sus apóstoles, pronunciándoles estas palabras: *Tomad y bebed todos de él. Esta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos.* Y todos bebieron, no ya el fruto de la uva con el que suele solemnizarse una fiesta humana, sino la sangre de Jesús oculta sacramentalmente bajo aquella especie. Indudablemente, Jesús, había cumplido la promesa hecha un año antes en la Sinagoga de Cafarnaún, con la cual había dado una lección sublime de fraternidad pura: todos vosotros sois iguales ante los ojos de vuestro Señor, porque habeis sido alimentados de la misma manera. Haced esto en memoria mía... ¡Ah! qué palabras de consolación eterna con las cuales les dijo a sus seguidores: cada vez que hagais ésto, no solamente estaré yo con vosotros, sino vosotros estareis unidos íntimamente a Mí.

Y antes de abandonar aquel recinto santo donde había sido celebrada por su propio fundador la primera misa y quedado glorificado el nuevo cordero: el que quita los pecados del mundo; como una profecía que habría de tener su cumplimiento pronto, muy pronto, y como un canto fúnebre dedicado a Sí mismo; con vigorosa voz, a cuyo canto se unen sus apóstoles en acción de gracias por los beneficios concedidos a la comunidad cristiana, católica y apostólica nacida en esos momentos, Jesús repite las palabras del salmista: el Señor está conmigo y ahora nada tendré qué temer. ¿Qué daño podrá hacerme el hombre? Mis enemigos hubieron de cercarme como un enjambre de avispas, pero pronto, como éstas, al acercárseles el fuego pronto fueron dispersos. Yo no moriré ya, sino viviré. El Señor ha castigado mis faltas y ha purificado mi ser para no hacerlo pasto de la muerte. El me ha abierto las puertas de la virtud y yo entraré por ellas para glorificación Suya. La piedra que los arquitectos rehusaron, ha venido a ser la angular del edificio. El Señor está conmigo y ha tomado posesión de mí, y ahora nada tendré que temer...

"Este es mi Cuerpo", "Esta es mi Sangre" y "haced esto en memoria mía". Estas tres frases constituyen una unidad a la vez que como trípode santo sirven de fundamento a la doctrina de la Iglesia única y verdadera: la Católica, Apostólica y Romana, en lo tocante a la Divina Eucaristía. *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre.* Permanecen las especies sobre el Ara del Altar, mas no permanece la substancia: se han cambiado en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo. Y para que ello no ocurra una sola vez, El Salvador de los Hombres impone su mandato en la Ultima Cena: *Haced esto en memoria mía.*

Ha llegado el momento de abandonar aquella casa donde quedaran instituidos dos sacramentos: el de la Eucaristía y el del Sacerdocio; e inmediatamente después que el Divino anfitrión, seguido de sus dichosos comensales hubo emergido a la calle; Judas, que la noche anterior había celebrado un contrato infame con los escribas y con los sacerdotes: el de la venta del Maestro, ha desaparecido como un fantasma y se ha perdido en la oscuridad que invade el espacio, como una alimaña, para darle cumplimiento a su palabra: acercarse a sus corruptores para advertirles en dónde será fácil aprehender a la víctima.

Seguido de sus once fieles discípulos, Jesús se encamina hacia el Huerto de Getsemaní donde los árboles de olivo se apretujan, tan íntimamente unos contra otros, que se erigen en lugar apropiado para darle seguridad. Como Dios, Jesús quiere el sacrificio, desea el sacrificio para la redención de la humanidad; pero, como hombre, teme el dolor y lo rehusa, y por eso, para evitar ser aprehendido con escándalo, en Jerusalem, en la casa de algún amigo, en las afueras del templo o en cualquiera de los sitios donde ha acostumbrado predicar, ha buscado aquel paraje apartado donde habrían de cumplirse las profecías de Isaías, y del que habrá de aprovecharse para orar. Mas, sabedor, Judas, en dónde habría de ocultarse el Maestro, hasta allí encaminó los pasos de su traición, hasta allí llevó su deslealtad; y acompañado de un grupo de soldados y de unos cuantos miembros del Sanhedrín a quienes les ha dicho: aquél que yo bese, El es; pone en manos de sus enemigos al Hijo de Dios.

Se había abierto un juicio. Por declinación de jurisdicción que ha hecho Poncio Pilatos el gobernador romano de la Judea en favor de El Sanhedrín, éste se erige en tribunal competente, el único competente para juzgar aquel asunto que si afectaba el estatuto real hebreo, comprendía más un asunto de religión. Y a las palabras de respuesta de Jesús: *Vosotros lo habeis dicho, yo lo soy*, dadas a los escribas que le interrogaban a cerca de si El era el Mesías prometido, el hijo de Dios y Rey de los judíos; la prueba estaba completa, la confesión había sido plena y la blasfemia quedaba repetida; y después de escuchar el dicho de dos testigos falsos que se aprontaron a informar cualquier otra cosa, no quedaba por esperarse sino la sentencia condenatoria, y Jesús fue declarado reo de muerte.

——— O ———

Es verdad que estaba escrito; que estaba predicho con anticipación de centurias por Isaías, Amos, Daniel y David, que debía de perecer el Hijo del hombre y Verbo encarnado de quien dijo el Profeta Baruch aludiendo al Todo Poderoso, "El se ha dejado ver sobre la tierra y ha conversado con los hombres". Mas, no por eso; no porque los profetas advirtiesen su condenación y pronosticasen su sacrificio, sus ejecutores materiales, esos que mancharon sus manos con una sangre inocente, quedaron libres de responsabilidad y limpios de pecado. Humanamente hablando, la muerte de Jesús convierte a sus jueces en reos de homicidio.

Y... ha sido tal el peso de la vergüenza sentida por aquellos jueces venales y por aquellos ejecutores sin honor, la que se ha sucedido de generación en generación, acerca de su infamia; que desde aquella tarde, la del Viernes Santo en que la misma naturaleza hubo de protestar por el sacrificio del justo, pues... cuenta la historia que en el instante en que El, en su carácter de Redentor, pronunciara estas palabras: *Todo está consumado* y en espíritu volara a los senos del misterio, tembló la tierra; los sepulcros se abrieron y los muertos se espantaron, partiéndose en dos el velo del templo, y se dió comienzo entre judíos y romanos a la mutua recriminación: *Vos*, le dice el descendiente de Abraham al vasallo del césar; *No; vos*... le responde éste; y esa discusión de milenios ha querido ser resuelta por los judíos mediante la pueril proposición de este recurso: la clase de castigo impuesta a Nuestro Señor: los azotes y la cruz, era la prescrita por las leyes de Roma; en tanto, haber muerto apedreado, lo que estatuía el código penal de los israelistas.

No sabemos si otros, antes de ahora, han tratado de explicar este hecho en la misma forma como vamos a hacerlo nosotros. Mas si así no fuera, lo cual traería las mismas satisfacciones a nuestro espíritu, no quede lo nuestro como original sino como una repetición suya. Y con el fin de auxiliar nuestros propósitos, traigamos a cuenta, con los juristas y los teólogos, cuatro definiciones que nos interesa recordar, a la vez que analicemos con brevedad la situación de los hebreos al través de su historia.

Pecado, es la voluntad deliberada de ofender a Dios. *Delito,* es la infracción voluntaria de una ley penal. *Culpa,* la consecuencia moral de todo hecho castigable, sin importar la medida de ese hecho ni el monto del castigo que se mereciere. De ahí la división que los científicos hayan hecho de ella: en lata, leve y levísima. *Responsabilidad,* hasta cierto punto una consecuencia de la culpa, no es sino la obligación que tiene el que ha cometido un acto castigable, de dar cuenta del por qué de su conducta. Ahora interrogamos: ¿Quién es el responsable de la muerte de Jesús: el Sahedrín o Poncio Pilatos, o dicho con otras palabras, los judíos o los romanos?

Desde los primeros instantes de su fundación como pueblo, el Hebreo fue eminentemente teocrático a la vez que individualista y absoluto en su gobierno, el que estaba en las manos de un sujeto que como jefe de culto y dictador de sus normas positivas, encauzaba la moral y reglamentaba las acciones libres de aquellos hombres. Desde Heber, antepasado de Abraham, que dió comienzo a la Era de los Patriarcas, y al través de Moisés, Josué y los jueces, hasta llegar al año 1020 *antes de Jesucristo* en que Saúl fue coronado primer rey de Israel; y de aquí, hasta Ciro, que en 538 venció a Babilonia y permitió a los judíos volver a su hogar de Palestina del que fueran expulsados por Nabucodonosor; y desde entonces, hasta el año 420 en que los samaritanos edificaron su templo particular en la cima del monte Garitzim; el pueblo hebreo sometía su voluntad a la absoluta de su Sumo Sacerdote, el que tenía también el carácter de administrador civil y soberano político.

El año 420 a. JC., fue establecida en Jerusalem, —la ciudad capital de los israelitas—, una nueva forma de gobernar, que sin dejar de ser teocrática por antonomasia, dividió la responsabilidad o irresponsabilidad de sus magistrados y legisladores, y en cuya organización, un grupo de sumos sacerdotes mantenía entre sus manos, no solo el poder temporal sino el espiritual, para darle comienzo, a partir de entonces, a una época de guerras y disensiones intestinas que culminaron en una rebelión abierta, esto último, bajo el imperio de Adriano, el año 130 después de Jesucristo, y cuyo emperador, en una forma drástica y denifinitiva, suprimió la nacionalidad de los judíos y les prohibió su entrada en Jerusalem.

Mas, volvamos con la historia pre-antigua. El año 320, Ptolomeo Primer sucesor de Alejandro el Grande, como rey de Egipto se apodera de la Palestina y la convierte en su tributaria, la que a partir de esa fecha y hasta el año 139 en que Roma la reconoce como un estado judío independiente, es convertida en un campo de agramante.

El pueblo de donde habría de venir Jesús, continúa gobernado en forma teocrática por los sumos sacerdotes, hasta el año 102 en que Alexandro Janno de la secta de los saduccos, da un golpe de estado y asume el poder. A la muerte de este soberano, le sucede su viuda, Alexandra, de la secta de los fariseos, la que reservándole a la corona la potestad militar, *funda el Sanhedrín* o parlamento hebreo formado entonces por los sacerdotes, los escribas y los ancianos que tienen una doble misión: juzgar los asuntos contra el estado y

los asuntos contra la religión. Indudablemente, Palestina, bajo la soberanía de una mujer, arraiga su nacionalidad a la vez que ensaya por primera vez la división de los poderes públicos. Mas, dicha personalidad y la independencia de que gozaba el país, fueron efímeras, a causa de sus disensiones internas y de sus rivalidades entre *fariseos y saduceos,* dos sectas, de judíos las dos, que pretendían comprender la vida de diferente manera. Los fariseos eran unos hombres que afectaban un rigor y una austeridad meramente exteriores, bajo cuya conducta practicaban las costumbres más disolutas sin importarles el crimen. Los saduceos, opuestos a aquellas prácticas y un tanto partidarios del helenismo; con el fin de sobresalir de alguna manera del plano común, negaban la inmortalidad del alma y se manifestaban incrédulos con respecto a la resurrección del cuerpo.

Estamos en el año 63 antes de Jesucristo. Dos hermanos: Hircano II y Aristóbulo II son los co-regentes de Palestina, pero, celosos el uno del otro y en el deseo, cada cual, de ser más que su hermano y ceñir sobre su frente la insignia de la soberanía del reyno que fuera de Saúl y de David, de Salomón y del quinto hijo de Matatías que merced a sus talentos logró la independencia política de su pueblo; dichos co-regentes se declaran una guerra a muerte, e inspirados por una ambición bastarda y sin freno, precipitan el porvenir de la patria en la desventura más honda. Hircano llamó en su auxilio a los nabateos, una tribu de árabes, su vecina; y Aristóbulo apeló al poderío de Roma, la que sedienta de mando y de prestigio entonces; como soberana del mundo se aprovechó gustosa de la circunstancia que le ofrecía el destino, y agregó a su diadema política una perla más. Y la Palestina fue romana por captura que hizo de la Ciudad santa el Pompeyo de Roma, que convirtió a Hircano en su vasallo y a Aristóbulo en un prisionero que pronto encontró la muerte en una taza de veneno. Entonces es cuando comienza para los judíos que tenían la misión de conservar la fe en un solo Dios y de guardar sus tradiciones, el tutelaje de los paganos, quedando la Palestina en general y la Judea en particular, convertidas en colonias de Roma, la que si es verdad que adoptara una norma de conducta específica para su dominación: la de mantener independientes a los judíos en sus asuntos domésticos; con el fin de hacerles recordar que son sus tributarios, nombra un *tetrarca* para la primera y un *gobernador* para la segunda. Y en la fecha en que Jesús fue crucificado siendo Tiberio el césar de la Roma políteista, le toca a un Herodes Antipas regir los destinos de la Palestina y a un Poncio Pilatos gobernar en la Judea.

¿Quién era Tiberio césar; y qué papel representaron en el proceso contra Jesús los fariseos, el Sanhedrín y Pilatos?

Tiberio, es el primero que deshonra el manto imperial romano, tal lo describe el historiador español don Modesto Lafuente. Horroriza leer en Suetonio y en Tácito el catálogo de los crímenes que hubo de ejecutar aquel malvado, ya por sí y ya por conducto de su fiel servidor y consejero, Sejano. Su propia madre, Livia, es víctima de su ingratitud; y su esposa, Julia, la hija de Augusto de quien había heredado el imperio es condenada a morir de hambre. Fue tal la ferocidad de este césar, el primero en decir "el estado soy yo",

desplegada contra los que habían caído en desgracia ante sí o habían perdido su amistad, que, cuando uno de tantos, para evitar el martirio. se suicidaba, el emperador decía irónicamente: se me escapó. El sistema de las delaciones fue el medio ordinario del gobierno de Tiberio, y como premiaba a los delatores, aumentaba el cuerpo de los espías. Llegó a tal grado la corrupción de aquel pueblo, que los esclavos, los ciudadanos, los senadores y casi todos los que vivían bajo su jurisdicción, se apresuraban a denunciar a otros como único medio de librarse a sí propios. Nadie se atrevía a hablar, pero el silencio mismo era sospechoso. No era lícito alegrarse ni entristecerse: lo primero era tenido como una esperanza de cambio del régimen, y lo segundo se traducía como descontento hacia el emperador, y ambos hechos, elevados entonces a la categoría de delitos contra el César, eran castigados con la muerte. Se prohibió hasta el derecho de pensar, como que hubo muchas víctimas por supuestas intenciones. El que elogiaba a Augusto, —el antecesor de Tiberio—, era condenado a muerte también, porque ese elogio determinaba una injuria para el emperador. Con el objeto de evitar que el pueblo abandonara sus ocupaciones, le arrancó el derecho de nombrar sus magistrados y de sancionar las leyes, derecho que quedó en las manos de un senado del que el *Imperator* disponía a su antojo. Una ley promulgada por Augusto, por la cual se castigaba a los que ofendían la majestad del pueblo romano, fue aplicado a los que ofendían a Tiberio, porque él era el legítimo representante de ese pueblo. Natural era entonces que los prefectos, los tetrarcas y los gobernadores de las provincias sometidas a Roma, fueran dignos representantes de tal amo y emperador.

Ya sabemos quienes eran los fariseos. Contra esta secta judía predicó Jesús con la mayor vehemencia, denunciando la soberbia de sus afiliados y censurándoles su hipocresía, por virtud de la cual los calificó de "sepulcros blanqueados". Exhibidos de esa manera ante el pueblo, esos hombres, les fue natural conspirar contra el que así los señalaba, asociándose desde luego con los sacerdotes y los escribas que veían en Jesús un enemigo potencial que con su doctrina habría de arrebatarles toda hegemonía y todo poder.

Lo que constituía el Sahedrín lo hemos repetido varias veces, no tocándonos ahora sino agregar unas cuantas palabras al respecto. De conformidad con la ley *de su fundación*, era un tribunal político-judicial de los judíos de Jerusalem, compuesto de setenta y un miembros, —veintitrés sacerdotes, veintitrés ancianos, veintitrés escribas o doctores de la ley y dos presidentes, éstos se turnaban en el cargo—, que tenía competencia para juzgar los casos contra el estado y contra la religión. Pero, en la época de Tiberio el césar y de Pilatos el gobernador de la Judea, el Sanhedrín era *un* tribunal, *judicial tan solo,* competente para conocer los casos eclesiásticos y los contra la religión entre los hebreos. *Caifás,* cuyo nombre verdadero era Joseph, ejercía entonces las funciones de *Sumo Sacerdote* y era por consiguiente el que hacía de cabeza a aquel tribunal, no obstante, que detrás de su silla de mando se encontraba su suegro, Anás, tenido a la sazón como una especie de primado entre los judíos y el rabino de mayor influencia entre ellos. Con respecto a Anás tenemos que hacer un recuerdo. Por siete años hubo de ejercer

el sumo sacerdocio hebreo, pero, por órdenes de Tiberio que le privó de la jurisdicción pero no de su influencia, fue destituido, pasando el cargo a su yerno Caifás.

Poncio Pilatos era el gobernador de Judea por nombramiento de Tiberio quien también lo distinguía con su amistad, al grado de concederle ciertos privilegios. En la Roma de aquellos tiempos existía una ley: *la ley apia u opia*, que prohibía a los procónsules llevar consigo su esposa, al lugar donde se les designaba; y por una concesión especial de su emperador, este gobernador de Judea se acompañó de Claudia Prócula. En lo personal, Poncio Pilatos era un hombre engreído a lo romano; contagiado del pirronismo que le negaba al hombre la facultad de conocer la verdad, y un devoto seguidor de Epicuro que enseña que el placer es el único fin del hombre; posiblemente ateo y con seguridad ignorante de la existencia de un Dios único, a su contextura moral agregaba un carácter débil, impresionable y amigo de la ostentación y del mando. De ahí, que, cuando se presentara ante él el sumo sacerdote Caifás, en demanda de castigo para Jesús, y le advirtiera que de no tomar una decisión que satisficiera a los judíos, éstos podrían iniciar una revolución en la que, como aconteció a su antecesor Arquelao, pusiera en peligro su posición oficial; sin darse cuenta de la trascendencia que provocaba tal conducta, dijo al sacerdote: "tomadlo pues, vos, y juzgadlo conforme vuestras leyes", en cuyo proceso creyó Pilatos entretendrían los sacerdotes su ocio en tanto los embargaba la alegría de la pascua.

——— O ———

Después de estos análisis, nos toca reconstruir la escena relativa al sacrificio de Jesús, con el objeto de determinar a quién compete *la culpabilidad* y a quién *la responsabilidad*, acerca de él.

Entrada ya la madrugada del día viernes, Jesús es aprehendido en el Huerto de los Olivos, llevado a Jerusalem y conducido, primero, a la casa de Anás, que como hombre experimentado en la apertura de los procesos, interrogó al prisionero, enviándolo en seguida, con las instrucciones del caso relativas a lo que habría de hacerse después, a la casa de su yerno Caifás que era quien ejercía la autoridad máxima dentro del Sanhedrín. Reunido este tribunal en aquellas horas inhábiles del día y después de escucharse el dicho de dos testigos falsos, que juraron haber oído decir a Jesús que podría destruir el templo de Salomón y reedificarlo en tres días, —tergiversación de conceptos, pues Jesús había hablado de modo simbólico—, y de preguntarle a éste si era El el Mesías esperado y el Hijo de Dios, a cuya interrogación se obtuvo una respuesta categórica: "Vos lo habeis dicho, Yo lo soy"; encontrándose mérito suficiente en el juicio, aquel tribunal, compuesto en su mayoría por hombres venales y ambiciosos, dictó la sentencia que convenía a sus designios: la muerte del acusado, por el delito de blasfemia. De haber quedado en manos de los judíos la imposición de la pena, Jesús muere apedreado, pues esa era la forma de aplicar la muerte por aquel pueblo. Mas, de haber acontecido ésto, no se habrían cumplido las profecías: "traspasaron sus pies y sus manos y se pudieron contar todos sus huesos", del Rey David.

Jesús es llevado delante de Pilatos para que éste, en su carácter de gobernador del pueblo y poseedor de la fuerza, ejecute la sentencia. Pero, Pilatos interroga al prisionero, y no encontrando fundamento alguno en el cargo que se le ha aducido, y, según su criterio de romano ni el indicio de una falta siquiera, se resiste a que sea ejecutada aquella pena de muerte impuesta por el Sanhedrín, al que le increpa: "no encuentro culpa alguna en este hombre"; pero como dicho Tribunal, por virtud de su competencia, expresamente ratificara su decisión, Pilatos, pensando acaso en que con ello iba a calmar los anhelos de muerte de semejantes jueces, ordena azotar a la víctima, sin que la presencia del *Ecce Homo* que escarnecido se les ofreciera en exhibición después, ablandara sus entrañas. Los judíos del Sanhedrín, que han congregado frente a la mansión de Pilatos a una plebe amorfa y sin sentido moral alguno, la cual es un instrumento dócil a sus designios, en especial a los de Anás y Caifás, quieren la muerte de Jesús, la necesitan, y a gritos le piden al gobernador: "Crucifícale", "crucifícale", que era tanto como conminarlo si no imponerle a que un fallo dado según la costumbre hebrea, tuviera por consecuencia una muerte a lo romano. El plan de los hebreos no estaba falto de malicia ni excento de inteligencia diabólica.

Pilatos había intentado, antes, salvar la vida de Jesús, no por misericordia ni tampoco por justicia : y dió este paso, porque su esposa hubo de acercarse a él para enrostrarle el crimen que se estaba cometiendo en la persona de un inocente. Pilatos, entonces, mandó extraer de la cárcel a Barrabás, un judío asesino y ladrón al que el tribunal romano condenara a muerte por sus múltiples crímenes, y poniéndolo a la par del Nazareno, dice a aquella plebe: ¿Jesús o Barrabás? ofreciendo libertarles al que hubieren de elegir, no como un favor sino como un homenaje a la festividad de la Pascua que habría de celebrarse un día después. Y aquella plebe malvada prefirió a Barrabás.

Pilatos recurre a una estratagema mas, no falta de audacia. ¿Vais a matar a vuestro rey? les dice a los judíos; y éstos, con un acto de apostasía imperdonable con la cual abjuraron de su fe y trituraron con los pies su religiosidad para arrojarse con voluntad infernal en los brazos de la esclavitud romana, responden: "nosotros no tenemos más rey que Tiberio César. ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!"

Aún no se decide el gobernador a poner el *ejecútese* fatal a aquella sentencia infame, la que para los judíos del Sanhedrín determinaba una ascua entre las manos. No vaya a suceder —deliberan los homicidas—, que al ser puesto en libertad este hombre, recobre su prestigio y se repita con más ostentación la escena de hace cinco días en las calles de Jerusalem, aquel Domingo de Ramos inolvidable, en que congregados bajo un solo sentimiento los gentiles y los hebreos, al paso de Jesús regaron con flores su camino y alfombraron el pavimento con sus capas, cantando en alabanza Suya: "Hossanna, Hossanna (sálvanos o consérvanos): Bienaventurado sea el que viene en el nombre del Señor". La sentencia de muerte impuesta a Jesús, entraña una necesidad política para aquellos jueces: defender su autoridad. Entre tanto la vacilación de Pilatos es manifiesta, Anás y

Caifás y a su vera los escribas, los ancianos y los sacerdotes interesados en consumar aquel sacrificio, azuzan a la plebe, la que no solamente se ha amotinado frente al balcón del gobernador sino ha irrumpido los patios y corredores del palacio hasta hacer temer a la guardia, para que proceda bajo una consigna plena de malicia y cargada de infamia; y aquella plebe le grita a su gobernador: "¡Crucifícale! ¡Crucifícale...! o *no eres amigo del césar"* Y estas últimas palabras: "... o no eres amigo del césar", que martillaron el corazón de Pilatos y punzaron dolorosamente sus oídos, inclinaron su voluntad y lograron su efecto. Aquel cobarde gobernador hubo de recordar entonces, cuánto poder tenía la delación en Roma y valimento la calumnia ante Tiberio; y pesó con imaginación de mercenario gendarme, cuánto significaba la vida de un desconocido, y cuánto el perder la amistad del césar; y... cohibido de esa manera y amenazado en esa forma, como un pusilánime y un ambicioso, entregó a Jesús a la soldadesca para que fuera sacrificado, no sin ejecutar antes un acto que ha tenido trascendencia en el correr de los siglos y que jamás, —ni antes ni después de Pilatos—, haya ocurrido en corte de justicia alguna, en que el más alto jerarca de la magistratura en cuyas manos se halla el cumplimiento de una sentencia judicial, haya dicho a su reo: *mueres inocente;* y... lavándose las manos en señal de protesta por aquella injusticia que se veía precisado a cometer por coacción; queriendo significar con ello que no tenía culpa en semejante hecho, enrostra a los judíos su crimen, diciéndoles: "caiga sobre vosotros la sangre de este justo"; a cuya voz de estigma y de anatema responden los malvados: "caiga sobre nosotros y caiga también sobre nuestros hijos"; palabras que haciendo eco en las montañas que rodearan la ciudad santa, fueron dilatándose sobre el mundo, como un clamor: "¡Crucifícale, crucifícale...! Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos".

Y antes de ascender el sol a su zenit aquel día viernes, si fúnebre, glorioso para la humanidad que había encontrado su redención en él pues hasta entonces fue rubricada su felicidad por El Altísimo, iba, camino al Gólgota, cargando su propia cruz, Jesús de Nazaret; el Ungido; el Mesías esperado por los siglos; el Redentor del mundo, a pagar una deuda ajena; y todavía iba a pedir perdón por los que ignoraban el mal que se estaban haciendo. Iba a ser levantado en alto, como varón de dolores para ofrecerse en sacrificio, como lo había predicho Isaías.

Esta es, en pocas líneas, la historia de la muerte de Nuestro Amo y Señor, no quedándonos, después de su relato, sino resolver, dentro de la lógica y con criterio puramente jurídico, pesando y midiendo los accidentes que la provocaron, quiénes son *los responsables* de ella, y quiénes *los culpables;* y qué *pecado* fue cometido entonces.

Indiscutiblemente, la responsabilidad total y la culpabilidad íntegra a cerca del crimen del Calvario del cual hablarán los siglos mientras hayan hombres que los computen, recaen sobre la conciencia de los judíos que formaron aquel Sanhedrín que deshonró sus fueros, y cuyos magistrados hubieron de perder entonces, no solamente la fe y la razón, sino la conciencia, sin que la clase de muerte dada a Jesús, si conforme la costumbre romana o si conforme al estilo hebreo,

haya modificado en un ápice la finalidad perseguida por sus actores: el sacrificio de un inocente.

A la par de Herodes Antipas, Pilatos es responsable y culpable de las penas accesorias impuestas a Jesús: los azotes y el escarnio que no estuvieron contenidas en la sentencia de muerte. Si por ésta, los judíos del Sanhedrín rebajaron su dginidad a la categoría de homicidas; por aquéllas, el tetrarca y el gobernador de Judea se exhibieron como crueles, como inhumanos y como cobardes, sin que sirviera para ellos, de atenuante, el que deseaban calmar de ese modo la vehemencia criminal de los homicidas.

Al acceder a la muerte de Jesús, porque, de no haberlo hecho no habría sido amigo del césar, Pilatos obró por coacción, fue miedoso de perder su posición oficial y se portó como un malvado. De ésto no cabe duda alguna. Mas, el hecho en sí no afectó su conciencia, dado su propio paganismo y su carencia de fe; extremos que lo pusieron más allá de cualquier remordimiento. En cambio, los judíos, por su calidad religiosa y su situación de observantes, por obligación, de la Ley de Moisés; con el sacrificio de El Salvador, violaron, no solamente el quinto mandamiento que les prohibía matar, sino, a excepción del Sexto y del Noveno, todos los demás. El buen juicio del lector le convidará a analizar los hechos verificados por los romanos y por los judíos de aquellos tiempos, en que deliberadamente mancharon su conciencia con la comisión del crimen más horrendo de que tiene memoria la humanidad.

Pero, no toda la masa se encontraba manchada: no todos los judíos estaban corrompidos ni todos los romanos se mantenían abyectos ante el césar. Hubo una Claudia Prócula que se acercó al gobernador, para conminarle que salvara al inocente; y hubo un Nicodemus y un José de Arimatea, que dando honor a su jerarquía ministerial, en medio del clamor alzado de los senos íntimos del Sanhedrín que urgía la muerte del justo; aunque su voz haya sido apagada por el grito asesino de otros jueces; como hombres temerosos de la justicia de Dios y miembros de la comunidad que guardaba la tradición bíblica, se opusieron, con vehemencia, al sacrificio del justo, abandonando en seguida, airados, aquel recinto maldito. Y... cuando, materialmente para ellos, todo se había consumado también, fueron misericordiosos: dieron sepultura al ajusticiado en una tumba suya, en la reservada para sí por José de Arimatea.

——— O ———

Han pasado ya, veinte siglos, desde que tuvo lugar la escena sangrienta del Gólgota, y la humanidad de hoy parece ser la misma que viviera entonces.

Si no fuera porque las profecías fueron cumplidas en Jesús y porque El, como Dios, hubo de prometernos que volvería a la tierra en el Día del Juicio Universal, —Oh, momento tenebroso el que nos aguarda—, pensaríamos con los escépticos en que El Mesías no fue encarnado.

Cuán pocos son los Nicodemus y raros los Arimateos, como escasas las Claudias Próculas que nos señala la historia de dos mil años. En cambio, en el correr de la vida, y aun en el corto lapso de un año, de un mes, de una semana y de un día, cuántas y cuántas veces no punzan nuestra alma los ímpetus de un Tiberio y se abarrota nuestro corazón con las arrogancias de un Pilatos; con las malignidades de un Anás, y con los sentimientos homicidas de un Josep Cephas, Caifás; o cuántas veces no nos vestimos con la capa farisaica o no nos cubrimos la cabeza con la capucha saducea; y cuántas más, no gritamos como unos locos a semejanza de aquella plebe ebria de pecado, ¡crucifícale! ¡crucifícale! o tomamos en nuestras manos, como lo hiciera la soldadesca de Roma, el cuerpo inmaculado de Nuestro Señor, para sacrificarlo nosotros mismos. Ah, la humanidad de hoy, casi es la misma de la de hace veinte siglos: casi nada ha escarmentado desde entonces.

CAPACIDAD MORAL DE JESUS-CRISTO PARA IMPONER SU PENSAMIENTO Y HACER PERPETUAR SU VOLUNTAD

La mayor o menor fuerza, respetabilidad y excelsitud en que descansa toda imposición colectiva de índole jurídico-social, emanada de un Estado; y la mayor o menor estima, vigencia y fe que puede darse a una institución de carácter singular, venida de una persona: dependen, para aquélla, de la fuente de pureza de donde imana y del beneficio que reporta al grupo; y para ésta, de la categoría moral e importancia, con relación a los demás sujetos que pueblan el mundo, del que hubo de verificarla, así como de la utilidad que trae consigo como consecuencia. Y... en todos los casos, de *la legitimidad* con que una y otra proceden.

¿Qué es *legitimidad?* Respondemos con la Enciclopedia Espasa. "*Legítimo*, conforme a la ley y al derecho. Arreglado a justicia y razón. Cierto, genuino y verdadero en cualquier línea". "*Legitimidad,* calidad de lo que es legítimo en el sentido de lo que es conforme a la ley, con la justicia, con la razón o con las reglas establecidas". De ahí, que si no es un poder *legítimamente establecido* el que dicta la norma, o un individuo *legítimamente autorizado* el que dispone el hecho, —en ambos casos—, su rechazo no es constitutivo de delito o de falta, y menos, causa de desatención o de injuria, pues es parte integrante de la soberanía colectiva o individual, rebelarse contra la *ilegitimidad* de las cosas.

Tomando por modelo al jesuita Francisco Ginebra, en su Derecho Natural, cuando habla de las formas de gobierno, legítimas o ilegítimas, y nos dice, que "son según que se poseen y ejercen justa o injustamente", o bien, "que van contra la razón y contra el bien común"; enfilamos nuestros pensamientos hacia la finalidad que tenemos señalada, relativa a graduar el valor de los actos personales y de las instituciones de índole particular, verificados por un sujeto responsable, en el presente caso nuestro Salvador Jesús. Y después de pesar y de medir el respeto, veneración y reverencia que *dicho Sujeto* nos merece, al igual como se miden y se pesan las características que conforman a los estados con el objeto de determinar la seguridad de su origen, nos apropiamos de las palabras del sesudo hombre de ciencia, Guillermo Ferrero, que nos dice: "los principios de legitimidad, —sociales o individuales—, son justificaciones del po-

der, es decir, del derecho de mandar", de ordenar y de imponer una cosa; y "esa legitimidad se comprueba por la utilidad que trae". O lo que es lo mismo: para que una disposición de procedencia individual o de índole colectiva, determine un mandato; su procedencia ha de ser legítima y su finalidad útil, o bien ha de derivarse del derecho de mandar en aquel —grupo o sujeto— que como una justificación de su poder y de su autoridad, nos impone la norma.

——— O ———

Recopilando conceptos y testimoniando hechos con la base que nos proporcionan estos estudios, veamos, ahora, si la Institución Eucarística, como Sacramento, descansa o no descansa sobre una base legítima; y si Aquél que por Sí y ante Sí, que en ejercicio de su autoridad y mando y de que por la pureza de su mensaje la determinó, estaba o no, en la capacidad de erigirse en Hostia, cuya capacidad, en semejante Autor, le impone al hombre la obligación de aceptar, tal acto, como un hecho histórico, y la maravillosa excelsitud de lo que representa, como un misterio; y si su repetición en el altar, por un pastor de almas autorizado, que procede en representación, por sucesión legítima, de aquellos a quienes se les dijo: "haced ésto en memoria mía", tiene la misma vigencia y exige la misma fe que lo operado en aquel memorable Jueves Santo, en Jerusalem, cuando Nuestro Señor Jesucristo estableció su Sacramento.

Mas, para proceder con orden en nuestros análisis, tomemos en su valor lato, las palabras que sirven de acápite a estos párrafos, y entremos de lleno a considerar la capacidad moral de Jesús para imponer su pensamiento en aquello que era el motivo de Su deseo; y si su autoridad era legítima para perpetuar su voluntad de esa manera tan sublime entre los hombres, al través de los siglos.

——— O ———

La capacidad de Jesús para poder instituir el Santísimo Sacramento del Altar, nos la ofrece El, con espontaneidad, en la transparencia de su vida, la cual podría definirse, diciendo, que es el compendio más cabal de las profecías hebreas, cumplidas y comprobadas ante los ojos de la humanidad que es su testigo, y que particularizadas en El, constituyen el alta voz que proclama al universo, que el hijo de María, es el Mesías que esperaban los siglos. Y al referirnos a su vida temporal ¿no reprochó al malvado que lo abofeteó, diciéndole: "si he obrado mal, dímelo en qué, y si no, porqué me hieres?" ¿No rechazó los cargos del Sanhedrín que le juzgaba, con esta terrible interrogación: "¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?" ¿No es verdad que toda perfección y toda virtud humanas, para poder ser exaltadas, han de constituir un reflejo de las virtudes y de la perfección de Jesús? ¿No es cierto, que si entre los santos y los predestinados, la sobresalencia y la práctica de las virtudes, no todas reunidas en una sola persona sino unas en este sujeto y otras en otro, los han llevado a los altares; dichas virtudes, en su grado máximo y en su conjunto, fueron poseídas y fueron practicadas por Jesús? A nosotros no nos extraña que aquellos que nie-

gan la divinidad de Jesús o que se atreven a discutirla, se conviertan en un grupo homogéneo para proclamarlo como el ser más perfecto. Lo que nos escandaliza, es, que, admirando sus virtudes y aceptando sus beneficios, pues la civilización que los jerarquiza y hasta el nombre que usan son cristianos, rechacen sus palabras y contradigan su evidencia.

Para comprender el mérito real de Nuestro Señor, esto es, para poder aquilatar su valor personal, —intrínseco o inenajenable porque es solo suyo—, valor que está fuera del convencional de los demás hombres, no debe de separarse, en ningún caso, su espiritualidad que es divina, de su naturaleza humana que es perfecta, y tratar de analizar solamente la humana. A Jesús ha de considerársele en ambos planos, los que son inseparables entre sí; para, al final de la discusión, determinar con lógica si es solamente un hombre o si en verdad es un hombre-Dios. Sin divinidad el Nazareno, su doctrina no sería muy superior a la de Buda, de Confucio, de Gahndy y de otros tantos ascetas y eremitas que, con éstos, han merecido la calificación de moralistas; y Su juramento, el de ser El Mesías prometido y el Hijo de Dios vivo no dejara de ser sino una impostura, fuera de Su responsabilidad por nuestra idolatría y la idolatría de los millones de hombres que han doblado la rodilla ante El, en el pasado, que la doblan al presente, y que la doblarán en lo futuro.

La encarnación de Jesús por obra del Altísimo, anunciada por un arcángel, y los saltos de gozo que dió el Bautista en el seno de Isabel con ocasión de la visita que le hiciera María, que, entonces, se sintió glorificada y su espíritu lleno de gozo, contemplando, cómo la tendrían por dichosa y feliz todas las generaciones, es una advertencia de su existencia sobrenatural. Su nacimiento, cantado por los ángeles y consagrado por la voz de complacencia del Padre Eterno, escuchada por los pastores, es anuncio de su excelsitud. La adoración de los magos y los presentes que hubieron de ofrecerle, demostración de su realeza. Las palabras del Anciano Simeón y la persecución de Herodes El Grande, vaticinio de su maravilla. La confusión de los doctores, confirmación de su ciencia infusa. La imposición de sus manos sobre los cántaros de Caná; sobre los fallidos miembros del ciego de Jericó; sobre los inermes despojos del Hijo de la viuda de Naím y sobre el ya putrefacto cuerpo de Lázaro, ratificaciones de su poder. La multiplicación de los panes y de los pescados y el perdón de la adúltera, significaciones de su magnificencia. Su transfiguración en el Tabor, muestra de su divinidad. La obediencia a que sujetó al embrabecido Tiberiades y la profícua pesca de Jenezaret, síntoma de su omnipotencia. El Sermón de la Montaña, concitación a la más elevada perfección moral. La sublimidad de sus palabras en la cruz, entrega de su bondad. Su inegoismo absoluto y entrega total por sus semejantes, característica de una caridad sin paralelo. La conmoción de la naturaleza en el instante de su muerte, protesta inequívoca de los elementos que la conforman, por el deicidio y crucifixión del manso y humilde de corazón. Y sus enseñanzas jamás igualadas, recordadas en los momentos más angustiosos de la vida por los pueblos y por las familias, viva auscultación de su indeclinable santidad.

Toda esta sucesión de hechos históricos, ponderables a nuestros sentidos, que nos ofrece la vida de Jesús frente a una humanidad que da fe de su verificación, más, otros muchos que no los relacionan los evangelios; traen la certeza de que en El no se trata de un simple hombre, sabio, bueno, santo, casto o privilegiado, sino del verdadero Hijo de Dios, dicho y probado por El mismo; calidad que le dió poder para instituir Su sacramento y autoridad para envolverlo en Su divinidad.

——— O ———

Pero no nos detengamos tanto en esta clase de análisis relativos a la mesianidad de Jesús, que si son convincentes en sí por ser reales, son de carácter general; y traigamos a la memoria otros hechos con los cuales habremos de comprobar, no solamente la altezanía de su pensamiento al instituir la Eucaristía, sino el mérito de su palabra al consagrarla, y su autoridad para imponerla.

Según nos lo refiere la Historia, Jesús no proclamó ser El, el Mesías, ni aseguró ser de la misma naturaleza que el Padre Eterno, en tanto no comprobó, con hechos innegables, ser ese enviado y ser ese Hijo de Dios; en cuyos hechos, contrarios casi todos a las leyes naturales, no invocó nombre alguno, sino procedió por propia autoridad. Cuando le devolvió la vida a Lázaro, le dijo: levántate, *yo* te lo ordeno; y cuando santificó a Dimas, le aseguró: hoy estarás *conmigo* en el paraíso. Y de la misma manera, en nombre propio, procedió en todos y cada uno de sus milagros, de los cuales dieron fe los testigos idóneos que los presenciaron.

Si la primera vez que celebró la pascua entre sus apóstoles y estuvo confundido entre los que lo seguían... tal vez por el amor que les inspiraba o en mérito de sus enseñanzas y la autoridad con que les hablaba, Jesús instituye la Eucaristía y continúa con sus predicaciones, posiblemente, ese hecho se habría perdido en el olvido o los evangelistas lo hubieran relatado con el mismo entusiasmo con que refirieron el milagro de Caná, su transfiguración en el Tabor y otros tantos sucesos, que, si portentosos, no fundamentaban en sí y por sí una creencia específica. Pero no; Jesús instituyó su sacramento y dió vida a su Eucaristía después de comprobar su poder, de demostrar la fidelidad de su misión y de convencer a sus seguidores acerca de su propia santidad; con la reserva de haber anunciado con un año de anticipación, en la Sinagoga de Cafarnaún, lo que habría de hacer, y predecir a la hora de la Ultima Cena el que iba a ser traicionado por aquél a quien le sirviera un trozo de pan mojado en vino, que lo juzgarían jueces hebreos y que sería entregado a los paganos para su sacrificio. Y aun así, con estas pruebas, los apóstoles, —incluso el desdichado de Judas— que en aquel memorable Jueves Santo fueron ordenados sacerdotes y asistieron, participando directamente en ella, a la primera misa dicha en todos los tiempos; aun así, estos hombres no aceptaron en su cabal plenitud las palabras del Maestro, no habiendo sido, sino, el hecho de Su resurrección y el que a su vista ascendió a los cielos, que, tocados entonces por el Espíritu Santo, comprendieron la verdad de lo que habían escuchado y decidieron predicar entre las naciones, su doctrina, sin

importarles la persecución ni el martirio. Uno de los hijos de Anás, aquel rabino que tanto influyó en el ánimo de Caifás para sacrificar a Jesús, y que, como su padre, se llamaba Anás también y que como él, fuera sacerdote, es el responsable de la muerte, a pedradas, de Santiago, uno de los doce del cenáculo que fue acusado ante él, del "delito" de predicar el evangelio.

¿Cuándo instituyó Jesús la Eucaristía y cuándo fundó su iglesia? La primera, con ocasión de su Ultima Cena, cuando dijo a sus apóstoles: tomad y comed, ésto es mi cuerpo, y tomad y bebed, ésto es mi sangre; haced ésto en memoria mía. Y la segunda, el propio día en que iba a irrumpir el espacio y adentrarse en los cielos para dar cuenta de su mensaje al Eterno Padre, como que las palabras dichas a Pedro, *antes* de su pasión: "Tú eres la roca sobre la cual *fundaré* mi iglesia", si el lector fija su pensamiento en ellas, observará que fueron dichas en tiempo futuro. Fue, momentos antes de su ascensión gloriosa, en que Jesús, ya triunfante, fundó la Iglesia Universal, a la vez que consagró el papado y estableció el último de sus sacramentos: el de la penitencia. San Juan evangelista nos refiere aquellos hechos de este modo.

"Antes de su pasión había dicho Jesús: yo soy el buen pastor; el buen pastor que da la vida por sus ovejas. Yo soy el buen pastor: yo conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí. Yo doy la vida por mis ovejas. Hay ovejas que no están en mi aprisco, mas, yo las atraeré, ellas me oirán y entonces no habrá sino un solo pastor y un solo rebaño". Transcurren los meses...

"Momentos antes de ascender a los cielos, Jesús confió su rebaño al cuidado de aquél a quien previamente había constituido jefe de los apóstoles; y fue durante su última aparición a éstos, en Bethania, cerca de la casa de Lázaro, que dijo a Pedro: Simón, hijo de Juan: ¿me amas más a Mí, que a éstos? y obtuvo esta respuesta: Verdaderamente, Señor Tú lo sabes. Y Cristo le manifestó entonces: apacienta mis ovejas. Y volviéndose otra vez a Pedro, le repitió: Simón, hijo de Juan, ¿me amas mucho? obteniendo de nuevo la misma contestación: Verdaderamente, Señor, Tú conoces cuánto te amo. Y por tercera vez, Jesús, dirigiéndose a Pedro, le interrogó: Simón, hijo de Juan, ¿es verdad que me amas mucho? Y... apesadumbrado Pedro, si no conturbado porque era la tercera vez que se veía precisado a responder, sin recordar que él, por tres veces lo había negado, dijo: Señor, Tú que conoces todas las cosas, sabes lo que yo te amo. A lo que Jesús, por tercera vez también, le impuso su mandato: apacienta mis ovejas". La iglesia militante había quedado fundada entonces y en forma específica escogido el vicario de Jesucristo en la tierra, encargándose San Agustín de despejarnos esta incógnita: ¿Porqué eligió Jesús a hombres humildes, para elevarlos en rango hasta el principado; a ignorantes, para darles la sabiduría de ese modo, y a rudos, para convertirlos en prudentes, en defensores de la fe y en conductores de multitudes? En los altos designios de Dios estaba escrito así: "Porque, si hubiera escogido para fundar su iglesia a hombres poderosos y sabios, la humanidad habría creído que su salvación estaba en ellos y que no descansaba en la misericordia de Dios".

"Y volviéndose a sus apóstoles, a aquellos a quienes al fundar Su Pascua les dió a comer su carne y a beber su sangre transubstanciadas en las especies del pan y del vino, les dice con toda solemnidad: recibid el Espíritu Santo; y a aquéllos a quienes vosotros les perdonáreis sus pecados, perdonados les serán en el cielo; y a aquéllos a quienes vosotros se los retuviéreis, retenidos les serán en el cielo". El Sacramento de la Penitencia tenía vigencia desde aquel momento.

¿Podrá ser discutida con base de lógica, la capacidad de Jesús para perpetuar sus anhelos? ¿No está comprobada hasta la evidencia la legitimidad de su autoridad y demostrado su poder?

——— O ———

En párrafos anteriores, advertimos que la Institución de la Eucaristía *representa el pensamiento de Jesús;* e hicimos uso de esta frase, por dos motivos: por no encontrar otra de mejor propiedad en nuestro lenguaje, y porque, como una unidad, dicha frase nos habrá de servir de elemento de comparación frente a otros casos, los que si es cierto que descansan sobre un terreno humano, no por eso dejan de constituir la fijación de otros pensamientos sobre materias propias.

Si adentramos nuestra curiosidad en el campo de las bellas artes, en el de la pintura, tomemos el caso, y analizamos a... Leonardo de Vinci a la hora de sus concepciones religosas, vemos, que si a pesar de su genio tan robusto, posiblemente el más admirable que hayan contemplado los siglos, no pudo arrancar de su pincel las costumbres del medio evo, pues sobre esta clase de temas fue conservador; en cambio, dotó al mundo de ejemplos tan sobresalientes en el campo de las ciencias, lo que envuelve una maravilla, con la cual se vió precisado a romper la tradición eclesiástica. ¿Por qué de tal conducta en este hombre? Sencillamente, porque ese era *su* pensamiento, porque allí radicaba su originalidad y porque sus obras, como un reflejo del fuego sagrado en que se consumía su espíritu, estaban urgidas, para su propia relevancia, de abstraer lo que el autor *era* y personalizaba.

Nos encontramos con... El Greco. Otro genio, pero a su modo, singular y con un estilo absolutamente suyo, con sus figuras alargadas, de semblantes tristes y luces y sombras que tan solo su mano fue capaz de trazar. ¿Por qué de esos caprichos de los que no lograron escapar ni su don Fernando Niño de Guevara, ni su San Juan, ni su San Jerónimo? Porque ese era el pensamiento *del* artista y porque de esa manera personalizaba *su* genio sobre el lienzo.

Rafael es otro; Murillo, Zurbarán y Rembrant son otros, y... para no mencionar muchos más, estos creadores, al igual que Velázquez y Goya, dejaron impresas sobre *sus* lonas y sobre *sus* tablas, las huellas digitales de su excelencia artística, con tal firmeza y modo tan singular, que no tienen necesidad de mucho afán los críticos, para advertir su procedencia e individualidad. ¿Por qué? Porque *el* pensamiento avasallador de estos hombres se desbordaba así, con tal

maestría y tal originalidad hecho color, que *casi* reviven su figura delante la enormidad moral de sus concepciones.

Vamos a otro campo. Napoleón fue original en *sus* estrategias; Hindemburg pasó a la inmortalidad con su victoria, al retirarse de Tanenberg, y... con ellos, Gengis-Kan que triunfó en sus batallas merced al agregado con que dotó sus lanzas al saber por sus espías la dimensión de las contrarias; Alejandro, Escipión y tantos más, que, como los pintores en su arte, fundaron su propia escuela en los campos de batalla. ¿Por qué de estas cosas? Porque *su* pensamiento debía de impresionar sus actos, de tal manera, que *su* conducta se volviera inconfundible y *sus* enseñanzas necesarias para el porvenir de las naciones.

Madam Currie, Pasteur, Fleming, Einstein y tantos matemáticos más de los que se siente orgullosa la humanidad; en una fórmula, en una investigación o en un evento determinado han dejado grabada *su* figura ideal, con tal relieve, que no podrán destrozarla los siglos. Pero, ¿por qué de todo ésto? Porque allí se vació *su* pensamiento y allí se coaguló *su* deseo; porque para eso estaban predestinados ab-eterno, para figurar así en el tablero de la fama.

Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, el P. Suárez, Descartes, Kant, Franklin, Cervantes, Shakespeare y Calderón, y... toda esa pléyade de hombres maravillosos que con sus escritos y sus investigaciones filosóficas han impresionado al mundo; no sólo por la originalidad de sus esfuerzos sino por la utilidad que han traído a sus semejantes, han plasmado, sobre el resto de la humanidad, *su* figura moral, con tal relieve y de tal manera sensible, que *su* estilo y *su* personalidad surgen a la vida al primer toque que les hace el observador. ¿Por qué? Porque, en *sus* producciones, estos autores fijaron *su* pensamiento e impusieron su individualidad; porque esa fue *su* misión, la que se aprontaron a cumplir.

Pero... todo ésto se halla en el campo de la especulación meramente utilitarista y camina sobre un terreno físico, se nos dirá. Es cierto; pero si el hombre no es solamente cuerpo, sino, tiene un espíritu que lo define como hombre; ¿no podrá ser aplicada nuestra observación, también en el terreno donde se erige la espiritualidad?

Y como Jesús, al venir a la tierra, no fue para redimir *el cuerpo* del hombre sino para libertar su alma; y menos, se encarnó, para congraciarse con la materia sino para sublimizar el espíritu. De acuerdo con la razón de su mensaje instituyó *Su* Eucaristía e impuso *Su* pensamiento: El mismo, que es el pensamiento de Dios, ocultándose bajo unas especies físicas, convirtiendo su substancia en sí mismo, para constituirse en alimento que saciara el hambre de las almas. Y como el pintor en el lienzo y el filarmónico en su partitura, y cada uno de los demás hombres que han dejado la huella de su paso sobre la tierra en aquello que constituyó la glorificación de su genio; así, el Divino Maestro, de modo original y a su manera, afianzó lo que determinaba su deseo y exaltó lo que constituía *su* ansia, a la vez que substantivó el motivo de *su* encarnación en el Sacramento de Su amor, aprovechándose de una cosa sensible que pudiera

ser contemplada por su criatura: de las especies del pan y del vino, con una ejemplaridad inimitable su acto y con tal enormidad su secuela, que, en tanto el esfuerzo humano puede ser superado alguna vez por otro esfuerzo humano porque, dentro de la creación no existen los confines; frente a Jesús, el hecho de haber impreso su pensamiento que fue increado, para hacer perpetuar su voluntad de esa manera; tal hecho determina la acción justificativa de su propio poder, el que carece de limitaciones; y de la razón de su mandato que es irrestricta, pues por El fueron hechas todas las cosas y sin El ninguna cosa habría sido hecha, y porque si la substancia es creación de un Dios Todo Poderoso, la transubstanciación no habría de estar reservada sino a El, a Jesús que como encarnación Divina, igual en naturaleza al Padre, es el principio sin principio y el fin de cuanto existe.

LA TRANSUBSTANCIACION DEL SEÑOR, COMO HECHO Y COMO OBLACION SACRAMENTAL

He aquí lector, un vocablo, que considerado su objeto a la ligera más pareciera ser la porción de un índice de cuestiones imaginadas por científicos, relegada todavía al campo de las hipótesis, que hallarse incorporado dentro del margen de las cosas ponderables en el ancho plano donde el común de los hombres no discute su posibilidad. He aquí el vocablo: *transubstanciación*, el determinante de un hecho, si milagroso cuando se le hace encuentro sobre la mesa de los altares en el instante de la consagración eucarística, también de posible realización en el campo natural de la física que somete a leyes expresas su existencia, y que frente a la filosofía, sea cual fuere el método que se use para su sujeción, *determina el cambio de una substancia por otra.*

No sabríamos decir si es por presunción o porque tenemos resuelto fortalecer nuestro espíritu de la misma manera como lo hicieran con el suyo las aldeanas bretonas del tiempo de Pasteur; —copiamos las palabras de este químico inmortal que decía creer en las doctrinas de Jesús de una manera tan sencilla y llana como humilde era la fe de las mujeres de su amado campo francés—; la transubstanciación no constituye para nosotros un asunto de fe solamente, sino la razón de una causa lógica con efectos verdaderos, la cual, si no es demostrable del todo con números arábigos en el gabinete de un matemático o sobre el tapete de un escritorio, como tampoco son demostrables tántos y tántos hechos más que consuma la naturaleza de los que solamente conocemos sus efectos; es perfectamente comprensible y absolutamente ponderable al entendimiento, no como un esclavizador de la conciencia éste, sino, substantivado en una facultad positiva y consciente.

Con el objeto de precisar de modo certero nuestro sentir y dejar constancia de nuestra manera de pensar con respecto al hecho de la transubstanciación, aplicado al caso particular de la Eucaristía verificado por primera vez por Jesús a la hora de su Cena Pascual, cuando instituyó su sacramento frente a los apóstoles; vamos a considerar dicho suceso, sobrenatural por su propia excelencia, pero también calculable por las circunstancias de que se rodea, en sus dos

faces posibles: ante la Teología o ciencia de Dios, pues tiene una determinación divina su objeto; y frente a la Filosofía que basa su examen en la observación y la experiencia, la que, por tal, no acepta a priori los hechos, como en lo individual tampoco le agrada aceptarlos a ningún ser pensante por más cerca que se halle de sus postulados.

——— O ———

Es un principio fundamental de la Hermenéutica, que las palabras han de aceptarse en su sentido literal, a menos que exista una razón lógica que imponga lo contrario. Y con relación a las pronunciadas por Jesús al instituir Su Eucaristía, no vamos a suponer, porque sí, que dichas palabras constituyen una excepción.

Aun cuando Nuestro Señor hubo de decirnos de manera categórica, en el momento de la consagración del pan y del vino, en el Cenáculo, sin que sus palabras pudieran quedar sujetas a interpretación porque fueron dichas claramente y con autoridad, que bajo las especies de pan y de vino consagradas estaban presentes Su cuerpo y Su sangre adorables, encerrándose bajo ellas toda su naturaleza humana y divina; no explicó con detalles, la manera, cómo, las susodichas especies, habrían de aprisionarlo y de contenerlo siendo tan reducidas en tamaño; y no hubo de descender a explicaciones, Jesús, no sólo por la solemnidad del momento que estaba viviendo, sino, porque, su misión no descansaba entonces en la proposición de un caso, para discutirlo, sino tenía la fuerza de un mandato su palabra, el que era la consecuencia inmediata de su autoridad y de su poder. Sin embargo, al fijar los recursos de nuestra observación, apoyados, por supuesto, por los que nuestro entendimiento y nuestra razón ponen al servicio de nuestra ansias, lo confesamos con lealtad: la existencia de Jesús-Hostia no representa, delante de nuestro criterio, un problema por resolver, sino es un acontecimiento definitivo y un suceso consumado, perpetrado por el que estaba en la capacidad de efectuarlo; y cuyo hecho, despúes de someterlo a un juicio detenido, no nos dejará con el lector, sino en el caso de determinar, o de considerar, para usar de un concepto mejor, cómo llega a sacramentarse Jesús y de qué manera permanece en Su sacramento.

Y no hubo de detenerse en minuciosidades, el Divino Maestro, cuando instituyó Su eucaristía, no obstante encontrarse delante a hombres que por su propia naturaleza débil eran susceptibles de una falla, porque esos hombres le habían visto transfigurarse; multiplicar con liberalidad portentosa una exigua porción de alimentos con la que quedaron hartas las multitudes; resucitar a los muertos y curar a los enfermos; imponer su voz al embravecido Tiberiades que hasta entonces amainó sus ímpetus, y caminar sobre las aguas. Con el recuerdo de esos hechos, ¿qué podría representar para ellos un milagro más, de Jesús, si no la ratificación de su poder sobrenatural? Y aquella vez, los apóstoles, como comensales, incluso Judas, al dar testimonio fehaciente de lo que vieron y escucharon, aceptaron las palabras del Divino Anfitrión en su texto original, sentido lato y modo llano como fueran dichas, pues representaban un

mandato que venía del que tenía autoridad para imponerlo. Y tal mandato, aceptado también sin discusiones por la humanidad que vino después y que siente consuelo al tener de amigo, de hermano y de padre al que se encarnó para redimirla, no fue puesto en discusión sino... mil quinientos años después, cuando Martín Lutero, por razones personales que tuvieron origen y repercusiones políticas lastimosas, rebajó a la categoría de materia dudosa, la transubstanciación, hecho que fue totalmente negado en el correr de los años, por sus seguidores sectarios, porque... así les convenía hacerlo.

Las palabras pronunciadas por Jesús, en su última cena, hay que aceptarlas en su sentido literal. *El pan y el vino consagrados, son el cuerpo y la sangre de Jesucristo*, dijeron los católicos en el transcurso de dieciséis siglos, y con ello estuvieron de acuerdo, entre otros muchos, santos de la categoría de Agustín, y de Tomás de Aquino, de Francisco de Asís y de Antonio de Padua; y científicos, de la talla de Pasteur el fundador de la Bacteriología contemporánea; de Mendel, el descubridor de las leyes de la herencia; de Fabre, el más grande naturalista del mundo; de Shumann, el fundador de la moderna Histología; de Mueller, el fundador de la Fisiología de nuestros días; de Vesalius, el fundador de la Anatomía contemporánea; de Copérnico, el fundador de la Astronomía; de Lavoisier, el fundador de la química moderna; de Roentgen, el descubridor de los rayos que llevan su nombre y de los marconigramas; de Marconi, el inventor de la radio transmisión; y de Galvani, Ampere y Volta, sin cuyo genio la electricidad no colmaría su objeto.

Eso no es cierto, tenía que decir el reformador protestante que si estaba ordenado sacerdote y que por espacio de varios lustros permaneciera fiel a las tradiciones de su iglesia, en un instante de ambición abjuró de su fe y perdió la razón. Eso no es cierto, nos espetó Lutero: Cristo baja a las especies consagradas y *consubstanciándose* con ellas, permanece en ellas *hasta* el momento de la comunión. Y a partir del instante aquel de la quema en la plaza de Wittemberg, por el disidente, de la Bula Papal, la duda entre los herejes acreció fantásticamente; la interpretación de las normas dictadas por Jesús quedó a merced de lo que quisiera el hombre vulgar, y con la fuga de la razón hubo de esfumarse la fe. Y de un acto de rebeldía contra la Iglesia de Roma, el protestantismo, en un estado de desintegración constante, iniciado el propio día de su fundación, pues, no de otra manera ha de calificarse la locura de los hijos de Martín Lutero, de formar y formar grupos independientes, cada vez más reducidos, dentro del cual cada neoprotestante asegura haber encontrado la verdad; ha multiplicado el número de sectas, —protestantes contra protestantes—, en tanto la doctrina que predica Roma permanece intacta. En el escalafón religioso protestante se encuentran inscritas algo más de dos cientos cincuenta parcelas diferentes. Esta inconformidad sectaria erige por sí el error en que se encuentran sus corifeos, pues Jesús-Cristo no fundó muchas iglesias sino una tan solo.

Estamos convencidos de que el Presbítero Fray Lutero se habría abstenido de lanzar su protesta contra Roma, y que jamás se hubiera rebelado contra el Evangelio que había jurado predicar y defender, si hubiera tenido el talento de pensar en el resultado trá-

gico de su labor, la que por su propia condición humana quedaba sujeta a las intemperies de la vida: nacer un día cualquiera y morir cuando menos se piensa.

La presencia de Jesús en la Eucaristía, no ha de ser discutida si ha de aceptarse que El es el Mesías esperado y el Hijo de Dios vivo, puesto que, con la autoridad de que se hallaba investido para instituirla y los poderes que emanaban de su categoría de Segunda Persona de la Santísima Trinidad, para perpetuarla, no podía engañarse ni engañarnos, y menos concitarnos a la idolatría. El, dijo: *éste* es mi cuerpo y *ésta* es mi sangre, y no cabe recurso en contrario contra lo que de por si determina una resolución definitiva y ejecutoria. Mas, con el objeto de afianzar la fe de nuestros lectores en la erección de esta verdad, recordemos la forma *cómo viene* Jesús a la Eucaristía, según lo enseña la Iglesia Católica; y *cómo puede venir* o no venir, de acuerdo con los que impugnan dicha fe. Después de este ligero examen, tocará resolver al lector, en qué campo se encuentra la verdad.

Por su prioridad dentro del tiempo con respecto a los demás credos, y porque su autoridad viene de Aquél que dijo a su vicario: "apacienta mis ovejas", Jesús baja a las especies consagradas, por *transubstanciación*, con cuyo proceso cambia la substancia del pan, en su cuerpo y la substancia del vino, en su sangre. Esto nos lo dice la fe. Y al respecto, ahora que hacemos mención de esta virtud teologal, tenemos que recordar, que, creer, no es imposición de los ateneos ni motivo de aprendizaje en las universidades, sino de *fe* simplemente, por mérito de la cual acatamos las cosas divinas y aceptamos su existencia real aun cuando no las comprendamos. La ciencia nos enseña en dónde están las montañas; la fe, a transportarlas de un lugar a otro.

La carencia absoluta de fe, no existe, ni aun entre los hombres que se jactan de ser incrédulos. Cuántos, verdaderamente ilustres, —recuerde el lector a cualquiera de ellos—, rechazan la existencia de Jesús-Hostia porque no lo comprenden, y en cambio, aceptan, sin vacilar, la de la electricidad de la que solamente se aprovechan sus efectos, como que, en el correr de los tiempos, desde Tales, —seiscientos años antes de nuestra era—, que descubrió su existencia, hasta Edison, —final del Siglo XIX—, que la encerró en lo frágil de un cristal dentro de la que surgió su incandescencia, no ha habido uno, sabio o no sabio, que defina con exactitud lo que es la electricidad. Solamente se dice... es la propiedad que tienen ciertos cuerpos de... hacer ésto o aquéllo; sin objetivar de dónde procede tal propiedad y menos substantivar su por qué. Y como la electricidad, existen tantos otros hechos inexplicables, en los que el hombre cree, y que porque se beneficia con sus efectos a los que pomposamente los llama "fenómenos", no los rechaza ni los discute porque... no le conviene. La incredulidad es relativa. Si tales hombre aquilataran la fe que les ofrecen ciertos fenómenos, con la fe que les ofrece El Nazareno, ésto es, si la teologaran, se convertirían en fervorosos seguidores suyos. Cuántos y cuántas, sin esa fe teologal, poséen más talento y mayor ilustración que muchos de los que sumisamente creemos en las verdades depositadas bajo la custodia de

la Iglesia. Por eso es atrevido, si no absurdo, manifestar ¿Cómo, don X, siendo tan inteligente y don Z, tan ilustrado, no creen en la Eucaristía o niegan tal o cual disciplina eclesiástica? Lo repetimos, porque ajustan sus dictados a las imposiciones de su razón, tan solo, rechazando lo que es superior a ella; y porque la fe teologal es una dávida específica, venida al hombre, en línea recta, desde el Espíritu Santo, y no un curso que se obtiene en las bibliotecas o un trozo de cultura práctica de los que se logran en las academias.

Según la proposición de Lutero, aceptada *en la actualidad* por los pocos seguidores disciplinarios que le quedan —naturalmente, al estilo Isabelino y al estilo Stuardo—, pues hasta sus más entusiastas co-protestantes de las reglas de Roma: Swinglio y Calvino, aquél, aboliendo la misa, y éste reduciendo los sacramentos a dos, se encargaron de reformar la reforma y de enmendarle la plana no sólo a Martín sino a los evangelistas. Según Lutero, Jesús se adentra a las especies consagradas y coexiste con la substancia de pan y de vino, o lo que es igual, se *consubstancia* con el pan y con el vino, limitándose de esa manera el poder de Dios. Fuera de que esta teoría va contra la lógica, porque, si dos cuerpos no pueden ocupar el mismo lugar en el espacio, tampoco dos substancias pueden co-existir dentro de los mismos accidentes sin mezclarse, cuestión que es contraria a la realidad manifestada por Jesús, ya que éste no dijo: *en este pan está* mi cuerpo, ni *en este vino está* mi sangre, sino, de manera expresa manifestó su deseo e impuso su voluntad: ocupar el lugar de la substancia de pan y vino bajo las especies sacramentales. No se puede concebir, con criterio imparcial, un cuerpo, pan, sin su substancia única, ni una sangre sin la suya. Esto no es solamente de fe sino de razón. Ya vamos a ampliar nuestros pensamientos, cuando consideremos la transubstanciación bajo las disciplinas positivas.

Según otras sectas protestantes, tomemos al caso... la de los episcopalianos: es el alma de Jesús la que baja del pan y la que se incorpora al vino consagrados, haciendo de ellos un cuerpo específico. Esta otra teoría es más absurda aún, que la de su padre, Lutero, pues si fuese el alma de Jesús la que se introdujera, —la que se incorporara o bajara—, a la substancia de pan, tendríamos un nuevo Jesús, con el alma igual a la que está unida a la segunda persona de la Trinidad de Dios, y un cuerpo idéntico al que se constituye en una de esas cajas de galletas, —matzos—, que comen los judíos de salud delicada; y una sangre similar al moscatel legítimo que se guarda dentro de un garrafón cualquiera en el estante de una bodega. Esta manera de explicar el milagro de la transubstanciación, además de convencional, constituye una herejía grosera. Los protestantes que así raciocinan, olvidan, que en aquel memorable Jueves Santo, cuando Jesús instituyó Su Eucaristía; al darle a comer y a beber a sus apóstoles las especies consagradas, no invocó espíritu alguno para sacramentarse, sino, con énfasis privativo del que sabe que procede con autoridad y majestad propias, no delegadas, y que comprende la extensión de Su poder, dijo: *ésto soy yo,* al pronunciar de modo conciso, categórico y sin reticencias: éste es mi cuerpo y ésta es mi sangre. Y si fue un hombre con vida física el que así habló, no iba a ordenarle a su ministros, —haced ésto en memoria

mía—, que repitieran el hecho que les ejemplarizaba, sobre un cuerpo con alma, —absurdo, porque ni el pan ni el vino la tienen—, o que invocaran una alma, —más absurdo todavía, porque ella es propia de los seres racionales—, para aprisionarla en las susodichas substancias. Para que el pan y el vino consagrados puedan retener el alma de Jesús, ese pan y ese vino tienen que constituir el cuerpo y la sangre de Jesús; si no, no habría relación de una cosa con otra.

Todavía existen otros, naturalmente protestantes, de los en que fue subdividido el luteranismo, que, en presencia de las discusiones en que se han enredado sus correligionarios que como autómatas repiten: Jesús es el camino, es la verdad y es la vida, dogmatizan a su manera. Al consagrarse el pan y el vino, dicen, Cristo no baja ni en cuerpo ni en alma a ellos; es tan solo una comedia la que se opera sobre el altar, pues todo lo que pasa allí es figurativo y es convencional. Y de esta manera, los baptistas, los presbiterianos y dos cientos grupos sectarios más, interpretando a su modo las predicaciones de Lutero, le agregan unas cuantas palabras, a las sacramentales, y así dan por concluido el caso. *Hoc est enin corpus meum,* nos refieren los cuatro evangelistas, que dijo Jesús. No; arguyen los neo-protestantes: esos cuatro evangelistas estuvieron equivocados. Lo que Jesús dijo, fue: Hoc est enin *signus corporis mei.* Los elementos esenciales de la prueba de confesión y testimonial, son triturados arbitrariamente después de quince centurias. Si Jesús hubiera querido *simbolizar* su divinidad en las especies que estaban sobre su mesa, así lo habría asegurado de un modo categórico, e indudablemente sus discípulos así habrían dicho a la posteridad lo que vieron y oyeron, sin tener qué recurrir a la exageración y menos a la mentira. Tomad y comed, *ésto simboliza mi cuerpo,* sería el texto que nos transmitieran las escrituras, y no otra cosa, y al menos, uno, de los cuatro evangelistas se habría mostrado reservado si no reticente, sobre este pasaje de la vida del Nazareno, o habría tachado de inexacto lo referido por los otros tres. ¿No recordarán los señores protestantes, que... "cuando la iglesia había sido fundada y los apóstoles se dedicaban a predicar el evangelio, el mismo Sanhedrín que abrió causa contra Jesús, abrió otra contra ellos, condenándolos a muerte", y ordenó perseguir a los cristianos? ¿Olvidarán que el mismo Jesús-Cristo, predijo a Pedro su apóstol, la clase de muerte que habría de sufrir: su propia crucificación, ésto es, que también sería sacrificado por predicar el evangelio? Contradecir a los evangelistas, es acusar de embustero a San Pablo, cuando dijo: "Cualquiera de vosotros que *indignamente* comiere de este pan y bebiere de este cáliz, será reo del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo". ¿Creerán estos neo-cristianos, que hombres de aquella talla moral ignoraban la existencia de las palabras "símbolo" o "signo", y que por eso no la usaron en sus escritos? Cuando nos hablan de la propia Eucaristía, San Juan y San Lucas, nos dicen: "Para la preservación y fortaleza de la vida de la gracia, El, —Jesús—, nos dió la Sagrada Eucaristia, Su propio cuerpo y Su propia sangre bajo las apariencias visibles del pan y del vino, las cuales constituyen el más apropiado *símbolo* de nutrición espiritual recibida por esos que participan devotamente en este banquete de los cielos". Y es un símbolo *de nutrición espiritual,* acotamos nosotros, porque la comunión tiene por finalidad calmar las tempestades del alma y no las destemplanzas

del cuerpo. ¿O ignorarán que tampoco San Pablo desconocía esa palabrita, cuando, al aludir al matrimonio, como sacramento, les dijo en una carta a los Efessios: "entre los cristianos es un *símbolo* de la unión de gracia entre Cristo y su Iglesia?"

Pero el afán de los cristianos anti-católicos, de diluir su protesta en el envase de lo increíble, ha llevado a los rebiznietos de Lutero al confín de los colmos. Un día de tantos, un fanático italiano, Lelio Socino, venido al mundo en los precisos momentos en que Alemania ponía en vigor la ley de expulsión de su territorio, contra Lutero, por disociador público, —Dieta de Worms—, tuvo el antojo de predicar, cuando llegó a la mayoría de edad, que la Santísima Trinidad era una invención de la Iglesia Católica, pues no existía más que el Eterno Padre. ¿Y el Hijo? Carece de divinidad. ¿Y el espíritu Santo? Este es una ficción. Y de semejantes barbaridades copiadas en unas cuantas hojas de propaganda, nació una secta nueva: la del Socinianismo, que en el registro protestante se halla inscrita bajo la Partida de los *Unitarios*, de los que... a unos cuantos, el autor de este ensayo ha tenido la oportunidad de escuchar, cómo discuten bajo el ala de su templo, al estilo seminario, las verdades evangélicas, y como las torturan. Y rotulados cristianos, estos señores, pues desean conservar su occidentalidad, propugnan por desbaratar lo edificado sobre la peana del Nuevo Testamento en el transcurso de tanta centuria, a la vez que pugnan por no calificarse con el nombre que debiera de corresponderle: el de los creyentes que vivieron aquella etapa de desorientación, a raíz del crímen de Caín, centurias antes del advenimiento de Heber. Recuerde el lector, que aquellos hombres eran indiferentes a lo mandado por Dios.

Entre los escépticos existe una partida contable: la que rechaza la existencia de Jesús-Hostia por la más simple de las ocurrencias: porque, no concibe, cómo, un cuerpo humano, puede hallarse presente en la pequeñez de unos accidentes y, simultáneamente, en miles de miles de hostias y cálices consagrados.

Para responderle a esta categoría de incrédulos, hallamos dos caminos: el que señalan los teólogos, a base de filosofía pura, con el objeto de darle exaltación al dogma; y el que... con un criterio particular, más jurídico que religioso y más práctico que potencial, figuramos nosotros, mediante la presentación de un ejemplo, sin color de dogma y por el cual asistimos a la ubicuidad de un suceso que tiene su descanso en un centro fijo, y su repetición diaria en el pensamiento que le prestara vigor.

Marchemos sobre el primero de esos caminos. Cuando pensamos en un cuerpo físico cualquiera, en el de un hombre, tomémoslo por ejemplo, inmediatamente nos viene a la imaginación, dentro del concepto que tenemos de la cantidad y del volumen, su contextura propia, esto es, la porción de partes de que se compone: cabeza, tronco y extremidades; y dentro de éstas, el cerebro, los pulmones, el corazón, los huesos, los nervios, etc., etc., todo lo cual, dentro de la noción de la cantidad que tenemos señalada, determina, *linderos adentro*, su *extensión interna*. Dentro del aspecto cuantitativo que hemos expuesto también nos figuramos los cuerpos, por su precisión

física, *linderos afuera,* y por su situación de ocupar un lugar determinado en el espacio, que tienen sus propias dimensiones, es decir, nos figuramos su *extensión externa.*

Ahora bien, por un milagro de Su Divino Autor, que a su manera instituyó la Eucaristía, y que de ese modo, —porque lo quiso lo hizo, dice San Agustín—, plasmó su pensamiento en ella. En Su sacramento, Jesús, no posee la extensión externa, o lo que es lo mismo, que su bulto propiamente dicho, ese bulto que de acuerdo con las leyes físicas habría de ocupar un lugar determinado en el espacio, no está contenido en el lugar donde se encuentra Su sacramento, sino tan solo Su extensión interna, en absoluta perfección y completa medida; del mismo modo como el alma humana que no se ve pero se siente su influencia, está distribuida en el sujeto humano, en su cerebro, en su tronco, en sus ojos, en sus pies y en sus manos, a la vez que se halla completa en cada porción de su cuerpo. Y de ese modo, desde el instante en que Jesús no está circunscrito en la Hostia a perfiles determinados, —extensión externa—, puede, simultáneamente, existir en las miles y miles de hostias consagradas y en los miles y miles de los cálices consagrados cuya pluralidad es aparente, no real, pues la consagración de las especies sobre el altar, es una, ya que no hay sino una sola iglesia, una ara, una orden, —haced ésto en memoria mía—, dada a un grupo homogéneo de hombres los que en el correr del tiempo no han modificado su personalidad, y la dación de un solo cuerpo como imposición de un mandato y fijación de un único pensamiento: el pensamiento de Jesús.

No recuerda el escéptico aquella frase del inocente a quien el prelado preguntó: ¿En dónde está Dios? que respondió con otra interrogación que no pudo obtener respuesta: ¿Dígame usted, señor, en dónde no está? Y si Jesús es Dios, no porque un hombre cualquiera lo haya dicho con palabras vacías o de adulación, sino porque El lo comprobó; no encontramos que pueda ser motivo de exageración, el que le consideremos presente, simultáneamente y sin extensión externa, sobre la mesa de los altares y encerrado en los tabernáculos, sin obligarlo a someterse a las reglas generales que competen a los cuerpos físicos que se desgastan con el tiempo o que se transforman con la muerte. El cuerpo eucarístico, es el *Corpus Christi,* el cuerpo de Jesús, glorioso, que, porque lo quiso, estableció y fundó de ese modo su sacramento, encerrando en él su propia naturaleza, la que por su propia virtud, pues Dios lo ve todo y lo sabe todo, no está urgido de mostrarnos sus sentidos de la manera como nosotros estamos precisados de hacerlo, para contemplar a los que lo adoramos y comprender nuestros pensamientos.

Cursemos el otro de los caminos. Durante el ejercicio de nuestra profesión liberal de abogado, hubimos de estimar una vez, aunque con dimensiones muy limitadas, un caso, en el que una concepción puramente humana tuvo ubicuidad, se extendió en el tiempo y fue ejecutado en memoria del que le dió figura ideal a su deseo y que de esa manera materializó su pensamiento. Y con el fin de aplicar dicho caso al propósito de este ensayo, ampliamos su cuerpo, siempre dentro de la posibilidad y de la lógica, para que el lector juzgue lo pertinente después.

Suponed a un acaudalado padre de familia que cuando comprende que el final de su vida está cerca, llama a sus hijos, para entregarles su fortuna, —a cada uno de ellos lo vuelve millonario—, y les impone esta orden: "en memoria mía", enviad a vuestros servidores, todos los días, a las calles de mi ciudad, a efecto de que cada uno de los pobres que se hubiesen registrado en vuestros libros, como tales, reciban una moneda con la cual puedan adquirir lo necesario para que les calme el hambre; y cuando los pobres de esta ciudad hayan sido registrados, id a las ciudades vecinas a hacer lo propio, y haced lo mismo en toda la nación, hasta que no quede uno solo de los pobres, sin inscripción. Y para darle cumplimiento a mis deseos, sin menoscabar la fortuna personal que os corresponde, he depositado en el banco X X una suma de dinero, suficiente, la que administrada con honradez dará lo bastante para hacer cumplir mi manda.

Pasa el tiempo. Ha habido una administración honrada sobre aquellos caudales y... son miles los pobres que, en memoria de aquel benefactor, reciben todos los días una moneda con la cual calman su necesidad. ¿Constituirá acaso, la dación de esa moneda diaria, una dávida personal de los hijos del testador? No. ¿Constituirá aquella moneda que va de uno a otro confín del país, un caso nuevo todos los días? Tampoco: es el cumplimiento de *un solo* mandato, el que se contiene en el testamento de aquel benefactor, cuyo testamento lo inspira *un solo deseo* y mantiene vivo su objeto *una sola voluntad*: la misma voluntad que tuvo su principio en el instante de ser subscrito el mandato. Entonces, ¿qué nombre habremos de darle a este hecho que tenemos en consideración? La respuesta es sencilla si no simple. El acto testamentario de aquel padre de familia, es el representativo del amor, no por divinidad sino por humanidad, de un hombre, en favor de otros hombres, es decir: apersona su voluntad. Los hijos suyos y los hijos de los hijos de éstos que... en tanto exista una administración bancaria eficiente le dan cumplimiento, todos los días, a aquella manda; son los personeros suyos también, que ejecutan aquel acto en su memoria, es decir, que en el recuerdo lo reviven todos los días. Y cada moneda dada, representa el trabajo del donador, su persona afable y su personalidad bondadosa; su generosidad perpetuada de un modo singular; su intencionalidad pura; el cuerpo de su espíritu y la fisonomía de su misericordia.

Y por extensión, el acto sacramental de Jesús, verificado en Su Ultima Cena, puede ser comparado con el jurídico de nuestro ejemplo, que si aquél se mantiene en vigencia en gracia al anhelo eterno de la redención que lo inspiró; éste, al caso de generosidad humana circunscrita a sus propios límites, con una diferencia substancial entre ambos: que, en tanto para el hombre existen la cantidad y la división del tiempo, que si no son creaciones suyas son adaptaciones físicas traídas por su experiencia y reclamadas por su necesidad para mejor servicio de su existencia; para Dios no tienen cuerpo ni el uno ni la otra, pues para El, el pasado y el futuro *son* un constante presente, y en lo particular, el número, un accidente sin valor pues como dueño de cuanto existe no ha de sentir preocupaciones por su resolución en grupos.

El lector sabe, tanto como nosotros, que entre uno y otro polo de la tierra hay una extensión; ésta la creó Dios. Su fraccionamiento imaginario en kilómetros, metros, decímetros, centímetros y milímetros, es concepción del hombre, sin que por tal acto se mutile la substancia que abarca la unidad del todo. Cada milímetro de planeta tiene las mismas características de creación que las que envuelven a la esfera toda. De la misma manera que en el caso jurídico de nuestro emjemplo, cada moneda recibida por los pobres implica la virtud del ahorro del testador y lleva consigo, además de su deseo, la representación de lo que constituyera su trabajo personal, ambos invisibles; así, en la Institución de la Eucaristía, la multiplicación de los accidentes del pan y del vino consagrados sobre los altares, es aparente, pues no determina sino un caso de comodidad física para los hombres ya que éstos carecen del poder de la ubicuidad, la ubicuidad radica en la Eucaristía, permitido por Dios para ese fin, pues cada hostia y cada porción de vino posee las mismas características de creación divina que determina *la unidad* de un mandato, divino también, y que carece de prescripción, impuesto a un sacerdocio *único* para exaltación de *una sola* iglesia en beneficio de *una* humanidad pecadora.

——— O ———

Antes de terminar con este punto que es de índole teológica tan solo, vamos a responder a unas cuantas preguntas que si no son de liturgia, se conectan con ella, relativas a considerar bajo otros aspectos, la esencia sacramental eucarística, y cuyas cuestiones nos vinieron a la mente cuando ya teníamos expuesto el plan al que se ajustaría nuestro trabajo.

Cuando Jesús Nuestro Señor bendijo en el Cenáculo las especies sacramentales y las dió en comunión a sus apóstoles; *¿comió El y bebió El, también, de esas especies,* es decir, *comulgó Jesús en compañía de sus apóstoles?*

Con la curiosidad que nos convenía, hubimos de analizar el libro de los evangelios, especialmente en la parte que alude a la Institución del Santísimo Sacramento del Altar; y en ninguno de esos pasajes encontramos narración que en forma categórica nos resolviera el caso. Sin embargo, somos de la opinión que *Jesús comulgó a la par de los apóstoles,* no solamente para darles un ejemplo con ello, sino, porque, al hacerlo, no contradecía su propio mandato ni iba su acción en contra de sus deseos. "Haced esto en memoria mía", les dijo, y nada más lógico entonces, que demostrarles a sus sacerdotes, de modo objetivo, no sólo *la materia* de Su sacramento y *la forma* de erigirlo, que era tanto como enseñarles la manera de consumar un sacrificio incruento en memoria del cruento que habría de tener lugar al día siguiente y que a El, como Dios, se le manifestaba íntegro, sino, indicarles la manera de hacer desaparecer a la víctima, pues era natural que los apóstoles, que aún no habían recibido la sabiduría divina, se mostraran reservados si no tímidos para comer el cuerpo del Maestro y beber Su sangre. Y al comulgar con aquellas especies consagradas, Nuestro Señor, en las que por

gracia de su autoridad y mérito de su poder estaba transubstanciada su mesianidad divina; si su naturaleza personal no se aumentaba en gracia con ello pues en El radicaba toda, también ejecutaba un acto lógico: transubstanciarle a su poder físico que antes desplazara en extensión interna, las substancias del pan de trigo y del vino de uvas y que por vocación de su milagro aprisionara en sus accidentes, la substancia de Su sacramento que era El mismo.

Si Nuestro Señor Jesús consagró pan y vino durante su Ultima Cena y ambas especies participó a sus apóstoles; *¿por qué comulgan los fieles, únicamente, con las especies del pan, reservándose el sacerdote el privilegio de hacerlo con ambas?*

Esto obedece a cuestiones de *rito* únicamente, teniendo esta palabra dos ecepciones: una, de función: el bautismo es un rito; y la otra, de colección de servicios y de prácticas puestas en uso por la Iglesia para la consecución del culto público. El lector comprende, que si la catolicidad como doctrina, presupone una unidad perfecta en la institución donde se arraiga; ésta no se destruye por diferencias *accidentales* habidas entre los católicos, las que tienen su origen en la costumbres que, como humanas, son diferentes de pueblo a pueblo. La misma catolicidad de la iglesia, —léase, universalidad de la Iglesia—, obliga a amoldar los ritos religiosos a las costumbres de esos pueblos, distantes unos de otros no sólo por su geografía sino por su espiritualidad. Y de conformidad con la vida civil y política de cada grupo; sin destruir con ello su unidad, la Iglesia reconoce nueve ritos: Latino, Caldeo, Bizantino, Abisinio, Armenio, Cóptico, Malabar, Maronita y Sirio; de los cuales, por ahora, solamente el latino y el Maronita están ejercidos por comunidades obedientes en su totalidad a la silla de Roma. Como en la actualidad, las Iglesias de Oriente, que mantienen el rito de darle la comunión a sus fieles en ambas especies: del pan y del vino; la Iglesia Latina, —léase Iglesia Católica, Apostólica y Romana—, no fue, sino, hasta el Siglo XV, que con buenas razones resolvió: que la Sagrada Comunión fuera administrada a los fieles, tan solo, bajo las especies del pan, y que los sacerdotes celebrantes lo hiciesen con ambas. Y se tuvo en cuenta para ello, no sólo el que en muchas ocasiones, al darle a beber el vino consagrado a los feligreses, se corría el peligro de que fuera derramado, sino, que la propia Iglesia, durante los primeros siglos de su fundación, así acostumbraba hacerlo, como que, cuando fuera huésped de las catacumbas romanas, solía administrar el sacramento, con particularidad a los prisioneros y a los enfermos, solamente con pan consagrado, y a los infantes, inmediatamente después del bautismo, con vino consagrado. Y se basaron los concilios para imponer esta restricción de que hablamos, en la fe, de que tanto en el pan como en el vino eucarísticos, se halla Jesús en una forma real y divina. Aquí cabe recordar a Tertuliano: "el sacramento de la Eucaristía lo recibimos en las reuniones y solamente de la mano de los superiores. Con esmero, procuramos, que no caiga nada del cáliz o del pan, al suelo"; porque, agrega: "el cuerpo, recibe el cuerpo y la sangre de Cristo para que también el alma se alimente de Dios". Hay un caso de excepción típica en que los fieles comulgan con ambas especies: cuando el Romano Pontífice celebra misa solemne, sus

ministros, —diácono y subdiácono—, comulgan con él, con pan y con vino.

¿No existirá, acaso, alguna contradicción, entre lo establecido por Jesús en Su Ultima Cena, la que fue anterior a su sacrificio en la Cruz, y lo enseñado por la Iglesia en la Misa que rememora aquel sacrificio?

Al conmemorarse, durante la misa, lo verificado por Jesús en Su Ultima Cena y tomar tal hecho como un sacrificio incruento en recordación al cruento del Gólgota; la Iglesia procede con toda lógica y de un modo racional. Es verdad, que en el Cenáculo, Jesús, al decir Su primera misa, solamente consagró las especies del pan y del vino, y después de darlas a sus apóstoles para que con ellas hincharan de fe su espíritu, les impuso hacer lo mismo en Su memoria; pero, tal acto tuvo dos objetos: fundar un sacramento nuevo, el propio de Su alcurnia: el de Su eucaristía; y hacer el ofrecimiento de un sacrificio distinto a los habidos hasta entonces, al Eterno Padre; o dicho con palabras más exactas, enseñárnoslo a hacer, entendiéndose por tal, de conformidad con las prácticas de la antigüedad, un rito religioso en honor a Dios, para la expiación de los pecados cometidos, en el cual se le ofrece una víctima la que ha de ser inmolada y hecha desaparecer.

La intención de Jesús en Su Ultima Cena, la de ofrecer un sacrificio, es evidente, tales sus palabras de dedicación, recuérdelas el lector: "Tomad y comed, éste es mi cuerpo el cual será dado por vosotros" (San Lucas); y "Bebed todos, ésta es mi sangre del Nuevo Testamento la cual será derramada por muchos para remisión de sus pecados" (San Mateo). Tales expresiones nos confirman el anhelo de Jesús, de ofrecer un sacrificio, místico es verdad, el cual al ser repetido sobre la piedra de los altares en forma mística también, no es sino porque El así lo dispuso: haced ésto en memoria mía.

Durante el curso de la historia, desde Adán y Eva, Caín y Abel y... al través de Jesús, hasta nuestros días, en que tantos hombres y mujeres han sido elevados a los altares por sus renunciaciones y por su virtud, la humanidad ha ofrecido sacrificios a Dios, unas veces de motu proprio, y otras, en acatamiento a sus mandatos, los que El mide y pesa con la balanza de Su justicia, de conformidad con la intención que ha guiado a los oferentes.

El Antiguo Testamento nos recuerda, que Dios, ordenaba a sus siervos sacrificar la flor de sus ganados y lo más preciado de los frutos de la tierra, los cuales eran abrasados en seguida por el fuego de las piras que consumían la ofrenda. Y Dios imponía aquellos mandatos, no porque deseara la destrucción o el aniquilamiento de cosas que fueran útiles al hombre, sino porque, como dueño y señor de todo lo creado, deseaba probarles a sus criaturas que aquello no les pertenecía, con lo cual los concitaba a la privación y los contenía en la avaricia.

Entre todos los sacrificios de que nos hablan los libros santos; después del de Jesús en el Calvario con el cual se benefició el mundo, el de Abraham es, a nuestro juicio, el que le sigue en mé-

rito, aun cuando no haya sido consumado en lo material. Piense el lector, cómo se atribularía el corazón de aquel padre ante el inocente reclamo de su hijo que ansiaba la víctima. "Dios proveerá", fue la respuesta del Patriarca; y efectivamente, Dios hubo de interponer su sabiduría y su poder cuando su siervo le demostró con hechos, que, si esa era su voluntad, allí estaba en holocausto la vida del tierno Isaac.

Y para recordar el sacrificio de los imitadores de Jesús, enmudezca nuestra lengua y entumézcase nuestra mano, pero hable por nosotros el gran escéptico: Voltaire, cuyo testimonio, en este instante, merece tanto precio como si fuese el voto del mayor de los teólogos. "El estoicismo, —dijo el revolucionario francés en una carta a su amigo D'Afembert—, no ha producido más que un Epicteto; en tanto, la Filosofía Cristiana, ha dado al mundo millares de Epictetos que ni ellos mismos sabían que lo eran, y cuya virtud llegaba al extremo de no conocerse a sí misma". Y en otra ocasión exclamó: "Fuera de Cristo, yo no conozco un filósofo que haya reformado las costumbres, no digo de su ciudad, pero ni aun las de la callle en que vive". Si Cristo hubiera sido un filósofo *tan solo;* su revolución moral-espiritual, esa revolución que lleva dos mil años de contínuo desenvolvimiento en el mundo y cuyo contenido, cuya trascendencia creadora y cuya virtualidad jamas se agota, no sería suya sino de otro que tuviera los atributos de Dios.

——— O ———

No obstante, que comprendemos que con un criterio netamente positivista no es posible explicar y tampoco entender el Misterio de la Eucaristía, por cuanto, si tal osáramos, la inmolación incruenta de la Hostia Inmaculada sobre los altares de Dios dejaría de ser un misterio para convertirse en una cosa vulgar, discutida y discutible como son las mercancías que se hallan en el comercio de los hombres; no obstante, sin abandonar del todo su procedimiento filosófico, vamos a tratar, vamos a procurar aprovecharnos, para ser más exactos en nuestro pensamiento, de la Filosofía Fundamental que es la Ciencia de las Ciencias, para darle cuerpo a nuestras ansias y valor integral a nuestros propósitos.

De modo categórico hemos dicho, que, frente a un criterio *meramente positivista,* no es posible explicar el Dogma de la Divina Eucaristía. ¿Por qué? Por la naturaleza misma de lo que en la dialéctica comteana, significa el concepto *positivismo.*

Bien sabemos que el Positivismo, como idea filosófica, es una cosa de ayer, que, si novedosa, surgida del... si privilegiado por su potencia creadora, también perturbado cerebro del matemático Augusto Comte, a mediados del Siglo XIX; y cuya doctrina, al igual como lo fuera en su tiempo el protestantismo de Lutero, que al no más nacer fue contradicho, fue subdividido hasta lo increíble y a su lado surgieron muchos protestantes que protestaron del protestantismo de este frayle agustino; así, tan pronto como Comte dió a luz sus ideas para caer en seguida atacado de perturbaciones mentales: simpatizadores suyos, de la robusta contextura intelectual de un

Maximiliano Pablo Littré, de un John Stuart Mill y de un Herbert Spencer, —entre otros—, se negaron a aceptar como definitivos o contundentes, los principios positivistas del que, en sus años mejores, no fuera sino un consagrado profesor de la Escuela Politécnica de París donde tratara de medirlo todo con el rasero exacto de la Aritmética Demostrada y de la Geometría del Espacio. Bien había dicho Descartes en el Prefacio de sus *Principios de la Filosofía,* que "la experiencia enseña que los que hacen profesión de filósofos, son frecuentemente menos sabios que los que no se han aplicado nunca a esos estudios;" para agregar en su *Discurso sobre el Método,* que "los sentidos nos engañan algunas veces..." Si los fanatizados todavía por las ideas de Augusto Comte, aunque, dicho sea de paso, "La Filosofía Positiva carece en la actualidad de partidarios exclusivistas", —Salvat—, se sintiesen un tanto golpeados por la seguridad de nuestros argumentos; para el alivio de sus contusiones morales, los concitamos a hacer una comparación entre la talla intelectual de su filósofo académico, ya como científico, ya como genio y ya como conocedor de todas las cosas, y la de Renato Descartes.

Y, decimos, que no podrá explicarse jamás el Misterio de la Eucaristía mediante los recursos que nos ofrece el Positivismo, antes bien, este sistema lo niega, por esta sobrada razón: porque, para esa Escuela, el objeto de la Ciencia *es lo positivo; son los hechos y son las leyes*: aquéllos, como fenómenos que apreciamos mediante los sentidos; y éstas, por la relación que unos hechos tienen con otros. Y como *los hechos* entre sí y *las leyes* que los engrampan, no dan a comprender al hombre, sino *lo relativo* que relacionan y descubren, por la misma extensión limitada de los sentidos que se impresionan de ello, "los que nos engañan algunas veces "; el Positivismo carece, en verdad, de principios básicos y, por tal, durareros, para proponer, discutir y resolver; por cuanto, para que exista la filosofía pura y ésta muestre al hombre el sendero inequívoco que conduce a la verdad, es menester que las leyes en que se funda, sean *generales,* ésto es, que resuman las en que se encuadran los hechos verificados; que se obtengan conclusiones verdaderas con relación a la causa de todas las cosas, sin supeditación a lo relativo, porque, de esa manera, cualquiera existencia que con auxilio de la Lógica imaginara el hombre, considerada más allá de los fenómenos sensibles que ha observado aún cuando su singularidad fuera evidente, carecería de exactitud su proporción, y la Metafísica que de ello se ocupara pasaría a la categoría de quimera o de un cuento sin argumento concreto.

Para los positivistas, *la observación de los sentidos seguida de la experiencia,* son los únicos caminos denominados de la generalización, que acercan *al razonamiento inductivo* de toda noción y de toda hipótesis. Para ellos, el conjunto de cuerpos a su vez formados de moléculas regidas por las fuerzas que obran en ellas, por lo cual todo se adviene por combinaciones posteriores de la materia en gracia a las leyes mecánicas puras, constituye el mundo; cuyo conjunto establece *el progreso* y determina la evolución, ésto es la formación gradual y sistemada de la existencia, yendo de lo simple a lo compuesto: del mineral surgió la planta; de la planta, el animal; y del animal, el hombre, al que hay que estudiarlo en seguida

desde el ángulo de la *Biología* o Ciencia de la vida en general o de los seres vivientes, en cuyo recipiente no hay cabida, virtualmente, para la Botánica, la Zoología, la Paleontología, la Antropología y... menos aún, para la Psicología que es la ciencia del pensamiento. Y como todo en el hombre es Biología según el Positivismo; el pensamiento, y con éste la memoria, el entendimiento y la voluntad, no son sino un conjunto de fenómenos físico-químicos donde no cabe admitir una fuerza distinta de la materia; y como ésta se da a sí misma en las circunstancias convenientes: de este fárrago de ideas, resulta, que el pensamiento es una forma de la vida, y la vida, una forma de la materia. Para los positivistas no existe el alma. La moral no es sino un capítulo más o menos concreto de la Sociología. El Derecho, otro capítulo de utilidad específica para los hombres que viven en sociedad. Y como la Civilización que es un capítulo más, no tiene otro fin que el de fundir a todas las naciones en una sociedad única; la Religión no determina sino un reducido párrafo que alude al culto de la Civilización. Como filosofía, el Positivismo no es sino la angosta tabla sobre la que un matemático frío cree haber resuelto, mediante el concurso de unos cálculos aritméticos, todos los problemas vitales; o la mesa de mármol donde un físico ausculta entrañas o diseca tejidos y la vida refleja su fin. O, dicho con pocas palabras, el entarimado falso donde lo mecánico se supera cada vez más a si mismo, y arroja al rincón de los desperdicios, al Espiritualismo, cuyo principal predicado es reconocer la inmortalidad del alma desde el momento en que el hombre no es solo materia, sino *soma* y *espíritu;* si es que no sienta bases de la existencia de otros seres, fuera de los materiales. Augusto Comte vino a contradecir de una plumada, las verdades que desde su catedra magistral esbozaran Platón y Aristóteles, y a las que el Divino Rabí de Nazaret les dió vitalidad radiante con los actos de su vida evangélica. Por todo eso, no podremos afirmar el Misterio de la Divina Eucaristía, mediante los elementos que exprofeso detalla la Filosofía Positiva; como tampoco podría definir los rayos del sol el que no los conociera o estuviera sentenciado a laborar bajo la tierra. Augusto Comte no fue original en sus ideas filosóficas; y para recordarlo, traigamos a cuenta las frases de Balmes, cuando aludió a dos especuladores de la Escuela Jónica que corrompieron los principios asentados por su creador, Tales de Mileto: "Tanto Anaximandro como Anaximenses, se parecen bastante a ciertos filósofos modernos, que se distinguen por sus talentos matemáticos y son pobres en todo lo relativo a las altas cuestiones ideológicas y psicológicas. Todo lo referían a los sentidos: lo que no se podía medir geométricamente, era ilusión; así llevaban a los espíritus por un camino de error y de tinieblas". A ellos se podría aplicar también el dicho de Cicerón: "Nada veían con la mente; todo lo juzgaban por los ojos..." Y, conste, que Balmes, a causa de su muerte prematura, no tuvo tiempo de conocer la Escuela ideada por Comte.

— O —

Si no podremos llegar jamás a una conclusión definitiva acerca de *Jesús-Eucaristía* con el auxilio, tan solo, de los filósofos positivistas, copiadores en mucho del pensamiento de Demócrito que da-

ba un sentido torcido a las causas naturales, y que por eso, deliberadamente niegan aquel misterio, pues su acto no encuadra a su observación personal; en cambio, tampoco podremos prescindir de la filosofía en general: de esa Ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas, como la definia Cicerón; ciencia, que no obstante su grandeza y el justo título con que gobierna el pensamiento, ha tomado para si, desde Pitágoras, una denominación tan humilde, para buscar el camino de esa verdad que anhelamos, ya que, "donde hay un hombre que piensa sobre un objeto, inquiriendo su naturaleza, sus causas, sus relaciones, su origen y su fin, allí hay un filósofo" o un amante de la ciencia; como también, "donde hay dos hombres que se comunican recíprocamente sus ideas; que se ilustran o se contradicen; se ponen de acuerdo o disienten; allí hay discusión filosófica".

Frente a esta manera de pensar nuestra, sin temer a las discusiones, pero tampoco engolfándonos en la arrogante soberbia del que se considera capaz de confundir con sus dictados a los demás: cada cual es libre de pensar lo que le place y proclamar la filosofía que desea; pero, eso sí, ratificando, que nos sentiríamos afectados por la crítica de determinados pensadores, que, si por congraciarse con los practicantes de la Fe Católica, trataran aparentar agradarles más nuestro medio de exponer las cosas, que su propia filosofía, parodiando en eso al propio Cicerón; con toda humildad, pues, al reconocer nuestra incompetencia para inquirir con ventaja sobre las cosas de Dios, vamos a aprovecharnos de los recursos que nos ofrece la filosofía sin sofismas para tratar de comprender, para nuestro solaz íntimo, el augusto Sacramento de la Eucaristía de Jesús, apoyándose para ello, en los dos puntales más seguros que jamás pudieron estar mejor a nuestro alcance moral: el pensamiento del Paganismo pre-cristiano con todas sus inquietudes racionalistas; y el del Escolasticismo Tomasiano que dió a luz la Suma Teológica; a cuyo final resolveremos por nuestra propia cuenta lo que nos competa como conclusión.

La existencia de Dios no habrá de ser considerada ahora, por nosotros, bajo el ala moral de las Sagradas Escrituras. Ya sabemos la verdad de lo que ellas relatan. Nuestra creencia en Dios habremos de analizarla, tomando como argumento el dicho espontáneo de los paganos y de los idólatras.

La China antigua nos da testimonio de esa creencia, como que Laokiun, anterior a Confucio que a su vez creía y adoraba a la Divinidad, ésto nos lo dice la historia, se expresaba de la misma manera a como lo hiciera después el propio Platón. Y Lao Tse, filósofo de aquellas tierras también, nos relata: "antes del caos que ha precedido al Cielo y a la Tierra, existía un Ser sabio, solo, inmenso, silencioso, inmutable pero siempre activo: ésto es la madre del Universo. Yo ignoro su nombre, pero le significo por la palabra *Tao*: razón primordial e inteligencia creadora del mundo".

Los persas de Ciro reconocían la existencia de un Ser Supremo, eterno, infinito, fuente de hermosura, origen de la equidad y la justicia, sin socio ni igual, existente y sabio por sí mismo, hace-

dor de todas las cosas. Analizando, el filósofo Jaime Balmes esta manera del creer asiático, dice: se descubren en el Send-Avesta, los vestigios de las tradiciones primitivas: los dogmas de la Unidad de Dios, de la creación, de la inmortalidad del alma, de los premios y los castigos en una vida futura; siendo notable que se encuentre en el mismo error de la dualidad de sus principios, el rastro de lo que enseña nuestra religión sobre la rebeldía de algunos espíritus y sus luchas con los que permanecieron sumisos a la voluntad del Creador.

Tales de Mileto creía en un Ser Supremo: "el agua es el principio de todas las cosas, —advertía—, pero Dios, la Inteligencia que lo ha formado todo del agua".

Pitágoras no era ateo, como que admita una Gran Unidad de la cual dimana el mundo.

Jenofontes el panteista, si tenía por Dios al infinito, también lo consideraba como un Ser inteligente.

Y toda esa serie de filósofos helenos que precedieron a Sócrates, todos creían en algo superior, inteligente y sabio.

Los sofistas mismos, aquéllos que impusieron la cicuta a Sócrates, quien a su vez creía en un Ser infinito y rendía culto a la moral; retóricos que en las alternativas de su pensamiento protendían conocerlo todo y que de todo hablaban como lo hacen ciertos filosofastros del Siglo XX; solamente ante la frase del maestro: "una cosa sé, y es que no sé nada", amainaron su soberbia y frenaron su insolencia, si... aquél de quien recibían sus enseñanzas, nada sabía, ¿qué cosa completa iban a conocer ellos...?

Viene a la vida el semi-divino Platón cuyo sobrenombre expresa bastante la admiración tributada a su genio, pues ningún filósofo ha llegado a respetabilidad más alta que la suya. Platón cree en la inmortalidad del alma y trata de definirla; y cree también en la sanción de la conciencia y en su origen divino; señala premios y castigos en la vida futura y hace consistir la virtud en la imitación de Dios quien, al discernir de Tulio, si ese Dios quisiera el lenguaje de los hombres, emplearía el de Platón.

Y... toca su turno a Aristóteles de quien Alejandro Magno se atrevió a decir: "si debo la vida a mi padre, a mi maestro el vivir bien". Ya vamos a referirnos a este filósofo.

——— O ———

Si aún en las fuentes paganas encontramos que el principio de todas las cosas radica en Dios; ¿por qué no robustecer nuestra fe, los hombres de hoy, siquiera mediante los recursos tan débiles que nos brindaran aquéllos del pre-cristianismo; y por qué regatearle facultades y negarle poderes a ese Dios Todo Poderoso, decreciéndole atributos en la plenitud de nuestro siglo?

En otro orden de cosas, y fuera, naturalemnte, de lo que nos relataran profetas del Antiguo Testamento acerca de la venida del Mesías, siendo nuestro Jesús de Nazaret ese Mesías prometido por-

que en El se cumplieron todas las predicciones hebreas; y fuera, también, de lo que nos dijera de palabra el propio Salvador de los Hombres acerca de su Eucaristía; en Aristóteles encontramos el primer argumento filosófico definitivo, relativo a la racionalidad de la *transubstanciación* llevada a cabo por Cristo-Dios, en la noche de su Ultima Cena, y repetida sin interrrupción, en memoria suya, sobre el ara del altar católico; así como también encontramos la fuente lógica alusiva a ese milagro.

Con su decálogo, Aristóteles; mejor llamémosle con el nombre que él mismo le diera: con sus *categorías* o dictados filosóficos; esa serie de postulados y de principios es con la que quiso explicar el maestro, la variedad de las formas universales que la actividad intelectual engendra y que se aplica a los sujetos. *La substancia*, es la primera de esas *categorías*, siendo otras, *la cantidad, la cualidad, la acción, el lugar, el tiempo*, etc., etc., no importándonos por ahora recordar el nombre y la situación ordinal de las restantes. Y, al efecto, decía Aristóteles: *hay en nosotros, dos especies de conocimientos: uno inmediato, otro mediato. El primero se refiere a los principios o axiomas, verdades demostrables, a que el entendimiento asiente sin necesidad de prueba. El segundo tiene por objeto los verdades ligadas con los axiomas y cuyo enlace no se nos ofrece a primera vista, sino que necesitamos sacarle por el raciocinio.* Con los mismos argumentos de Aristóteles, nosotros argüimos a los que a priori niegan el milagro de la transubstanciación de Jesús, Dios y Hombre verdadero, de esta manera: *aquí tenemos una verdad evidente, un axioma que, como conocimiento inmediato*, es una verdad demostrable y demostrada, a la que asentimos sin urgencia de prueba: Dios, todo poderoso, infinito y sabio, existe, y nadie más que El es el creador de todas las cosas, y por consiguiente, como obra de sus manos, existe la substancia, la que "hace ser y... ser tal cosa" a la materia. Como tal creador, Dios puede substituirle a la materia una substancia por otra, sin tener que recurrir a los secretos de los laboratorios. *Ahora vamos a la consideración del conocimiento mediato.* Tenemos el axioma: el poder ilimitado de Dios. La transubstanciación de Jesús no puede ofrecérsenos a primera vista porque dejaría de ser misterio; pero, no por tal, deja de suceder porque en sí encierra un mandato de Dios —Jesús es Dios— que no puede engañarse ni engañarnos. Entonces, para comprenderla, estamos urgidos de raciocinar: Dios lo quiso, pues lo hizo, como afirmaba también el Angélico Doctor, agregando a ello, la fe en la palabra de Dios. La presencia de Nuestro Salvador en la Eucaristía, no es una cuestión humana y menos vulgar: es sacramental; de ahí que sin su potestad divina Jesús no podía fundar su Sacramento. Y si El está allí, no es para satisfacer nuestros sentidos corporales, sino, lo repetimos, para colmar nuestra fe; presencia real y definitiva que contiene íntegros el cuerpo y la sangre, el alma y la divinidad suyas, de la misma manera como se halla en los cielos al lado del Eterno Padre y estuviera en la tierra durante su vida mortal. Es el raciocinio el que nos dicta, que en las especies consagradas por el sacerdote católico, si los accidentes materiales subsisten sobre aquellas especies, la substancia es otra: ya no es pan ni es vino lo que se encuentra sobre el ara del sacrificio sino es la carne y es la sangre de Jesús. Es el conocimiento *mediato* que exigía Aristóteles el que hemos de aplicar

a nuestro juicio. Sin la potestad divina de Jesús éste no pudo obrar el milagro de la Eucaristía, potestad que le hacía ser Dios. Una vez fue preguntado Juan Jacobo Rousseau sobre la posibilidad de los milagros; expresándose entonces este apóstata protestante en el que tanto apoyan sus ansias los escépticos y los enciclopedistas, en su carta tercera en la montaña: "¿puede Dios hacer milagros, es decir derogar las leyes que él mismo ha establecido?" respondiéndose en seguida: "esta cuestión, seriamente tratada, sería cuando menos impía y aun tal vez absurda. Quien la resolviera negativamente, fuera digno no solo de castigo sino también de universal desprecio". Indudablemente, Rousseau, para su discurso tomaba en cuenta a Aristóteles y recordaba la necesidad de hacer uso del raciocinio...

Cuando Aristóteles trata de imponer su propio pensamiento con el fin de desbaratar la creencia de Demócrito que afirmaba que la materia es un conjunto de átomos tan solo; como nos lo advierte un clásico: *"escogió su materia y su forma* y con ellas se propuso explicar el mundo". El filósofo llamaba "forma" a la "substancia". Escuchemos ahora lo que nos dice al respecto: *la materia por sí sola no es el cuerpo, pero es un principio que entra en todos los cuerpos; carece de actividad, pero, en cambio, es una potencia universal destinada a recibir todas las formas. La materia existe, más, no sola, en cuanto está unida a la forma QUE LE DA EL ACTO y junto con ella constituye la naturaleza. La forma, —la substancia—, es lo que actúa en la materia, la que uniéndose a ella la hace ser y... ser tal cosa. La forma no existe separada de la materia: ella en sí, no es más que acto de la materia de la cual necesita como de un fondo, de un substratum donde se asiente y a que comunique su actualidad. Esta es la que se llama substancia, a diferencia DE LAS ACCIDENTALES, que consisten en cierta disposición de las partes o en otras modificaciones que no afectan la íntima naturaleza del cuerpo. La tierra combinada con otros elementos, da una planta; ésta, se transforma en madera; ésta, en carbón, éste, en áscua; ésta en ceniza,* o *fondo común que va pasando sucesivamente por las naturalezas de tierra, de planta, de carbón, de fuego, de ceniza, que ES LA MATERIA. El acto que da a esa potencia la naturaleza en que se va convirtiendo, ES LA FORMA SUBSTANCIAL. El resultado es el cuerpo. Sin alterarse la naturaleza de la madera, es capaz de recibir la figura de escaño, mesa* o *silla; puede estar en quietud* o *en movimiento: húmeda* o *seca; caliente* o *fría. Estas modificaciones se llaman accidentes* o *formas accidentales: a DIFERENCIA DE LA SUBSTANCIAL, QUE LLEVA CONSIGO LA NATURALEZA NUEVA.*. Y concluye el filósofo: *los cuerpos, aun suponiéndolos con una disposición idéntica de partes, se distinguen por sus esencias particulares que resultan de la respectiva forma substancial.*

Para la finalidad que nos proponemos, aprovechémosnos, en primer término, del pensamiento aristotélico y asistamos en espíritu y en voluntad, tanto a la mesa de Jesús a la hora de su Ultima Cena, como al instante en que el sacerdote católico ,facultado suficientemente para ello, repite, en memoria de "aquél por quien fueron hechas todas las cosas', las palabras de la consagración. No lo olvide el lector: el apoderado, —el sacerdote católico—, tiene facultad para hacer lo que le previene su poderdante, —Jesús—, quien le ordenó hacer "ésto", en memoria suya.

Frente a Jesús y frente al oficiante católico se hallan dos cuerpos: pan de trigo y vino de uvas; ambos, constituidos por un idéntico principio universal: la materia, y activados por una substancia diferente que los hace ser, al uno, pan, y al otro, vino. De sus accidentes no nos ocupemos, pues como afirma Aristóteles, no afectan la naturaleza íntima de los cuerpos.

Jesús dice: "ésto es mi cuerpo"; "ésto es mi sangre"; y el sacerdote católico, en memoria de aquél que apaga y enciende el día, como su ministro ejecutor, repite sobre el altar de Dios: "ésto es mi cuerpo"; "ésto es mi sangre".

En ambos casos, no se han alterado ni en lo milésimo de una línea, las leyes de relación de todas las cosas y de conservación de todos los objetos. La materia, por lo mismo de constituir un principio absoluto, inactivo por sí solo, pero capaz de recibir todas las formas, ésto es, todas las substancias; por virtud del mandato de Aquél que tiene autoridad para obrar así, ha dejado de ser pan y ha dejado de ser vino, para convertirse en el cuerpo y en la sangre del Salvador del Mundo; ésto es, ambas especies han sufrido una transformación y vienen a constituir una naturaleza nueva; transformación por transubstanciación que no alteró a la materia, que no la dejó aislada ni sola, pues tan pronto como le fue desplazada la substancia vegetal que le daba cuerpo, tomó su sitio la substancia divina de Jesús que la estructuró en un cuerpo diferente: en el Suyo. ¿Se nos dirá, que la transformación por transubstanciación de las especies de pan y de vino, al elevarse a Sacramento, no las contempla el sentido? Claro, si es misterio; si es milagro; si es sacramento para repetirlo con su propia palabra, todo lo cual es operado, es verificado por el único que tiene poder, autoridad y voluntad para verificarlo. Es un acto que se mira con la mente; que no se juzga por los ojos, como afirmaba Cicerón cuando adversaba la conducta de los postivistas de su tiempo; es un acto cuyo conocimiento es mediato y necesita del raciocinio para comprenderlo, como afirmaba Aristóteles a aquéllos otros que ignoraban la manera filosófica de comprender las cosas.

¿Quién no ha visto un disco de fonógrafo? Todos lo hemos visto. Pues bien, un buen día, una porción de materia escogida ad-hoc por un científico, fue sometida a determinado proceso, científico también, y captó la voz de un cantante ,la oración de un tribuno o las armonías de un concierto musical, para cuyo acto, la substancia de la voz, de la palabra hablada y de los sonidos musicales, desplazaron, para tomar su lugar, a la substancia específica que activaba aquel disco de caucho y cuyo nombre particular no nos es dado calificar ni nos interesa hacerlo; substancias que se quedaron allí sin alterar los accidentes de color, peso, sabor, etc., que siempre le han sido y son. ¿Qué éste es un milagro de la ciencia? No lo contradecimos, así es; pero, lo otro es un milagro del Amor de Dios, que no porque no lo palpamos con los sentidos, hemos de rechazarlo, cuando, quien nos aseguró su realidad, fue Jesús de Nazaret, Dios y Señor de cuanto existe.

—— O ——

Ahora apoyemos nuestro espíritu e inclinemos nuestra fortaleza moral ante el autor de la Suma Teológica, Santo Tomás de Aquino, llamado con tanta propiedad *El Angel de las escuelas,* —filosóficas—, porque las conoció todas y porque, si con gran talento captó el fondo moral y el valimento científico de cada una de ellas, también supo comprenderlas y explicarlas hasta llegar a esta conclusión: que la fe no está reñida con la razón, y que ésta, para prevalecer en su discurso, bien puede apoyar sus bases en aquélla.

No necesita el sabio napolitano, Tomás de Aquino, una alabanza nuestra para acrecerse en mérito. Mas, para darlo a conocer a los que viviendo todavía su pensamiento en los siglos XI y XII, si es que fuera posible que hubiera alguien que no tuviera noticias exactas de él, baste repetir lo que en su honra dijera Víctor Cousin, nada menos que el fundador en los tiempos modernos, de la *Escuela Ecléctica,* aquella planteada en el Siglo III por Potamón de Alejandría y relativa a asegurar que "el mejor procedimiento para alcanzar la verdad, es hacer la elección de lo mejor de cada doctrina, pero con sano criterio y buen discernimiento". Cousin opinó de Aquino, en esta forma: *es uno de los más grandes monumentos del Espíritu Humano en la edad Media,* —inigualado en la Moderna y en la Contemporánea—, *y que contiene, a más de una alta metafísica, un sistema completo de moral y de política.*

No vamos a entretenernos en cuestiones ajenas al fin que nos proponemos: o sea establecer según nuestra manera de raciocinar, que la transubstanciación de Jesús, que es un asunto de fe, no está en pugna con la filosofía; antes bien, vamos a considerar que en gracia a ella puede llegarse a aceptar, con lógica para el entendimiento humano que, sin rechazarla a priori, por fuerza de la necesidad y si se discute como filósofo, tendrá que reconocerse su existencia porque no es una cosa imposible su imposición. De ahí que sólo analicemos el punto tocante a las cosas por su origen; a la esencia de los cuerpos y las mudanzas que éstos pueden sufrir; argumentos suficientes para la finalidad que nos impusimos.

——— o ———

Tal y como lo hiciera Aristóteles, Tomás de Aquino admite como base de su pensamiento para demostrar la esencia de los cuerpos, estos dos principios: *la materia prima* y *la forma substancial.*

La materia prima, "es el primer principio pasivo del mundo corpóreo, un sujeto enteramente indeterminado que nada es si no lo *reduce* en acto la forma substancial. Esta forma, esta substancia para mejor concreción de nuestro pensamiento, es el principio que da *a la materia* su actualidad, ésto es, su estado de presente, contrayendo su indeterminación *a ser tal o cual especie de cuerpo".* "La materia prima como tal, en cuanto es, es pura potencia; es capaz de recibir *todas* las formas substanciales, pero no puede estar sin una u otra".

Nuestro análisis. No debemos ni podremos dejar de aceptar, antes bien, cabe asegurarlo, que tanto sobre la mesa de Jesús en la

noche de su Ultima Cena, como sobre el ara de los altares de Dios bajo el ala moral de la Iglesia Católica, las especies de pan y de vino, antes de ser consagradas, poseen, como principio, una materia prima que es parte de la porción universal sobre la que están edificados los mundos, con un estado de presente definido: de pan de trigo y de vino de uvas, dado por la substancia que así las erigió. Nadie puede, pues, dudar, que Jesús tuvo frente a sí antes de pronunciar sus trascendéntales palabras: "ésto es mi cuerpo" y "ésto es mi sangre", un trozo de pan y un poco de vino; como, pan y vino legítimos usan los sacerdotes católicos en el sacrificio de la misa y así lo repiten en memoria suya.

Continúa Santo Tomás. *La materia tiene partes y es divisible, porque tiene la cantidad, por manera que si se la separase de ésta, sería indivisible.* Recuerde el lector, que la *cantidad* que es una concepción puramente humana, es la segunda de las *categorías* citadas por Aristóteles con el fin de explicar las diversas formas intelectuales que la actividad engendra.

Nuestro análisis. El pan y el vino elegidos voluntariamente por Jesús en aquel memorable Jueves Santo, y el pan y el vino elegidos por imposición del mismo Jesús, por los sacerdotes católicos en el instante de decir la misa: como materias específicas actualizadas por la substancia que les es propia, son divisibles en su *cantidad,* no en su "cualidad" que es la cuarta categoría de Aristóteles. De manera, que al partir esa materia, Jesús, para repartir sus porciones entre los apóstoles; y al dividirla en pedazos y darla a comer a los fieles el Sacerdote, la cantidad ha quedado fraccionada, ésto es, lo sujeto al poder humano, mas no su cualidad, porque la misma materia *perfecta* y la misma substancia *perfecta* existen en el todo como en una de sus partes. Si *cantidad* es la "propiedad de cualquier cuerpo en cuanto está sujeto a número, peso o medida"; *cualidad,* no es sino "la propiedad natural de cada cosa por la cual se distingue de las otras". De esta otra manera, pan y vino son los trozos de mayor volumen, como, pan y vino, sus porciones menores, sin que en unos haya mejor o peor materia, sino la misma materia; ni en los otros una substancia dividida sino la misma substancia, porque si tal aconteciera, lo que es único en sí, dejaría de serlo alguna vez.

La forma, —la substancia—, dice el Angel de las Escuelas, aunque sea el acto, —lo presente— de la materia, no es un presente puro: su fuerza de actualizar la cosa, por decirlo así, es relativa a la constitución de la especie corpórea, dando a la materia el ser tal o cual cuerpo, como agua, aire, fuego, tierra; pero ella, en sí misma, es una potencia con respecto al ser, pues en todos los seres finitos se distingue entre la esencia y la existencia. El ser acto puro en que la existencia se identifique con la esencia, sólo conviene a Dios.

Y aseveramos nosotros, aprovechándonos de las propias palabras del filósofo. De aquí resulta que en las cosas materiales hay una doble composición, —traigamos como ejemplos, el pan de trigo y el vino de uvas—, *la de materia y forma;* y *la de naturaleza* y *ser.* La materia y forma unidas, constituyen la esencia, o sea la definición del cuerpo. Pero esta esencia no incluía en sí propia, el último acto, que *es el ser.*

Indudablemente, el eminentísimo frayle domínico Tomás de Aquino fue aún más allá de donde había llegado Aristóteles. Era necesario el *ser*, la existencia real, para poder distinguir un cuerpo de otro: el pan, del azúcar; y el vino, de la miel; de donde se deduce que hubo urgencia, hubo necesidad de que alguien acondicionara a la materia, la porción de substancia necesaria que individualizara a nuestra vista los cuerpos distintos; y ese trabajo no podía sino estar encomendado a un Dios todo poder y toda voluntad.

La materia es *determinada* por la substancia; y la substancia, limitada por la materia. Esto nos lo dice el propio filósofo cuando agrega: la materia abstraída de la forma, es *una pura potencia,* —potencia pasiva—, susceptible de todas las formas; y la forma o substancia abstraídas de la materia, *es un acto* —potencia activa—, que puede unirse a cualquiera situación de materia, dándole el ser de una nueva especie. *Nosotros comentamos.* Si *potencia* es toda facultad capaz de ejecutar alguna cosa o de producir algún efecto; y *acto*, el hecho o la acción; lo que diciédolo con otras palabras puede definirse, como la acción de obrar, o la fuerza —moral o física— con que un cuerpo obra sobre otro y el efecto producido por la misma; es indudable que Jesús, a la hora de su Cena Pascual, tuvo la capacidad de actuar como lo hizo, pues El era la Potencia suma; y de cambiar el ser del pan y el ser del vino, en su propio ser, pues en El radicaba además de su poder, su decisión, su voluntad infinita de hacerlo.

A nuestro entender: la memoria, el entendimiento y la voluntad constituyen la substancia del alma, porque son potencias, facultadas por el Creador, para ejecutar actos verdaderos con efectos específicos, que por faltarles una materia que las actualice, que las haga presentes y tangibles a nuestros sentidos corporales, no se ven pero se palpan en sus resultados, sobre la extensión de nuestro soma. Por eso el alma es espiritual, porque carece de forma, y no se ven esas potencias porque son activas no obstante que no hay quien pueda negar su realidad en los efectos de la memoria que almacena los conocimientos; del entendimiento que los guía, y de la voluntad que los detalla e individualiza. En el ser humano, es el alma individualizada por sus tres facultades inmortales, la substancia que jerarquiza su ser y ofrece su presente: el ser físico, al individuo, a la persona, al hombre, cuya individualidad está formada, a su vez, por materia y substancias particulares, sintiéndose sus efectos en esta materia y en estas substancias finitas a la que le prestan figura y le dan el ser.

Ya vimos con Aristóteles, que los cuerpos son susceptibles del cambio; y no podía suceder de otra manera, si ésta es una ley general que, con otras, rige el universo, desde aquel "Fiat Lux", memorable, hasta que se hunda en las tinieblas la última lumbre celeste; y ya vimos que de la tierra surge la planta, y que ésta puede modificar su substancia de diferente manera hasta convertirse en ceniza. El frayle napolitano de Aquino, al referirse a este punto, contempla "las mudanzas en las cosas", las cuales "se hacen por transformaciones o cambios de substancias", no de materia; advirtiendo que "dos de estas formas substanciales no pueden estar a un mismo

tiempo en un mismo compuesto", "de lo cual resulta que cuando se adquiere una, la otra se pierde". Ya lo vimos: la substancia de la tierra no es la misma ni es igual que la de la planta, y la de ésta, que la del ascua o la de la ceniza. Y cuando analiza concretamente el filósofo, "la mudanza" de los cuerpos o cambio de su substancia", nos lo advierte así: "una cosa deja de ser: o porque la forma se separa de la materia, o porque pierde la existencia misma. Lo primero, es corrupción, lo segundo, aniquilamiento. Y nos advierte categóricamente: "la materia, al perder su forma, su substancia, no muere pues le viene otra en seguida; no puede existir sin alguna forma substancial".

Acoplemos esta manera admirable de discernir del filósofo, a la sublime, humilde finalidad que nos provonemos. Los cuerpos están sujetos al cambio, se nos dice. Jesús no varió ni modificó esa ley universal en el momento de la transubstanciación de su ser divino, en el ser formal del pan y del vino que había elegido para ella. Antes por el contrario, se sujetó a lo que ya era ley de la naturaleza: no desplazó la materia, sino solamente la substancia.

Y tampoco operó un milagro que no pudiera ser racionalmente aceptado y con sumisión teologal comprendido por sus amigos íntimos, como que no substrajo la substancia del pan y la substancia del vino y dejó aislada su materia, sino que, inmediatamente que apartó aquéllas, las substituyó por otras: por las suyas.

Si de tal manera lógica no hubiera procedido El Salvador, aniquila aquel pan y destruye aque vino, haciéndolos desaparecer, corrompiéndolos o creando unos nuevos; acción que indudablemente habría sido tomada por los apóstoles que todavía no lo conocían, como un malabarismo, o un procedimiento de astucia, si no como burla manifiesta. Pero no; Jesús dijo, "esto es mi cuerpo", a sabiendas de lo que ejecutaba y que lo que ejecutaba, si es verdad que era un milagro y entrañaba un misterio, su acto no iba contra la razón. Mudó la substancia vegetal habida en la forma inmaculada de un pan de trigo, por la substancia divina de su cuerpo igualmente inmaculado; y conmutó otra substancia, vegetal también, la que formaba un vino sin contaminación de otros cuerpos, fruto puro de la naturaleza universal, por la substancia de su sangre, pura también y sin contaminaciones de pecado, como que procedía del tronco eterno de la sabiduría de su padre que está en los cielos. Jesús, fue lógico: no obró por encargo ni procedió con sujeción alguna a las reglas de la química que ya se conocían en su tiempo. Por el imperio de su voz, unas substancias: la del pan y la del vino, fueron desplazadas, fueron perdidas para el trozo de materia que jerarquizaban, que actualizaban, y si lo quereis lector, como nada se pierde sino todo se transforme, esas substancias fueron incorporadas otra vez en la substancia universal; para adquirir inmediatamente aquellas porciones de materia finita, la substancia divina e infinita desde entonces: El mismo.

También fue lógico Jesús cuando resolvió dejar intactos los accidentes del pan y del vino consagrados, aun cuando bajo de esos accidentes se substanciara su naturaleza divina. Si en el acto de

su consagración, Jesús destruye los accidentes materiales que tenía enfrente; la mesa de su última cena, antes que ara santa donde pontificaba el más augusto de los prelados y el santo de verdad entre los sacerdotes, se habría convertido en un escenario espectacular, en donde lo que era había dejado de ser, y los sentidos corporales que lo atestiguaban, entraban en confusión. Sin duda alguna, la corrupción que nos señala el filósofo, habría sido la consecuencia de aquel acto. Pero, no. Jesús conservó sobre aquellas especies a las que incorporaba su pensamiento y substanciaba Su Ser, su color primero, su peso, su sabor y su cualidad tangible. Y los apóstoles entonces y el hombre de buena voluntad en el correr de los siglos: con los ojos de la fe o como dijera Cicerón: "mirando con la mente"; o como advirtiera Aristóteles: "sacado por el raciocinio", contemplaron y contemplan el milagro de la transubstanciación el que ha sido aceptado, ponderado, creído y adorado en el decurso de los milenios. A los positivistas empedernidos que niegan la transubstanciación verificada en los altares, tan solo porque no la ven de manera material, yo les recordaría el pensamiento del filósofo Juan Roscelín, cuando, erigido en el Jefe de los *nominalistas*, dijo un día: "El hombre, para adquirir sus conocimientos, —conocer es saber— necesita sentidos, *pero tiene ideas de muchas cosas superiores al orden sensible, y aun las mismas que pertenecen a este orden* las conoce bajo razones generales que no corresponden a la jurisdicción de las facultades sensitivas, externas ni internas".

Nos falta considerar una cuestión final: la relativa a explicar, si *la actividad* contenida en las especies de pan y de vino consagradas por Jesús, al igual que las consagradas por el sacerdote católico en memoria Suya, persiste, una vez consumado el acto. Recordemos que la actividad, —acción—, es la quinta de las *categorías* aristotélicas.

Vamos a resolver este extremo haciendo uso también de las palabras de Santo Tomás de Aquino, para terminar con una declaración, la más solemne de todas hecha por Godofredo Guillermo Leibnitz, filósofo alemán, protestante, pero sin duda alguna el más sabio y original de los pensadores teutones durante la edad contemporánea.

Dice el angélico doctor, que "los cuerpos así como por su forma substancial tienen un acto, están dotados también de verdadera *actividad*". Como buen escolástico, Santo Tomás, al contemplarlo en esta objetividad, con el Padre Jaime Balmes decimos que no podía ser ocasionalista. En efecto, la actividad de que nos habla aquel filósofo, él mismo nos la demuestra en esta forma: "está radicada en la forma substancial, pero su ejercicio se verifica por medio de formas accidentales, cualidades, que por ser muchas veces ignoradas, se llaman *ocultas*. Así, en el fuego, el calor no es la forma substancial, sino accidental", como la acidez en el vino y la suavidad en el pan, tampoco son formas substanciales sino accidencias. El calor es el *instrumento* de la substancia del fuego, para elevar la temperatura, como la acidez del vino y la suavidad del pan, *instrumentos* de su propia substancia para impresionar el gusto. "La acción —actividad— de unos cuerpos sobre los otros, no se ejerce por el solo movimiento local, sino por la *educación* —la acción de sacar una cosa

de otra— de la potencia al acto". "La idea dominante de esta manera de resolver este problema, es establecer que el mundo físico *no se explica por la mera extensión,* sino que examinada la naturaleza corpórea en el tribunal de la metafísica, reclama la actuación de actividades y fuerzas que no pueden medirse por simples principios geométricos".

Y afirma aquel filósofo alemán que hemos recordado: "En Dios se halla la razón suficiente de todo". Y como Jesús era Dios...!

Nuestras observaciones al respecto. Las especies del pan y del vino, antes de ser consagradas, tienen su actividad propia: dar vitalidad al cuerpo; nutrirlo; fortificarlo. Jesús fue lógico también acerca de este punto: otorgó su propia actividad a su sacramento, y más, no ya de la misma manera material que antes tuviera, sino moral, ideal, divina y siempre real: lo constituyó como alimento del alma para la vida eterna; por lo que San Pablo nos dice en su Primera Carta a los Corinthios: "De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere este vino del señor, indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor".

Para comprender la transubstanciación del Señor en la mesa del altar, hay que tener fe en la verdad que representa: en Jesús; y en la necesidad en que se manifiesta: la de calmar las tempestades del alma. "El que come mi carne y bebe mi sangre estará en mí y yo en él", dijo Jesús, hablando entonces como un Dios que no puede engañarse ni engañarnos.

CONCLUSIONES

Dada la suma alteza de Su Autor, la Institución del Santisimo Sacramento del Altar, tiene un origen divino.

Efectivamente, pues si una proposición humana hubiese animado la erección del Sacramento, éste se habría encontrado sujeto, desde los primeros días de su fundación, a las viscisitudes del tiempo, en que la variabilidad es la norma de las cosas y su caducidad el fin.

Jesús-Cristo autor de la Eucaristía obró como Dios Hijo, consubstancial con el Padre y el Espíritu Santo que son Eternos, al sacramentarse, por haber sido El el Mesías prometido, en cuya naturaleza divina y humana se cumplieron todas las profecías.

Si Cristo-Jesús hubiera sido un hombre igual a los demás hombres solamente; no fuera El el centro de las anticipaciones bíblicas. Se le tendría, es verdad, como un moralista más en la historia, pero, su doctrina, por faltarle entonces la proposición de la verdad revelada, no tendría la vitalidad de una fe, si antigua, siempre nueva, al través de los veinte siglos transcurridos desde su fundación.

La Eucaristía de Jesús, si es verdad que constituye un hecho sobre natural, no pugna la razón del hombre por lo mismo que no contradice sus dictados.

Es verdad que la Institución Eucarística constituye un hecho sobre natural, porque determina la fundación efectuada por un Dios cuya Omnipotencia está por encima de las fuerzas que regulan la naturaleza fínita; más, no contradice los dictados de la razón humana, porque ésta se la explica mediante la imposición de sus recursos, al analizar la vigencia de las leyes de relación y del cambio, que si tienen su origen en el Todo Poderoso, son las que activan todas las cosas creadas.

La transubstanciación eucarística no viola las leyes racionales, desde el momento en que el cambio de las cosas dentro del campo de la creación, constituye una contingencia explicada por la física.

Contraria a las leyes que rigen el mundo, sería, pretender una transubstanciación que después de las palabras ministeriales sobre el altar, alterara la blancura del trigo, su olor o su sabor, sin que

un arte específico actuara en forma directa; o que el vino cambiara cualquiera de sus accidentes permanentes. Mediante las normas a que se ajusta la causalidad, los accidentes en las cosas son inalterables, en tanto no se ha transformado la materia; mientras que la substancia puede ser substituida por otra cuando se le logra someter y cautivar, sin alterar sus accidentes.

La capacidad ministerial en el instante de la consagración procede del mandato de Jesús, quien al hacerse presente bajo las especies del pan y de vino, quiso, y por eso lo hizo, establecer un lazo de amistad entre El y la criatura que había redimido.

Si la institución eucarística no descansase en la voluntad del Mesías prometido; después de dos mil años de ininterrumpida recordación, o habría sido alterada su forma, de acuerdo con las leyes generales del cambio a que están sometidas las cosas finitas, o el caso de la Redención apenas si vendría a la memoria del historiador en el momento de rememorar hechos trascendentales pero ya idos.

Las palabras de la consagración mantienen su inalterabilidad, porque Jesús así lo impuso por mérito de la autoridad de que se hallaba investido, facultando a los apóstoles y con éstos a sus sucesores eclesiásticos, a hacer "lo mismo", en memoria Suya, sobre la materia del pan y del vino.

No sería merecedor de ser auténtico y de calificarse de verdadero, el acto que hemos analizado, verificado en memoria del Divino Maestro, desde el instante en que por la memoria se rehacen los hechos, si quedase la forma de la consagración sujeta a la discreción del consagrante, quien tal vez por piedad excesiva o por exaltación de su naturaleza sensible, rodearía la formalidad del acto con liturgias desconocidas o con un in promptu más o menos fervoroso, colmado de pompas sin historia, las que de modo indudable destruirían la naturaleza de la institución. La propia inalterabilidad del rito, es prenda de seguridad de su verdad.

Las palabras de la consagración que establecen la forma del sacramento: a la vez que un mandato sin prescripción, constituyen la ciencia de la misa, sin que los ritos que las anteceden y las suceden, que son de origen eclesiástico, alteren el valor substancial del sacrificio.

Esto obedece, a que Jesús, como amo y señor de la humanidad y co-fundador con las otras dos Divinas Personas del Sacramento de la Eucaristía, al establecer la forma de la consagración cuyas palabras repercutirán en el mundo, sobre los altares, hasta la consumación de los siglos, estuvo en su derecho, para El inalienable y en El imprescriptible, de elegir la materia y establecer la forma del sacramento, así como dictar la norma de como hemos de adorarlo; tal y como en lo material, una ama de casa tiene autoridad para demandar de su servicio la fidelidad que reclama su deber.

Creer con fe teologal en la existencia de Jesús Hostia y defender el dogma en que descansa, no son, solamente, actos racionales del hombre, sino, concitaciones de su libertad, distantes, ambos

conceptos, de lo que el sujeto poco analizador de todas las cosas, califica de fanatismo.

Tenemos que recordar, que como una facultad intelectual, es por la razón que el hombre discurre y juzga; y que por medio de su libertad, que escoge lo que le conviene. Ahora, con el fin de demostrar que no es fanático el que cree en el Sacramento de la Eucaristía, recurramos a los filólogos y consultemos a los filósofos. En la enciclopedia Espasa encontramos estas definiciones: "*Fanático.* Adj. El que defiende con tenacidad y furor, *opiniones erradas o supersticiosas* en materia de religión. *Fanatismo.* Tenaz preocupación del fanático, exaltación del ánimo, en virtud de la cual se lleva al exceso la creencia en doctrinas religiosas o políticas, moviendo a hechos verdaderamente *frenéticos* por su defensa". La superstición, no es sino, "la desviación del sentimiento religioso que nos hace creer en cosas falsas, temer a cosas que no pueden hacer daño, o poner nuestra confianza en otras que de nada sirven".

El filósofo padre Jaime Balmes, nos dice en su libro *El Protestantismo, comparado con el Catolicismo,* lo siguiente: "¿Cuál es el origen del fanatismo? Antes es necesario fijar el verdadero sentido de esta palabra. Entiéndase por fanatismo, tomado en su acepción más lata, una viva exaltación del ánimo fuertemente señoreado por alguna opinión, falsa o exagerada. *Si la opinión es verdadera, encerrada en sus justos límites, entonces no cabe el fanatismo;* y si alguna vez lo hubiere, será con respecto a los medios que se empleen en defenderla; pero entonces ya existirá también un juicio errado en cuanto se cree que la opinión verdadera autoriza para aquellos medios; es decir, que habrá error o exageración. *Pero si la opinión fuere verdadera;* si los medios de defenderla, legítimos; y si la ocasión, oportuna, entonces no hay fanatismo, por grande que sea la exaltación del ánimo; por viva que sea la efervescencia; por vigorosos que sean los esfuerzos que se hagan; por costosos que sean los sacrificios que se arrostran; entonces habrá entusiasmo en el ánimo y heroísmo en la acción, pero fanatismo, no; de otra manera, los héroes de todos los tiempos y países quedarían con la mancha de fanáticos".

AD MAJOREM DEI GLORIAM.

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LA EDITORIAL "IMPRENTA IBERIA - TALLERES GUTENBERG" DE JESUS MA. ORDOÑEZ EL DIA MARTES 5 DE SEPTIEMBRE DE 1961.

Editorial:
IMPRENTA IBERIA
TALLERES GUTENBERG

17428TA 52
LBC
2-25-99 32180 FS

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01162 5235